

RAMÓN ELEJALDE ARBELÁEZ

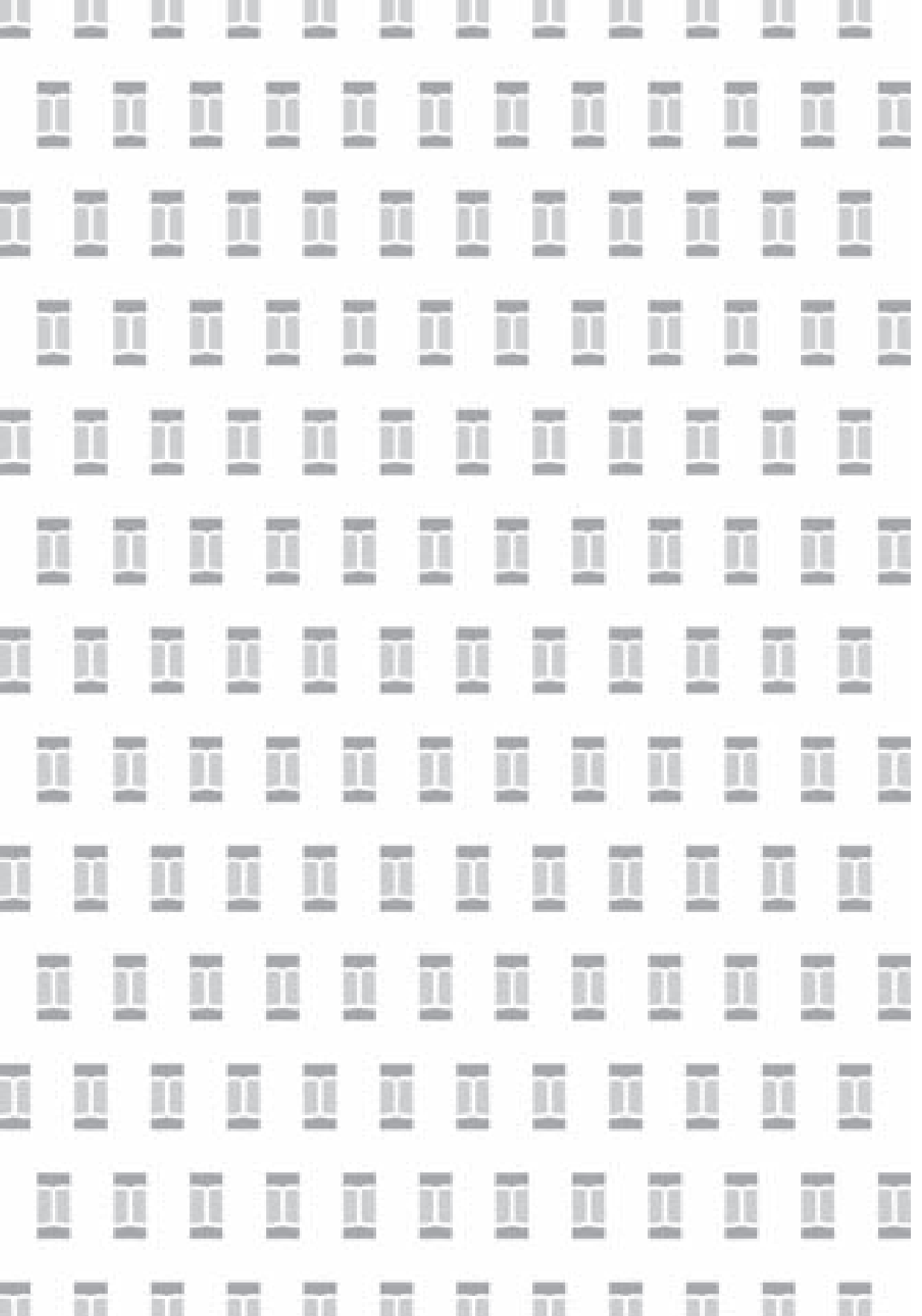
DON

**MATEO
REY**

CRÓNICAS DE BARBARIE
EN EL OCCIDENTE ANTIOQUEÑO

Tierra Baldía

 Ediciones
UNAULA



DON MATEO REY

RAMÓN ELEJALDE ARBELÁEZ

DON MATEO REY

CRÓNICAS DE BARBARIE EN
EL OCCIDENTE ANTIOQUEÑO



303.6686126
E38

Don Mateo Rey: crónicas de barbarie en el occidente antioqueño / Ramón Elejalde Arbeláez

Medellín: Ediciones UNAULA, 2017
182 p. (Tierra Baldía)

ISBN: 978-958-8869-42-1

- I. 1. VIOLENCIA – OCCIDENTE ANTIOQUEÑO
 2. CONFLICTO ARMADO – OCCIDENTE ANTIOQUEÑO
 3. PARAMILITARISMO – OCCIDENTE ANTIOQUEÑO
- II. 1. Elejalde Arbeláez, Ramón

SERIE TIERRA BALDÍA

Ediciones UNAULA

Marca registrada del Fondo Editorial UNAULA

DON MATEO REY

Crónicas de barbarie en el occidente antioqueño

Ramón Elejalde Arbeláez

© Ramón Elejalde Arbeláez

© Universidad Autónoma Latinoamericana, de la presente edición

Primera edición: abril de 2016

Segunda reimpresión: febrero de 2017

ISBN: 978-958-8869-42-1

Hechos todos los depósitos que exige la Ley

CORRECCIÓN DE TEXTOS:

Luis Javier Cardona

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN E IMPRESIÓN:

Editorial Artes y Letras S.A.S

Hecho en Medellín - Colombia

Universidad Autónoma Latinoamericana,

Cra. 55 No. 49-51 Medellín - Colombia

PBX: [57+4] 511 2199

www.unaula.edu.co

Ojo por ojo y todo el mundo acabará ciego
Mahatma Gandhi

La violencia es el último recurso del incompetente
Isaac Asimov

En las que se narran hechos reales sufridos por la gente de Frontino, un municipio situado al occidente de Antioquia, a 135 kilómetros de Medellín sobre la vía que lleva a Urabá en los 6º, 46' 11" de latitud norte y a los 2º, 04', 11" longitud oeste del meridiano de Bogotá.

Es la mismísima terrible realidad que ha venido padeciendo Colombia en la mayoría de su territorio. Historias repetidas en las que basta cambiar los nombres de las víctimas o de los victimarios, establecer las responsabilidades y asignarles su correspondiente grado de impunidad. Todos los nombres son reales, con excepción de dos, entre ellos el del protagonista de la obra, reconocido por su alias de Mateo Rey en la organización paramilitar.

Injusto seguir escondiendo hechos tan aterradores, pues así se consolidaría la impunidad, caldo de cultivo a la posibilidad de que en el futuro tales hechos pudieran repetirse, o también ocultarse el dolor de las víctimas y denegar la justicia y la reparación. Sin verdad, sin reparación y sin justicia es imposible olvidar y cicatrizar las heridas padecidas por una sociedad abandonada, humillada y sacrificada con sevicia...

Antecedentes de violencia en Frontino

Después de la violencia política desatada en 1948, surgieron las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el ELN, el M19, el EPL entre otras organizaciones. Eran guerrillas entrenadas y apoyadas por la línea de Cuba, Moscú o Pekín con el propósito de derrocar el gobierno y tomarse el poder por las armas, inspiradas en el marxismo y con el ideal de establecer el comunismo. Con el tiempo y el dinero de actividades ilícitas fueron ganando terreno en todo el país y Frontino también sufrió su violenta presencia.

Primero llegó la subversión con el Ejército Popular de Liberación (EPL), después con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) y tímidamente con el Movimiento 19 de Abril (M-19). Los hechos violentos que estas agrupaciones infligieron a la población, en especial a las personas más pudientes y a las que fueran incómodas para sus designios, fueron el caldo de cultivo y el pretexto para que algunos montaran ejércitos privados; y también fueron el motivo para que otros incautos sin esperanza creyeran que el camino de las Convivir, y luego el de las autodefensas, sería la solución lógica y apropiada a las agresiones de las FARC. Tremendo error, como quedará demostrado en las historias contenidas en estas páginas.

Entre las desgracias muy lamentadas por los frontineños, está el asesinato a mansalva y con mucha sevicia de cinco integrantes del Ejército Nacional: Cabo Primero Elmer Geovanny Alarcón y los soldados: Wilson Rentería Rodríguez, Jaime Castrillón Osorio, Darwin Andrés Moreno Lora, Juan Carlos Palacio Jiménez. En este mismo hecho quedaron heridos el Cabo Tercero Jaime Vaquero Avirama y los soldados Juan de Dios Jaramillo, Miller Saldarriaga Muñoz, Jonathan Abad Gómez, Ariel Ortiz Gómez, Luis Alberto Madrid Londoño y Willington Montoya Durán.

Esta acción contra el ejército sucedió en el Alto de Cuevas, en la trocha que conduce del corregimiento de Nutibara al de Murri, el día veinte de junio de 2004¹.

Modus Operandi paramilitar

Llegaban a los lugares que iban a someter, asesinando indiscriminadamente para doblegar por el miedo a las autoridades locales y a la población civil; muchas veces eran masacres despiadadas. Era un trabajo psicológico premeditado y certero. Así se hicieron amos y señores de regiones enteras, ante el silencio cómplice de unos y el miedo de otros. Ellos emergían como los dueños de vidas y bienes y por la fuerza se erigían como autoridades supremas del lugar. Los funcionarios judiciales eran ignorados y arrinconados; las autoridades civiles debían plegarse a sus designios y ayudar a financiarlos con el erario público; los militares y policías debían escoger entre apoyarlos o cumplir con su deber de proteger a las personas. Tristemente, en más de una ocasión hicieron lo primero.

Donde la guerrilla controlaba la población y se adueñaba de la vida social y económica, los paramilitares ingresaban

¹ W Radio. <http://www.wradio.com.co/noticias/actualidad/ejercito-perseguida-a-las-farc-por-emboscada-en-antioquia/20040620/nota/10480.aspx>

con el pretexto de liberar a los pueblos del flagelo guerrillero. Como la guerrilla aprendió a vivir del narcotráfico, los paramilitares aprendieron lo mismo y después de liberar a la gente del dominio guerrillero, imponían el suyo y continuaban el negocio del narcotráfico para sus propios bolsillos, ante el notorio silencio de las autoridades judiciales, civiles y de policía.

En otros casos no acudían al pretexto liberador: simplemente buscaban el dinero de la cocaína y de la marihuana y asumían la vigilancia de los cultivos ilícitos o de los laboratorios para procesar alcaloides. Solamente con el gramaje o peaje que exigían a cultivadores, procesadores y traficantes, bastaba para enriquecer a los dueños de estas organizaciones criminales. La periodista y defensora de los derechos humanos, María Teresa Ronderos, afirma que “este sangriento conflicto político atizado con las arcas infinitas provenientes del tráfico ilícito de narcóticos desde finales de los años setenta, ha creado una de las peores catástrofes humanitarias del mundo en años recientes”².

Fabio Arboleda fue un educador caracterizado por su sentido crítico y su aversión a la violencia. Pacífico por definición pero rebelde frente a la pobreza y las desigualdades sociales, jamás tuvo relación con la guerrilla; en sus comentarios casuales rechazaba por igual las acciones de ambos grupos. Ya sabemos que el neutral incomoda por igual a cada una de las partes en contienda. Un domingo, a menos de cien metros del comando de la policía de Frontino, fue raptado por los paramilitares ante la mirada temerosa o indolente de los testigos y ante los oídos sordos de la Policía que no escuchó sus desgarradores gritos cuando lo subían al carro que ya todo el pueblo conocía como “Caminito al cielo”.

² María Teresa Ronderos. GUERRAS RECICLADAS. Una historia periodística del paramilitarismo en Colombia. p. 23. Medellín: Editorial Aguilar, 2014.

Fabio apareció muerto antes del anochecer de aquel 15 de abril de 1999.

Forastero incómodo

Así como asesinaron a Fabio Arboleda mataron a un vendedor de relojes, navajas y cachivaches que ocasionalmente venía a Frontino a ganarse la vida. Un sábado a las siete de la noche, cuando jugaba cartas en el Parque principal, donde también está la sede del gobierno local y del Comando de Policía, fue sacado por varios hombres que no cubrían sus rostros; lo amarraron por las manos, lo hicieron caminar en medio de gritos de auxilio hacia las afueras del área urbana y lo fusilaron sin fórmula de juicio. Su delito podría ser: “forastero en un pueblo sin autoridades”. O quizá: “vendedor incómodo” para algún comerciante de la localidad que financiaba a la organización ilegal.

A un campesino trabajador lo aprehendieron en el atrio de la catedral, a plena luz del día, le amarraron las manos a la espalda y lo llevaron unos ochenta metros por la vía que del parque principal conduce al cementerio: lo fusilaron sin atender sus gritos de clemencia, le quitaron unas botas marca Brahma que acababa de adquirir y que el sicario se terció al hombro. Regresó al Parque, entró al Bar Olímpico, se quitó sus zapatos y se calzó las botas de su víctima. Con la misma indolencia que procedió el criminal, procedieron las autoridades y la fuerza pública: ni vieron, ni escucharon nada.

“Caminito al cielo”

Así llamaban a los carros empleados por los paramilitares en sus fechorías. El primero fue un campero Willys, con llantas grandes, y engallado con ostentación. Luego llevaron una camioneta Cherokee de color granate, que fue reemplazada por

un campero Chevrolet Trooper blanco, repintado de negro para que no lo reconociera el verdadero dueño a quien se lo habían robado; este fue el más tenebroso y en el cual hicieron la mayoría de viajes de la muerte. Era cuatro puertas y circulaba por el poblado sin placas, a ciencia y paciencia de la policía, del ejército y de las autoridades civiles y judiciales. Persona que subiera a este vehículo y no perteneciera a la organización paramilitar, era persona asesinada. Posteriormente utilizaron una camioneta Land Cruiser Toyota de color blanco. Por épocas usaron un Willys J6 y una camioneta Ford 150 color negro. En barrios, corregimientos y veredas, la presencia de cualquier “Caminito al Cielo” era sinónimo de muerte y desolación.

Duelo en Chaquenodá

En el parque principal funcionaba una discoteca denominada Chaquenodá – “Río bonito” en idioma Katio– donde el 7 de junio de 1996 coincidieron libando licor un grupo de autodefensas y un contingente del ejército. Al frente de las fuerzas del orden se encontraba un Mayor de apellido Bermejo, según se dice muy proclive a las autodefensas. A la mesa del oficial se acercó el comandante militar de las AUC en la municipalidad, conocido con el remoquete de *Baltasar*, quien se quejó del mal comportamiento de algunos de sus hombres y en especial de Ángel María Jiménez, alias *San Pedro*, quien departía con otros compañeros en la barra. Seguramente azuzado por las historias que contaba el jefe paramilitar, el Mayor Bermejo arrimó donde *San Pedro* y dijo:

—No tolero hombres armados e ilegales en este establecimiento público. Les ordeno que se retiren inmediatamente.

—De aquí no nos vamos y no nos saca ni el putas. Respondió *San Pedro*.

Seguramente herido en su amor propio, el oficial del Ejército se fue a la base militar y le ordenó al Teniente Gabriel Soruco Hans:

—Trasládese inmediatamente al parque principal. En el Chaquenodá está el paramilitar San Pedro; lo retiene y me lo trae acá, a él y a todo el que se oponga al procedimiento. Vaya con buenos hombres, que el sujeto es muy peligroso.

Soruco cumplió la orden y al llegar al destino ordenó al personaje que lo acompañara a la Base Militar. Rotundamente, *San Pedro* se opuso a ser retenido. El Teniente llamó por celular a la base, quizás al comandante. El paramilitar y el oficial del ejército salieron de “Chaquenodá”: aquél se situó en la mitad de la calle y el Teniente se quedó en la acera y desde allí disparó en tres ocasiones sobre la humanidad de Ángel María Jiménez, *San Pedro*, quien cayendo disparó sobre el Teniente Soruco. Ambos murieron en el acto. Entretanto Baltasar, comandante de los paramilitares en el Municipio y que había abandonado el lugar seguramente presintiendo lo que iba a suceder, llegó en una moto Yamaha D.T. y con sus tropas irregulares se tomó el pueblo disparando al aire como locos. Ya el ejército había retirado a su muerto y por parte alguna se veía la presencia policiva o militar y eso que el ejército contaba con más de cien hombres en sus cuarteles, a un quilómetro del lugar de los hechos, y el Comando de Policía estaba a menos de ochenta metros del lugar del duelo. El pueblo se desocupó rápidamente y en sus solitarias calles solamente se veía la vigilancia y el control intimidante de las autodefensas. Este incidente originó el traslado del comandante ideológico y político paramilitar alias Baltasar, muy adicto al licor y a la buena vida. Fue una historia que pasó de bajo perfil y los medios de comunicación nada dijeron del incidente.

La justicia desplazada

Poco a poco las autoridades pasaron a un segundo o tercer lugar y la justicia se la tomaron los paramilitares para com-

placencia de sus amigos y el terror de los demás ciudadanos, víctimas potenciales. Mientras las AUC consolidaba el poder paramilitar en Frontino, sus habitantes hablaban de tres fiscalías: La Fiscalía estatal que tenía oficinas en el pueblo y que por sustracción de materia era la que menos trabajo tenía; la Fiscalía de Murri, un corregimiento en zona selvática del Municipio, que era servida por los subversivos del 34º Frente de las Farc; y la Fiscalía de Cabritas, instalada en la vereda del mismo nombre, a escasos cuatro kilómetros de la zona urbana, donde los paramilitares impartían justicia: Arreglaban matrimonios, distribuían herencias, mandaban cobrar vacunas, delimitaban propiedades, autorizaban o desautorizaban a vendedores minoristas de droga, robaban carros con mercancías, hurtaban ganado, disponían de la vida de las gentes. La segunda y la tercera fiscalía eran las únicas con jurisdicción y mando: la estatal tenía funcionarios que simplemente se dedicaban a cobrar el sueldo y a dejar que los días pasaran.

Abigeato, narcotráfico, lavado de activos

En un hecho *sui generis* con respecto al resto de Colombia, en Frontino la propiedad de la tierra no fue objeto de las preocupaciones de los paramilitares. Mateo Rey, personaje central de este escrito, era propietario de varias haciendas adquiridas lícitamente por él o por su familia y no se involucró con los demás propietarios. Allí los intereses de los irregulares se concentraron en el hurto de ganado vacuno; en la compra del oro que aún se produce en buenas cantidades para lavado de activos; en el tráfico y el micro tráfico de estupefaciente, especialmente la custodia de los laboratorios de drogas ilícitas y la protección del aeropuerto municipal, que les servía para recibir o despachar sus productos de muerte.

Comercio aéreo ilegal

Este aeropuerto tiene una posición geográfica privilegiada ya que no es detectado por los radares, lo que facilita el comercio con el Chocó, con la República de Panamá y con Centroamérica. En este aeropuerto camuflaban las avionetas de la mafia, las repintaban y les ponían escudos y banderas de algunos países centroamericanos.

También en Asidó, vereda de Chontaduro, los paramilitares organizaron un helipuerto para despachar droga, camuflado en una estancia panelera de Conrado Pérez Rivera y sus compañeros reinsertados del EPL Asidó fue un lugar de sacrificio de muchos campesinos que fueron enterrados en algunos de los cañadulzales de la zona. Paradójicamente, allí mismo encontró la muerte Conrado Pérez Rivera a manos de la guerrilla de las Farc, en una muerte muy cruel y violenta, como se narra adelante.

Estadísticas de sangre

En el primer trimestre de 1996 se dispararon todos los índices de criminalidad en Frontino. Fuentes oficiales³ dan estos datos:

AÑO	Nº DE HOMICIDIOS	TOTAL HOMICIDIOS
1993	39	87
1994	48	
1995	37	408
1996	190	
1997	181	

³ Red Nacional de Información. Unidad para la atención y reparación de víctimas. <http://rni.unidadvictimas.gov.co/?q=node/107>

AÑO	Nº DE HOMICIDIOS	TOTAL HOMICIDIOS
1998	156	454
1999	110	
2000	188	
2001	57	141
2002	61	
2003	23	
2004	16	74
2005	42	
2006	12	
2007	4	
2008	0	55
2009	18	
2010	4	
2011	33	
2012	7	7
2013	0 ⁴	
2014	0 ⁵	

Observaciones sobre estos datos

1- Las autoridades especializadas del gobierno reconocen mil ciento dos víctimas mortales, tal como lo afirma La Red Nacional de Información. Quienes conocieron de cerca la terrible tragedia de este pueblo, afirman que la cifra de muertos atribuibles al paramilitarismo es superior a mil ochocientos. La diferencia entre ambas cantidades resulta porque muchos de los muertos no fueron reportados por los familiares; que

⁴ La Alcaldía Municipal de Frontino acepta que durante este año se presentaron cuatro muertes violentas en la municipalidad.

⁵ La Alcaldía Municipal reconoce tres muertes violentas durante este año.

prefirieron enterrarlos en sus propias veredas; o que ciento sesenta y cinco personas están aún desaparecidas, como lo afirma oficialmente el mismo portal del Estado Red Nacional de Información o a que muchos de los muertos aparecieron en los municipios de Uramita o Cañasgordas, adonde los paramilitares los llevaban para “no calentar mucho al pueblo”, pueblo reconocido por entonces como su cuartel general para toda la región del Occidente lejano.

2- Los muertos de Frontino fueron más que los del municipio de Trujillo (Valle), “donde entre 1986 y 1994 fueron asesinadas o desaparecidas trescientos cuarenta y dos personas”, según lo refiere el periódico *El Mundo* en su edición del martes doce de octubre de 2010⁶. El municipio vallecaucano tiene 30.947 habitantes, según el último censo de población, mientras que Frontino apenas figura con 24.544. “Por la matanza de Trujillo, el Estado colombiano fue condenado en 1995 por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), lo que obligó al entonces presidente, Ernesto Samper Pizano, a pedir disculpas públicas”⁷.

3- También es necesario comparar el número de muertes violentas sucedidas en Frontino con las cifras de la tragedia de esta guerra en todo el territorio nacional: “Entre 1985 y marzo de 2013, según lo determinó el Centro de Memoria Histórica en su informe ¡Basta ya! sobre la violencia colombiana, doscientas veinte mil personas perdieron su vida en el conflicto armado y de estos, ciento sesenta y seis mil eran civiles”⁸. Estas estadísticas comprenden diez años más que las de Frontino.

⁶ Periódico *EL MUNDO* de Medellín. Edición de 12 de octubre de 2010. <http://www.elmundo.com/portal/resultados/detalles/?idx=162086&anterior=1¶mdsdia=17¶mdsmes=¶mdsanio=&cantidad=25&ag=1101>

⁷ Idem.

⁸ María Teresa Ronderos. Ob. Citada. p. 23.

4- Quizás nunca conoceremos el número preciso de muertes violentas por el paramilitarismo en Frontino, pero se puede afirmar que pasaron de mil ochocientas. Entre 1995 y 1996, año en que hicieron presencia los paramilitares en Frontino, las muertes violentas se incrementaron en un 513%, atendiendo solamente a los datos oficiales.

5- Están incluidas dentro de las estadísticas de personas asesinadas en estos tiempos de violencia paramilitar las muertes que produjo la subversión, especialmente el Frente 34 de las Farc y la delincuencia común, que fueron comparativamente pocas frente a las atribuibles al paramilitarismo. Dentro de ellas, muy lamentadas por los frontineños, está el asesinato a mansalva y con mucha sevicia de cinco integrantes del Ejército Nacional y siete más heridos en el Alto de Cuevas entre los corregimientos de Nutibara y Murri, el día veinte de junio de 2004⁹.

Ya para el año 2001 los homicidios decrecieron dramáticamente, aunque los irregulares continuaron teniendo presencia en el Municipio y esporádicamente asesinaron humildes campesinos.

6- Durante los años 2010, 2013, 2014 y 2015, las muertes imputables al paramilitarismo se redujeron ostensiblemente.

Estos homicidios no fueron las únicas expresiones de violencia paramilitar contra la población de Frontino. Los desplazamientos forzados que acepta y reconoce la Red Nacional de Información –Unidad para la Atención y Reparación Integral de Víctimas– son 12.479 personas: ¡el 50% de la población! No se incluyen los secuestros, torturas, minas antipersonas, robos, extorsiones, chantajes y toda la gama de crímenes propia de estas actuaciones criminales.

⁹ W Radio. <http://www.wradio.com.co/noticias/actualidad/ejercito-perseguira-a-las-farc-por-emboscada-en-antioquia/20040620/nota/10480.aspx>

Violencia entre los mismos violentos

La violencia paramilitar también se ejerció contra los mismos bandidos. Francisco Javier Herrera Osorio, conocido con el alias de El Chisco fue uno de los jóvenes oriundos de la región que se enlistaron en las autodefensas como único medio de subsistencia: un salario de 450 dólares para empezar. Otros se vincularon por afición al poder de las armas y a las acciones intrépidas y por la admiración que despertaban en algunas niñas.

El Chisco demostró sus dotes de pistolero en muchas acciones contra civiles que las autodefensas sentenciaron a muerte. Con el dinero ahorrado o despojado a las víctimas se compró un camión de estacas y se dedicó a trabajarlo independientemente; pero como “vaca ladrona no olvida portillo”, El Chisco prefirió transportar en su jaula el ganado que las autodefensas robaban a los campesinos y que en ocasiones fue a parar a las cavas de algunos carniceros que también servían de señaldores a los delincuentes. Así llegó a ser uno de los principales abigeos de la zona. Quién sabe cómo fastidió a la organización criminal el joven Francisco Javier Herrera, para que el catorce de mayo de 2005 le tendieran una celada: Juan Gabriel Sánchez Sánchez (alias *El Zorro*) otro dirigente paramilitar del que más adelante hablaremos, lo invitó a Musinga Grande, camino de Caráuta, a traer una vaca. Ya por esa solitaria carretera, *El Zorro* invitó a Chisco a bajar del vehículo y buscar por un potrero abandonado al inexistente animal. De regreso al carro Chisco fue abaleado. El Zorro fingió una huida y entregó a la familia del muerto la peregrina explicación de que los atacó la guerrilla en ese lugar y que solo él había logrado escapar. Nadie le creyó.

Carlos Alberto Oliveros Zapata, alias Sebastián, a la sazón comandante ideológico y político de las autodefensas en Frontino, había caído en desgracia con sus jefes porque estaba co-

brando más de la cuenta a los comerciantes, especialmente a los campesinos que salían dominicalmente a vender sus productos a la plaza de mercado, a quienes llegó a “vacunar” hasta con la mitad de verdura que sacaban. Para asesinarlo fueron comisionados Jorge Orley Higueta Higueta (a. El Alacrán) y José Alberto Bedoya *alias Mariguano*, un menor de quince años de edad que estaba enrolado hacía días en las fuerzas irregulares, quienes lo encontraron departiendo con su novia en un bailadero en el parque principal, denominado La Tertulia, a unos veinte metros del Comando de la Policía. El encargado de la acción fue *alias Mariguano* y en la puerta del local lo esperó Jorge Orley con una motocicleta lista para la huida. Fue una acción intrépida y como tal la pagaron pues la policía reaccionó rápidamente y dio de baja a los dos delincuentes, quienes portaban sendas cédulas falsas. *Alias El Alacrán* murió en el acto y el compañero de fechorías falleció dos días después cuando era atendido en una clínica de la capital del Departamento. Jorge Orley había prestado servicio militar y fue un soldado distinguido, seleccionado para hacer parte de las tropas de Colombia en el Sinaí. Disfrutando de una licencia conoció a Conrado Pérez Rivera (a. El Tuerto) quien inicialmente le pagaba para que hiciera labores de inteligencia y luego, después de un accidente y una delicada intervención quirúrgica, se vio obligado a abandonar el ejército, lo que le sirvió de excusa para enrolarse en las tropas paramilitares. En su juventud se le conoció como un buen agricultor al servicio de varias fincas paneleras de la región de Musinga, famoso entre sus compañeros porque dio de baja a dos guerrilleros en el sitio conocido como “La Curva de Alirio”. Entre allegados a los paramilitares se comentó mucho que a los muertos les quitaron sus buenas armas, les arrimaron unas de menor calidad y entregaron los cadáveres al ejército para que los presentaran como acciones de la fuerza pública.

Compadrazgo entre autoridades y paramilitares

Fue notoria la manguala entre paramilitares y fuerza pública, quienes se autodenominaban “primos”. Una historia que evidencia de cuerpo entero tan triste realidad de algunos integrantes de nuestro ejército y de nuestra policía, es la sucedida con un retén-peaje que los paramilitares instalaron en la carretera al mar, muy cerca de Dabeiba, en el sitio conocido como “Guayabito”, antes de llegar a las partidas para la carretera que conduce a Fuemia y Nutibara¹⁰. Este retén funcionó ininterrumpidamente entre el veinticinco de diciembre de 2001 y el catorce de agosto de 2004, como lo manifiestan hoy los usuarios de la vía y lo reconocieron en sus diligencias ante las autoridades de Justicia y Paz las mismas autodefensas. Dentro de estas versiones los implicados reconocieron utilidades de entre ochenta y ciento veinte millones de pesos mensuales; los vehículos pequeños pagaban cinco mil pesos y los vehículos de carga y pasajeros cincuenta mil pesos por pasar. En un filo arriba de El Guayabito, a escasos trescientos cincuenta metros del peaje, hay una antena de telecomunicaciones que el ejército cuidaba antes, durante y después de la existencia del retén-peaje.

De este maridaje entre fuerza pública y paramilitares dan cuenta comerciantes al afirmar que en varias ocasiones tuvieron que buscar a los jefes ilegales en la base militar y que era común verlos reunidos, ejército y paramilitares, en un reservado de la estación de gasolina al frente de las instalaciones del ejército en el pueblo.

Otro episodio que ha originado mucha suspicacia por las supuestas o reales relaciones entre paras y ejército fue la pri-

¹⁰ Comisión Inter eclesial de Justicia y Paz. Ardid Paramilitar. Informe 5. Dabeiba 16 de julio de 2004. <http://justiciaypazcolombia.com/Ardid-paramilitar>.

mera masacre que planificaron los paramilitares en Frontino, en el Corregimiento de Murri, región selvática señalada como el epicentro de la subversión y sus habitantes históricos catalogados, mínimo, como alcahuetes de la guerrilla. El día 15 de marzo de 1996, con apenas un mes largo de presencia en Frontino, los paramilitares incursionaron en La Blanquita, caserío principal del corregimiento. Llegaron en tres pequeñas jaulas de las denominadas *tres y medio* o *turbo*, y según algunos moradores del lugar, llegaron juntos militares y paramilitares. Las gentes de La Blanquita se encontraban disfrutando de un baile interrumpido por el centenar de uniformados fuertemente armados, quienes aseguraron el lugar y rodearon a los fiesteros campesinos. Inmediatamente silenciaron la música y se escuchó la amenazante orden:

–Todos al suelo y boca abajo.

Cuarenta personas en el suelo, amedrentadas y presas del pánico. Sonó un disparo y un oficial que estaba en el sitio cayó herido de muerte, episodio que dio lugar a dos versiones contradictorias. La de quienes afirman que el ejército llegó con los paramilitares en forma conjunta al operativo y que un miliciano de las FARC le disparó certeramente al oficial. La segunda versión establece que a la llegada de los vehículos con los ilegales y ante la orden de tenderse al suelo, el comandante del ejército acantonado en la región se acercó a las autodefensas y les notificó que no les permitiría proceder contra la población civil; el comandante paramilitar que dirigía el operativo, disparó sobre el oficial que trató de impedir la masacre.

Bueno es aclarar que si bien muchos miembros del ejército y la policía deshonraron su uniforme y su juramento con acciones u omisiones que facilitaron la labor paramilitar, también se dio el caso de muchos oficiales, soldados y policías que enaltecieron su juramento, honraron su uniforme y defendieron con lealtad las instituciones y el Estado de Derecho.

¿Por qué contar estas desgracias?

La publicación de estas historias que avergüenzan a la humanidad, pretende prevenir su repetición, exorcizar la cobardía de quienes no hicieron nada por impedir las, sanar las heridas de una sociedad humillada y ofendida, y también dignificar a las víctimas.

La historia hay que contarla aunque la vida y la actitud criminal de los victimarios poco importan para el propósito de este escrito. Se publican para revelar un fenómeno tan grave que lamentablemente ha permanecido en la penumbra aunque ya fue denunciado en la obra *Tirándole libros a las balas. Memorias de la violencia antisindical contra educadores de ADIDA 1978-2008*, publicado por la Escuela Nacional Sindical y el Sindicato de Institutores de Antioquia, con autoría de Guillermo Correa y Juan Carlos González, quienes afirman: “El municipio de Frontino registra el mayor número de eventos (asesinatos) en la región de Occidente, con un total de cinco homicidios de educadores, equivalentes al 25% de todos los casos en la región dentro del período de estudio. La expansión paramilitar allí coincide con el incremento de las acciones violentas contra los educadores sindicalizados. Pero singularmente en esta subregión la violencia antisindical se caracteriza por ser más invisible que en otras regiones, pese a las altas cifras de asesinatos.

El ocultamiento de sucesos tan graves y tan numerosos obedeció a la intimidación ejercida sobre todo tipo de autoridades y al fuerte dominio que los paramilitares tenían sobre el lugar¹¹.

¹¹ Tirándole Libros a las balas. Memorias de la violencia antisindical contra educadores de ADIDA 1998-2008. Página 256. http://ens.org.co/apc-aa-files/45bdec76fa6b8848acf029430d10bb5a/Tirandole_Libros_a_las_balas.pdf

PRIMERA PARTE

“Toda acción...”

1. La guerrilla siembra vientos...

La violencia paramilitar tuvo sus orígenes, o al menos su justificación, en la presencia guerrillera que comenzó a padecer Frontino desde finales de los años setenta. La motivación sustancial de Don Mateo Rey¹² para atraer a Frontino los ejércitos paramilitares fue dominar el narcotráfico. Otros personajes que auparon o facilitaron la llegada de estos irregulares pudieron creer, equivocadamente, que serían el remedio contra los desmanes subversivos.

Frontino fue inicialmente asolado por el Ejército Popular de Liberación, EPL. Transcurría el año de 1978 cuando comenzaron a conocerse informaciones de campesinos sobre la presencia de jóvenes forasteros, con mochilas al hombro, especialmente por la región de Caráuta. En Nutibara, principal corregimiento de Frontino, se presentó una escaramuza entre tres guerrilleros que libaban licor en las afueras del caserío y un policía, en la que los cuatro perdieron la vida. No obstante este episodio, los lugareños no tomaron en serio la posibilidad de que la guerrilla se acercara a su pueblo. El cinco de noviembre de 1982, el grupo Marisela Nieves del EPL, del que hizo parte Conrado Pérez (El Tuerto) y su familia, tomó a san-

¹² Nombre con el cual se le conoció en la organización paramilitar.

gre y fuego el corregimiento de Nutibara. Fueron asesinados los policías Castrillón y Mario Plata, murió la señora Amparo Arango Gómez, y herida Rocío Mira Londoño al caer ambas del techo del Centro de Salud del Corregimiento, donde trataban de ocultarse del feroz ataque. La Inspección de Policía y algunos establecimientos de comercio fueron saqueados e incendiados.

El veintinueve de septiembre de 1983 se conoció el secuestro de doña Adela Correa de Gaviria, esposa del dirigente Guillermo Gaviria Echeverri y madre de Guillermo y Aníbal Gaviria Correa, quienes llegarían a ser gobernadores de Antioquia a comienzos del siglo XXI. Aníbal habría de ser también alcalde de Medellín en el período 2012 - 2015.

Las Farc también realizaron toma sangrienta del corregimiento de Nutibara. El veintiocho de diciembre de 1998 destruyeron medio parque principal, asesinaron al policía Juan Gonzalo Arango González, e hirieron al comandante del puesto Cabo Primero César Augusto Rubio Guzmán y a los agentes Jair Ariza Oyola y Gabriel Eduardo Berdugo Herrera, y secuestraron a nueve uniformados más. Esta toma fue particularmente violenta, pues sometieron a la policía y a la población civil a más de diez horas de bala y bombas artesanales; el comercio fue saqueado y destruido; el comando de policía quedó en ruinas y el sacerdote Hernando Hoyos Moreno tuvo que mediar para que los muertos no fueran más.

Tristeza y desolación

El EPL aceptó desmovilizarse en febrero de 1991 y pactó la paz con el Gobierno de César Gaviria Trujillo. (Con antelación el corregimiento de Nutibara había sido epicentro de unos diálogos frustrados del EPL con el Gobierno de Belisario Betancur, entre los años 1983 y 1984).

No todos los alzados en armas del EPL se acogieron al proceso de paz de Gaviria. Un reducto comandado por Edgar Restrepo, un campesino de Murri, se quedó delinquiendo en la región con una veintena de muchachos y poco después fue subsumido por las Farc. Restrepo había esquilnado los fondos de la acción comunal del lugar, de la que era tesorero, por lo que se enroló en el grupo subversivo. Estos disidentes fueron los responsables del secuestro y posterior asesinato de la dirigente cívica, política y educativa, Gabriela White de Vélez, el veinticinco de junio de 1991, muerte que tanto dolor e indignación causó entre los frontineños por el hecho en sí y por la forma cruel y demencial como se produjo. Su hijo Félix Antonio Vélez White, en declaraciones al periódico *El Tiempo*, le adjudicó el asesinato de su señora madre al Frente 34 de las Farc ante orden dictada por el comandante del mismo, Aníbal Arenas¹³.

El movimiento guerrillero M-19 incursionó brevemente en la zona, pero rápidamente sufrió bajas y golpes contundentes que lo llevaron a desistir del empeño. En esas escaramuzas iniciales con el Ejército, a comienzos del año 1986, fue dado de baja entre los municipios de Abriaquí y Frontino el famoso comandante de este grupo Israel Santamaría, quien con otros veintidós dirigentes había fundado el M-19 en 1974.

Ante la desmovilización del EPL las fuerzas institucionales no coparon el espacio dejado y quedó todo servido para que las Farc aparecieran en la zona.

El Frente 34 de las Farc nació en 1988, en desarrollo de las estrategias trazadas en la Séptima Conferencia Nacional Guerrillera realizada en 1982 para la conformación de nuevos frentes. A comienzos del año 1992, el Frente 34 inició un proceso de

¹³ Periódico *El Tiempo*. Multitudinario sepelio de Gabriela White. Junio 27 de 1991. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-110644>

aseguramiento de la región de Caráuta y Murri, amplio territorio de los municipios de Urrao y Frontino, conocido por lo selvático, cenagoso y húmedo; su radio de acción comprendió también a los municipios de Buriticá, Giraldo, Cañasgordas, Peque, Uramita, Dabeiba, Abriaquí y Caicedo. Allí hizo presencia el tristemente célebre comandante Isaías Trujillo, un campesino del municipio de Giraldo de nombre Luis Carlos Úsuga Restrepo, quien ahora reaparece en la mesa de diálogos entre gobierno y Farc en el proceso de paz que se desarrolla en La Habana.

El secuestro del empresario avícola don Virgilio Díez Escobar (padre) el día doce de diciembre de 1995, precipitó la decisión de vincular las Convivir y las Autodefensas a Frontino. Antes de ser secuestrado, Don Virgilio conversaba con otras actuales y potenciales víctimas de las Farc por figurar en sus cuentas como los “ricos del pueblo”, y siempre se había opuesto radical y contundentemente a que se acudiera a fuerzas no institucionales para restablecer el orden en su pueblo, al considerar que tal remedio podría ser aún peor que la enfermedad.

Estaba pues servido el escenario con unos antecedentes dramáticos para que los comprometidos en terminar la violencia con más violencia pudieran cumplir sus propósitos. Antecedentes que habían ablandado a muchas personas para creer en cantos de sirenas.

2. Adela Correa de Gaviria

En La Isla, una finca vecina a la de los Gaviria Correa, vivía Unaldo Cadavid Elejalde, un hombre solvente económicamente, inteligente y suspicaz. Les había advertido al doctor Guillermo Gaviria Echeverri y a su esposa, los extraños movimientos que se observaban en la región: jóvenes desconocidos que solo cargaban una pequeña mochila y que se desplazaban

con facilidad entre los corregimientos de Musinga y Caráuta. El señor Cadavid Elejalde les señaló su certeza de que los extraños estaban recabando información sobre ellos o sobre él mismo, seguramente con intenciones de secuestrarlos. La familia Gaviria no creyó en las advertencias de Unaldo Cadavid, mientras que éste no volvió a La Isla y así evitó su inminente secuestro.

La distinguida matrona fue a su finca Musinga Grande, el 29 de septiembre de 1983, en la vereda del mismo nombre, como lo hacía la familia con frecuencia desde tiempo atrás. Su esposo Guillermo Gaviria Echeverri había sido Secretario de Gobierno y Obras Públicas de Antioquia, integrante de la Dirección del partido Liberal en el Departamento, Senador de la República, Director de la Aeronáutica Civil durante el gobierno de Julio César Turbay Ayala, propietario y director del periódico *El Mundo* de Medellín e integrante de varias juntas y agremiaciones en la región. De este matrimonio nacieron Guillermo, quien fuera gobernador de Antioquia y asesinado cruelmente por la guerrilla de las Farc en un lugar del municipio de Urrao, cercano a Frontino; Aníbal, igualmente gobernador de Antioquia y alcalde de Medellín; Sofía, senadora de la República; Irene, actual directora del periódico *El Mundo*; Julián; María Adelaida; León Toné y Pedro Gaviria Correa.

Era usual ver a los Gaviria Correa en época de vacaciones disfrutando de la vegetación, de la naturaleza y de los caballos de su finca y de la región. Eran vecinos de una familia a la que estaban unidos por una amistad de muchos años, la familia Vélez White, que por esa época tenía a Gabriela White de Vélez como su estandarte y a la que pertenece Cecilia María Vélez White, quien fuera ministra de Educación en los gobiernos de Uribe Vélez. Guillermo Gaviria Correa, el gobernador asesinado por el Frente 34 de las Farc, corrobora esta entraña-

ble amistad que unió a las dos familias, en una carta enviada desde el cautiverio:

— “Hoy he vuelto a pensar en lo cerca que me encuentro de mi Musinga, aquel lugar donde están nuestros más felices momentos de infancia. Allí fue creciendo la familia y fui aprendiendo a compartir e incorporar en mis juegos a mis siete hermanos, además de nuestra entrañable amistad con la familia Vélez White”¹⁴.

Doña Adela fue secuestrada por el EPL en su finca y trasladada en vehículo hasta un lugar cercano a Nutibara, seguramente por el camino que lleva de este corregimiento a la vereda de Curadiante, donde hoy está el más importante santuario de la santa Madre Laura. El vehículo la dejó a orillas de un plantío de caña de azúcar, donde los secuestradores la internaron a la espera de instrucciones para poder continuar el viaje. Obtenida la autorización por medio de radio teléfono, la ilustre dama y sus captores emprendieron un camino amplio al comienzo, posiblemente la ruta que lleva a la vereda Chachafrutal, y de allí a un lugar cercano a Carautica o Caráuta.

Cuenta doña Adela que caminó mucho, que tuvo jornadas de reposo pero también penosas caminatas hasta de veinte días con descansos en la noche para evitar las culebras, el pantano y las lluvias, que durante el tiempo de su plagio fueron inclementes y permanentes. Solamente una vez le facilitaron una bestia para remontar una empinada cordillera. (Supone el autor que debió ser un viaje entre Carauta y Carautica para ascender a El Salado, para emprender desde allí el camino que conduce a las vegas de los ríos Calles y Venados).

Aunque el secuestro en sí es un crimen abominable, una afrenta a la dignidad humana, doña Adela reconoce que re-

¹⁴ Elejalde Arbeláez, Ramón. *A la Sombra del Plateado o la Monografía de Frontino*, p. 145. Medellín: Editorial Alto Vuelo Comunicaciones, 2003.

cibió un trato respetuoso, dentro de la infinidad de limitaciones y padecimientos que soportó durante su cautiverio, salvo cuando al final del mismo trataron de quebrantar su resistencia con plantas de la selva, la obligaron a fatigosas jornadas en medio de reprimendas y llegó al final del cautiverio con una herida en la rodilla. Compartió con sus captores enseñanzas, vivencias y lecturas. Uno de ellos, tal vez el comandante del grupo, parecía un hombre medianamente preparado. Siempre estuvo segura de que era un forastero, quizá centroamericano, aunque a veces le parecía que era de Albania, país de origen ideológico de la guerrilla del EPL. Recuerda su nariz aguileña, su voz meliflua y su cara pálida. Por las conversaciones sostenidas con él, la ilustre secuestrada concluyó que el guerrillero era un buen conocedor del pensamiento griego. Del grupo que la custodió nunca hizo parte una mujer, salvo al final de su cautiverio cuando apareció una. Entendió que entre sus plagiarios había dos frontineños y un fornido guerrillero oriundo de la ciudad de Santafé de Antioquia, que en ocasiones la pasó, físicamente sobre sus hombros, por caudalosos ríos.

Muchos episodios entristecen las facciones de doña Adela contando las penurias de esos largos cuatro meses, pero dos en particular llaman la atención: Un día, por la tarde, llegó a buscar el cambuche donde dormía y por precaución sacudió la cobija y vio con pánico cómo salía veloz una culebra venenosa. Se pregunta la matrona, aún con tantos años de por medio, ¿qué hubiera pasado si no revisa su cama y se acuesta tal como la encontró?

La otra historia comenzó el día en que llegó un hombre alto, vestido de ruana y que siempre mantenía cubierta su cara con pasamontañas, a indagar por las circunstancias del secuestro. Doña Adela siempre fue fuerte. No se arredró y era consciente del acuerdo con su esposo Guillermo de que jamás pagaría un peso si alguno de los dos era secuestrado. Estaban seguros

de que no querían y no iban a propiciar –con su dinero– el crecimiento de una empresa criminal inhumana como es este delito. Entre resignada y valerosa aceptó la realidad que vivía y padecía. Sus cartas a la familia siempre eran llenas de fortaleza y acordes con el acuerdo tácito que tenía con su esposo.

A partir de esa misteriosa visita su vida cambió sustancialmente. Se volvió irascible, llorosa, deprimida y lo peor, con intenciones suicidas. Noches enteras sin conciliar el sueño y con la convicción de abandono por parte de su familia. Atrás quedaron su fortaleza y su decisión de que la familia no transigiera. Recuerda cómo caminó por horas en un corto trayecto donde se lo permitían, cenagoso y húmedo; no la venció ni el cansancio que le produjo ir y venir cientos de veces en ese cortísimo camino, a lo sumo de unos siete u ocho metros. En los pocos momentos de sosiego que tuvo durante esta crisis que duró unos veinte días, le adjudicó al misterioso visitante la responsabilidad de que le estuvieran suministrando un medicamento para alterar su tranquilidad. Cualquier, día sentada en un tronco de madera a orillas de una quebrada, preguntó a uno de sus captos:

–¿Este hongo –señalando uno que crecía cerca del tronco– será venenoso o no?

–No señora. Lo desconozco. ¿Pero ese no es del que le están dando a usted?

La respuesta la paralizó. Siempre creyó que en las comidas le estaban dando algo que le producía su terrible tristeza y sensaciones de abandono. Obvio, ya el contenido de las cartas de doña Adela a su familia eran el reflejo de la nueva situación que sufría y estos, cuando pudieron, le enviaron un medicamento apropiado para la situación, que les recomendó el médico de la familia.

Antes de que los tranquilizantes llegaran a su destino, la ilustre dama sufrió tal vez la más grave de sus crisis. Sentada

sobre el cambuche, construido generalmente a orillas de una quebrada, con madera rústica, un poco levantado sobre el suelo y con plásticos que la protegieran de los terribles aguaceros, se llenó de gran nostalgia y tristeza. Miró cómo la quebrada bajaba ese día con mucha agua enfurecida que atronaba ensordecedoramente en la selva. Vio solamente un guerrillero que la custodiaba. Sintió un fuerte impulso suicida. Comprendió que había llegado el momento de una decisión definitiva. Calculó los pocos pasos que debía dar para lanzarse a la quebrada y encontrar solución a su infinita tristeza. Estando en todas estas disquisiciones prorrumpió en llanto y en un fuerte clamor para que su vigilante no la dejara cometer un error imperdonable y fatal. Como pudo, el subversivo la cogió y trató de serenarla. Desde ese momento la vigilancia sobre la dama fue más rigurosa, aunque afortunadamente para la víctima los medicamentos llegaron poco después de la crisis y le produjeron una fuerte sensación de alivio y paz interior; por fin pudo conciliar el sueño. Seguramente los plagiarios también dejaron de suministrarle lo que le producía el terrorífico efecto.

En los días finales del secuestro, al campamento subversivo llegó un joven guerrillero oriundo de Frontino, tímido, campesino, sin preparación ni educación alguna, tosco pero respetuoso, al que le faltaba uno de sus ojos, que con los años se pudo identificar como Conrado Pérez Rivera, alias *El Tuerto*. Es posible que el otro frontineño identificado por doña Adela haya sido Hilario, hermano del anterior, a quien se le conoció después con el alias de *Cobra*, ambos nacidos en el corregimiento de Chontaduro.

El camino a la libertad lo emprendió la secuestrada desde la vereda Calles del municipio de Urrao, inicialmente en compañía de Conrado Pérez y otros guerrilleros, quienes la obligaron a emprender largas jornadas a pie, no exentas de reprimendas injuriosas que lesionaban la dignidad de la víctima, especial-

mente de parte de alias *El Tuerto*. En una ocasión se lastimó una de sus rodillas contra una piedra y aun así y pese al intenso dolor e hinchazón, fue obligada a caminar. Al final de tan penosas jornadas fue recibida por una familia de apellido Pérez, –nada que ver con el guerrillero– de la que recibió cariño y respetuoso cuidado. Después la condujeron a la escuela de Calles, donde un educador de apellido Restrepo la recibió con solidaridad, apoyo y afecto. Más tarde la trasladó al corregimiento La Encarnación donde la familia Larrea la hospedó mientras pudo continuar su camino. Finalmente llegó a Urrao el diez de febrero de 1984, cuatro meses y diez días después del secuestro.

El secuestro de doña Adela Correa fue un aburridor mensaje de la subversión a las gentes de Frontino, especialmente a sus autoridades y a sus empresarios.

El Tuerto y Cobra, con sus hermanos Heriberto y Alicia Pérez, se acogieron más tarde al proceso del EPL con el Gobierno, y meses después encontraremos a los dos primeros comandando el grupo de paramilitares en su propio pueblo, sirviendo a otra causa.

Doña Adela, a pesar del tiempo transcurrido, conserva aún su gratitud y se reencuentra con periodicidad con la familia Pérez, los Larrea y el educador, ya jubilado, de apellido Restrepo.

3. Gabriela White de Vélez y sus hijos Bernardo Ernesto y Félix Antonio Vélez White

Líder cívica, mujer emblemática de Frontino donde nació el quince de abril de 1913 en el hogar conformado por Guillermo White Uribe y Rosana Ruiz Peláez. Fueron sus abuelos paternos don Juan Enrique White y doña Rita Uribe, el primero famoso ingeniero que llegó a Colombia en 1870, y la segunda

una distinguida dama rionegrera, sobrina del general Rafael Uribe Uribe, y sus abuelos maternos don Justiniano Ruiz y doña Mercedes Peláez.

Doña Gabriela es educadora egresada de la Escuela Normal de Institutoras de Antioquia y cofundadora del Instituto Central Femenino, CEFA, donde ejerció como docente durante ocho años. Abandonó la cátedra para contraer matrimonio con Juvenal Vélez Correa, y sus primeros años de casados los vivieron en la hacienda Tablaíto, del corregimiento de Musinga, en Frontino. Fueron padres de cuatro hijos: Bernardo Ernesto y Félix Antonio, empresarios del sector agropecuario e innovadores en muchos aspectos de su profesión; Cecilia María, ministra de Educación del Gobierno de Álvaro Uribe Vélez, y Mercedes Lucía, profesora de la Universidad Nacional y reconocida arquitecta.

Fue doña Gabriela una activista del partido Liberal y su militancia política la llevó a sufrir entre los años 1948 y 1950 la primera persecución violenta a su familia, por lo que buscaron refugio en Medellín. Fue una de las primeras colombianas en llegar a cuerpos colegiados como diputada a la Asamblea de Antioquia durante varios períodos y se desempeñó como subsecretaria de Educación de Antioquia. Cofundadora de la Asociación Cristiana Femenina en Colombia.

Entre sus acciones cívicas y educativas creó varias escuelas en la municipalidad, sirvió con entrega y dedicación a obras sociales como el Hogar Juvenil Campesino y el refugio de ancianos Paulo VI. Fue una de las impulsoras y defensora de una Escuela Normal para la formación de educadores, lo que hizo posible que en muchos lugares de Antioquia sirvan maestros formados allí.

Tablaíto, la finca de ensueños y alegrías de la familia Vélez White, se convirtió también en el lugar de sus tormentos.

El día veintitrés de mayo de 1991 doña Gabriela fue sacada a la fuerza de los corredores de su casa. Corredores llenos de jardines, de alegrías y de vivencias para muchos frontineños que iban a recibir enseñanzas y consejos de la matrona y a solicitarle favores. La llevaron en su propio vehículo por la carretera al corregimiento de Nutibara y de allí a la zona selvática de Murri. Seguramente por la edad de la ilustre dama los secuestradores se vieron precisados a dejarla en el paraje denominado La Blanquita, en casa de una familia Restrepo. El plagio fue cometido por un reducto del EPL que no se reinsertó y que posteriormente adhirió al Frente 34 de las Farc. Este reducto estaba comandado por Edgar Restrepo y supuestamente de él hacía parte Carlos Alberto Agudelo, alias Medio Almuerzo, un joven frontineño que murió como actor en esta violenta guerra.

Los operativos militares no se hicieron esperar y uno de los lugares militarizados fue Murri, concretamente el caserío La Blanquita. Los secuestradores se llenaron de pánico y la asesinaron con crueldad, evitando ruidos que alertaran a la fuerza pública que estaba en los alrededores. La huida de los facinerosos fue relativamente fácil y horas después, el veinticinco de junio de 1991, fue encontrado el cadáver de la ilustre anciana.

Durante el tiempo del cautiverio la población de Frontino realizó tal vez el acto cívico y patriótico más significativo de la violencia en Colombia: En decenas de vehículos, cientos de personas fueron hasta el corregimiento de Fuemia, otro de los lugares que la opinión pública consideraba como un santuario de las Farc, y de allí se internaron por las montañas buscando a la secuestrada, obviamente sin ningún resultado pero en un gesto de rechazo increíble y valeroso. Gesto que los frontineños, inexplicablemente, no fuimos capaces de repetir cuando llegó la violencia paramilitar.

“Quien tanto luchó por la justicia social, quien entregó lo mejor de su vida al servicio de sus semejantes, encuentra la muerte en una forma cruel y demencial. Un grupo subversivo la asesinó inmisericordemente. Recibió una muerte que jamás mereció una mujer de esas calidades y virtudes”¹⁵. Las tragedias de la familia Vélez White apenas comenzaban. Dos veces fue secuestrado el agrónomo y empresario agrícola Félix Antonio, en una ocasión por el Ejército Popular de Liberación, y en otra por el Frente 34 de las Farc, antes de encontrar la muerte en forma violenta el seis de agosto de 1997 en la carretera que del municipio de Cañasgordas conduce al de Santafé de Antioquia, cuando viajaba de Frontino a Medellín. El empresario de cuarenta y cinco años fue abordado por varios hombres fuertemente armados, lo bajaron de su vehículo y lo internaron en un pequeño bosque en el paraje conocido como Boquerón de Toyo. Allí fue sometido a crueles torturas: le arrancaron las uñas y fue quemado en varias partes de su cuerpo. Finalmente, lo asesinaron de tres disparos de arma corta en su cabeza. Todos los medios de comunicación y autoridades de todo orden, excepto el periódico *El Tiempo* en su edición de ocho de julio de 2004, le imputaron el asesinato a los subversivos de las Farc: “En agosto del 97, Félix Antonio, ingeniero agrónomo de cuarenta y cinco años, fue asesinado por las autodefensas en el mismo sector donde apareció el cuerpo de Bernardo, entre Frontino y Cañasgordas”¹⁶.

Escuchadas todas las versiones sobre este cruel asesinato, existe unanimidad en responsabilizar del hecho al paramilitar Gustavo Restrepo, alias *Morrogacho*, quien posteriormente también encontró la muerte en forma violenta a manos de sus compañeros de grupo.

¹⁵ Elejalde Arbeláez, Ramón. Ob. citada. p. 175.

¹⁶ Periódico El Tiempo. Julio 8 de 2004.. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1565107>.

Para la época del asesinato de Félix Antonio, las finanzas suyas y de su hermano Bernardo Ernesto habían entrado en una profunda crisis, producto del asedio y la persecución de las Farc a sus empresas agrícolas.

La tragedia aun no terminaba. El día veintitrés de marzo de 2001, Bernardo Ernesto, el mayor de los hermanos Vélez White, fue secuestrado por el Frente 34 de las Farc en un sitio de la carretera al mar, entre Santafé de Antioquia y Cañasgordas, muy cerca al lugar donde encontró la muerte su hermano Félix Antonio. “El mayor de los White, que al momento de su secuestro tenía 58 años de edad, era agrónomo de la Universidad Nacional y había heredado de su madre y de su padre, el ingeniero Juvenal Vélez, la sonrisa y la cordialidad, pero sobre todo la tenacidad para aprender y enseñar ‘la tecnificación del campo con el ánimo de llevar el progreso a Frontino’, afirmó la revista *Semana*¹⁷.

Entre el secuestro y la fecha de la aparición de su cadáver, transcurrieron más de tres años, tiempo en el cual muy poco se conoció del secuestrado a pesar de que la familia pagó en dos ocasiones por su liberación algún dinero a los plagiadores. Los legistas no pudieron precisar la fecha de su fallecimiento.

Para la fecha de estos últimos acontecimientos, y desde el siete de agosto del 2002, era ministra de Educación Nacional la doctora Cecilia María Vélez White, en el primer gobierno de Álvaro Uribe Vélez, cargo que desempeñó durante los dos mandatos del gobernante paisa.

La desventura de esta familia es el cuadro patético y resumido de la tragedia de su pueblo, Frontino.

¹⁷ Revista Semana. Una tragedia absurda. Julio de 2004. <http://www.semana.com/nacion/articulo/una-tragedia-absurda/66859-3>

4. Virgilio Diez Escobar

Fue un exitoso y visionario hombre de negocios. Forjó durante su ciclo vital un emporio empresarial avícola, primer proveedor de huevo y pollos del mercado de Urabá y del Occidente antioqueño. Al final de sus días había incursionado con los productos de sus firmas en Medellín y el Valle de Aburrá con buena fortuna. Su organización económica era tan completa que ella misma producía insumos agropecuarios para la producción de cuidados, biológicos y otros insumos para las granjas.

El doce de diciembre de 1995 fue secuestrado por hombres de las Farc, a las siete y media de la mañana, cuando se dirigía a una granja de su propiedad cerca del área urbana municipal.

Hacía unos treinta días Don Virgilio había sido advertido de que muy cerca de sus empresas se notaban movimientos extraños y que era mejor que tomara medidas de seguridad. Atendiendo a las sugerencias viajó a Medellín donde permaneció unos veinticinco días, al cabo de los cuales regresó y cambió en algo su rutina. El día del secuestro decidió no viajar muy de madrugada, como era su costumbre, y lo hizo cuando ya el día comenzaba. En las propias calles del pueblo, en el barrio Manguruma, un niño, probablemente adiestrado para el efecto, se le atravesó al carro detrás de un balón. El empresario frenó e inmediatamente tres hombres con uniformes de fútbol lo encañonaron, se subieron al automotor que ellos mismos condujeron por el corregimiento de Musinga hasta empalmar con la carretera que conduce al corregimiento de Caráuta. Por su edad avanzada, setenta y seis años, no resistiría un largo viaje a pie; entonces lo obligaron a continuar a lomo de mula.

El mismo grupo había intentado secuestrar a Don Virgilio meses atrás y maniobrando hábilmente su propio vehículo, había logrado eludir los secuestradores. Dicen que al pasar un

río caudaloso Don Virgilio se cayó de la bestia, aunque para otros fue un acto voluntario buscando huir o perecer, y en ese episodio perdió los medicamentos necesarios para la hipertensión y otras enfermedades propias de su edad.

Sin precisar cuál fue la ruta seguida, Virgilio Díez terminó en una casa cerca al Corregimiento de Bajirá, municipio de Mutatá. Allí lo hospedaron en una vivienda donde varios integrantes de la subversión lo vigilaban, y una mujer, respetuosa con el secuestrado, lo atendía con diligencia a pesar de las limitaciones de estar secuestrado y sin recursos médicos. Cualquier día, que tampoco se pudo precisar, la cuidandera le preguntó a víctima:

—Don Virgilio, ¿qué le provoca para almorzar? Si quiere le preparo una gallina montañera en un sancocho.

—No me parece mala la idea, se la acepto.

Le respondió sin mostrar signos de decaimiento o de enfermedad. Después del breve diálogo el secuestrado se fue a descansar en su habitación. Preparados los alimentos, la cuidadora entreabrió la puerta de la habitación y dijo que ya estaba servido el almuerzo.

Nadie respondió. La guardiana repitió los llamados y al no tener respuesta, ingresó al aposento y encontró a la víctima sin vida sobre la cama. Su aspecto dejaba entrever una muerte tranquila y fulminante. Rápidamente los demás vigilantes ingresaron y constataron la información. Por orden superior el cadáver fue sepultado sin ninguna ceremonia en lugar alejado de la vivienda.

Uno de los guardianes del secuestrado recibió permiso para visitar su hogar y en la intimidad de la familia el joven guerrillero le contó el episodio a su señora madre, mujer piadosa que cuestionaba las andanzas de su hijo, pero las soportaba por fuerza de las circunstancias. La madre informó al sacerdote de la Iglesia Católica del corregimiento de Bajirá y éste le avi-

só al presbítero Germán González, párroco de la parroquia de Chigorodó, quien por muchos años había ejercido su misión sacerdotal en Frontino donde sus feligreses lo llamaban cariñosamente “El Infeliz”.

Enterada la familia, buscó contactos con la organización subversiva. Los comandantes guerrilleros negaron la versión e intensificaron la presión sobre los hijos y la esposa del fallecido, buscando el pago de un rescate. Frente a tanta confusión acordaron mandar un emisario para dialogar con miembros del Frente 34 de las Farc, quienes conducirían al enviado hasta donde supuestamente se encontraba el empresario secuestrado. La cita se cumplió, claro está, sin el encuentro con el secuestrado. El pariente enviado fue amenazado e intimidado por los guerrilleros quienes recopilaron toda la información personal y familiar del mismo y lo devolvieron con frases intimidantes:

—Si usted no le informa a la familia de don Virgilio que lo vio y dialogó con él y que lo vio bien de salud, usted y su familia se mueren. Ya sabe lo que tiene qué hacer. Ya sabe que tenemos sus datos y los de su familia y ya sabe lo que somos capaces de hacer.

El mensajero regresó y le contó a la familia la real situación que vivió. Lo hizo con el terror que infunden los violentos cuando se apoderan de una región. Las versiones del párroco de Chigorodó y las vivencias del emisario en su diálogo con las Farc, llevaron a la familia al convencimiento de que el jefe del hogar estaba muerto.

La tozudez de la familia obligó a los secuestradores a admitir la situación y desde ese momento las conversaciones giraron en torno al pago de un rescate para devolverles el cadáver, lo que efectivamente sucedió a mediados del mes de abril de 1996. El análisis de la carta dental no dejó dudas sobre el la-

mentable final de un hombre que generó empresas y trabajo para la gente.

En esta historia existe un hecho que demuestra la crueldad de las Farc con sus víctimas. Rodrigo Granda Escobar, el famoso canciller de las Farc, es oriundo de Frontino y sobrino de doña Elvia Escobar Castrillón, esposa de Virgilio Díez Escobar, el secuestrado de esta historia. Díez y Granda están dentro del quinto grado de consanguinidad. Años antes de esta historia un hijo de la víctima, que tiene iguales nombres y apellidos, fue secuestrado por el mismo grupo subversivo en inmediaciones de los municipios de Frontino y Abriaquí. En su liberación intervino Rodrigo Granda, eso sí, luego del pago de un rescate. Para este nuevo episodio la familia buscó infructuosamente la mediación de su poderoso consanguíneo. Nada se pudo. Antes por el contrario, muchas veces se le escuchó decir:

—El que tenga dinero que pague y ayude a la revolución. Así sea de mi familia.

Debo insistir en que Don Virgilio Díez siempre fue un opositor cerrado a la idea de acudir a los paramilitares para combatir a la subversión. En más de una ocasión manifesté:

—No podemos con uno vamos a poder con dos.

5. La angustia de los amenazados

Corrían los primeros días del mes de diciembre de 1995 y como siempre sucede por tiempos de Navidad, Frontino se preparaba para sus tradicionales fiestas. Es la ocasión para el reencuentro entre los familiares y amigos que aún viven en el pueblo y los que regresan.

Comenzando el mes, el doctor Ramiro Estrada Arboleda¹⁸, un maestro de escuela de padres de clase media baja, aunque

¹⁸ Nombre cambiado.

de familia importante en el poblado, quien alcanzó posiciones destacadas en la política, en la academia y en las letras, gracias a su esfuerzo, a sus estudios y al mecenazgo de otro frontineño representativo, el doctor Guillermo Gaviria Echeverri. Estrada era a la sazón representante a la Cámara, integrante y presidente de la Comisión Política del Partido Liberal, un organismo directivo del orden nacional de esa colectividad.

La visita de Estrada a su natal Frontino era la ocasión para dialogar con sus paisanos y con sus electores, casi siempre personas del sector rural y de los barrios pobres de la cabecera municipal, quienes eran su fortaleza política. La situación en la región no marchaba bien, acababan de secuestrar al empresario avícola Virgilio Díez Escobar. El grupo guerrillero de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Farc, se había apoderado de Murri y de Caráuta, una vasta zona rural situada entre los municipios de Urrao, Dabeiba, Abriaquí, Vigía del Fuerte y Frontino y desde allí habían iniciado un proceso de chantajes y amenazas a los más pudientes de la zona. El llamado *boleteo* era constante y todos los días el grupo subversivo ganaba presencia, en detrimento de las fuerzas institucionales.

Todas estas circunstancias llevaron a los pudientes del pueblo a invitar al representante a la Cámara y paisano para enterarlo de la problemática que vivían. La invitación extrañó a Estrada porque políticamente estaba distanciado de casi todos ellos, pero conservaba la amistad y el aprecio de lo que él llamaba “la oligarquía de mi pueblo”. La reunión, en un cafetín discreto de la municipalidad, sirvió para enterar al dirigente político de la creciente y ominosa presencia de las Farc en el municipio. Le contaron muchos episodios y actos delincuenciales de este grupo subversivo: le dijeron, entre otras cosas, que debajo de la hermosa ceiba que por muchos años engalanó el costado suroriental del parque principal se había instalado un joven vendedor de frutas y la gente sospechaba que era

un miliciano de la subversión, que le hacía inteligencia a los ricos del pueblo. También contaron que los conductores de los vehículos o “chiveros” que cubrían la ruta Frontino-Nutibara-Murrí eran los encargados de traer las boletas o misivas con las extorsiones de los alzados en armas. El tesorero de las Farc llegaba semanalmente, se instalaba en un hotel central y desde allí cobraba las extorsiones a los que podían pagarlas. En fin, la reunión fue todo un listado de quejas, lamentos y señalamientos por la pérdida de gobernabilidad de las autoridades civiles y militares de la región y por el asedio permanente de las Farc. Al final se acordó que Ramiro Estrada le pediría una cita al doctor Álvaro Uribe Vélez, gobernador de Antioquia, para que todos los quejosos y víctimas de los atropellos de la subversión le contaran la difícil situación que padecían. Efectivamente, Estrada llamó telefónicamente al despacho del Gobernador; le respondió su secretaria privada, quien intermedió ante su jefe para la obtención de la cita. La respuesta fue en el acto:

—El próximo veintisiete de diciembre a las siete y treinta minutos de la mañana se posesiona su amigo y paisano Samuel Escobar Castrillón como notario veintiocho de la ciudad de Medellín, acompañelo a ese acto y véngase media hora antes de la posesión, para que hable con el Gobernador de esos problemas de orden público en su pueblo.

Por tratarse de un final de año que demandaba la presencia en sus negocios, los quejosos no pudieron acompañar a Estrada a la cita concedida. Seguramente en algunos también había un poco de temor de enfrentar la situación y otros, por razones meramente políticas, no se sentían muy bien acompañando la posesión de un notario ajeno a sus convicciones ideológicas.

Puntualmente, para hacerle honor al respeto que por la agenda tenía el gobernador Uribe Vélez, llegó Estrada Arboleda al piso doce del edificio La Alpujarra. Era la primera cita

que ese día concedía el Gobernador y al entrar el representante a la Cámara al Despacho observó cómo el mandatario revisaba unos documentos y firmaba otros. Las relaciones políticas entre Uribe Vélez y Estrada Arboleda no eran buenas. Si bien el Gobernador había llegado al cargo en nombre del partido Liberal, el mismo al que pertenecía Ramiro Estrada, los dos se habían distanciado cuando el primero rompió su relación política con el veterano dirigente Bernardo Guerra Serna y el segundo continuó en la vieja casa Liberal. No obstante, Uribe y Estrada tenían unas buenas relaciones personales, a pesar también de los escritos y opiniones que el representante a la Cámara por Antioquia frecuentemente hacía, cuestionando políticas e ideas del Gobernador.

Luego del saludo protocolario, Estrada entró rápidamente en materia e informó al Gobernador de los problemas de seguridad que padecía el municipio de Frontino. Uribe lo escuchó con atención y tomó nota de todo lo expresado por el visitante. Media hora después terminaron el diálogo con una frase del Gobernador:

—Haré todo lo posible por solucionar el problema de su pueblo.

A renglón seguido se inició el acto de posesión del notario veintiocho de Medellín.

Estrada Arboleda regresó a terminar las vacaciones a su pueblo y especialmente a recibir el año nuevo cerca de los suyos. Aprovechó las circunstancias para informar a sus paisanos de lo que había conversado con el Gobernador. Las palabras finales del mandatario devolvieron la esperanza a quienes generan riqueza y empleo en la comarca.

El secuestro de Virgilio Díez Escobar (padre) el doce de diciembre de 1995 y todos estos acontecimientos acompañados de extorsiones y chantajes a todo ciudadano que tuviera unos

pesos, fueron consolidando el tenebroso poder de las Farc en la región, especialmente en Frontino. Para la fecha del secuestro de don Virgilio ya se habían efectuado algunas reuniones de los económicamente solventes del pueblo en las que engendraron la idea de conformar en Frontino una Convivir y conseguir quién les organizara una agrupación paramilitar.

En la primera semana del mes de febrero de 1996 el parlamentario Ramiro Estrada llegó a su casa en Medellín y encontró una razón:

—El gobernador de Antioquia lo invita a una reunión mañana en el segundo piso de la Gobernación, oficina de la Secretaría de Gobierno. Es indispensable su asistencia.

No obstante su extrañeza porque el Gobernador invitara a una reunión en un lugar distinto a su despacho, Estrada Arboleda cumplió religiosamente con la invitación. Se sorprendió al encontrar allí a sus paisanos Rafael Oquendo Moreno, alcalde de Frontino; Gilberto Rodríguez, concejal; Juan Francisco Suárez, miembro del Comité Departamental de Cafeteros; Bernardo Ernesto y Félix Antonio Vélez White (asesinados); Elías Moreno Castrillón, dirigente Conservador; el jefe de Orden Público del Departamento; el comandante de la Estación de Policía de Frontino; el comandante de la base militar del mismo municipio; sendos oficiales de alta graduación de la IV Brigada y de la Policía División Antioquia, cuyos nombres no recuerdan los asistentes a la reunión, y Pedro Juan Moreno Villa, Secretario de Gobierno de Antioquia. No estaba el gobernador Uribe Vélez.

El primero y casi el único en hablar fue Pedro Juan Moreno Villa. Comenzó preguntándoles al comandante de la Estación de Policía y al de la base militar de Frontino:

—Señores comandantes de la policía y de la base militar, ¿ustedes saben todo lo que está pasando en Frontino? Por

ejemplo, ¿saben ustedes que debajo de la ceiba que hay en la plaza principal se hace un joven vendedor de frutas que supuestamente es informante de la guerrilla? ¿Saben el nombre? ¿Conocen a los conductores de los vehículos que con frecuencia van a La Blanquita y de allá traen mensajes de la subversión? ¿Han tenido información de esos hechos?

Ramiro Estrada observaba cómo Moreno Villa indagaba por todo lo que él le había contado al Gobernador un mes atrás. Luego, como para comprometer al dirigente político con los anuncios que al final de la reunión haría, Pedro Juan Moreno sentenció:

—Señor Parlamentario, ¿Puede usted contar a todos los presentes las informaciones de que usted hizo partícipe al Gobernador del Departamento en una reciente reunión?

Con entereza, pero con preocupación, Estrada Arboleda repitió las quejas que los pueblerinos pudientes de su pueblo le habían narrado a mediados del mes de diciembre del año anterior. La reunión terminó con el siguiente pronunciamiento de Pedro Juan Moreno Villa, Secretario de Gobierno de Antioquia:

—El lunes de la próxima semana van a ir a su pueblo unos muchachos a colaborarles en mejorar los asuntos de orden público, los van a reconocer por una pañoleta roja en el cuello. Tendrán radios de comunicación para estar conectados con las autoridades de Policía y del Ejército. Además, en Frontino comenzará a operar en esa misma fecha la Convivir Los Limones, a la cual todos se deben asociar para defendernos de los subversivos.

Estrada Arboleda, tan contrario al tema de las Convivir, simplemente palideció y enmudeció.

La verdad es que la Convivir Los Limones, el día del discurso de Pedro Juan Moreno, ya había sido reconocida jurí-

dicamente por la Gobernación de Antioquia pues la solicitud de constitución data del diez de agosto de 1995. Curiosa y extrañamente el área de sus servicios está indicada, según los estatutos que reposan en la Gobernación, por la situación geográfica sin señalar municipio o departamento para sus actividades¹⁹. Posteriormente, en marzo dieciocho de 1996 el presidente elegido inicialmente, Félix Arbeláez Pérez, totalmente desconocido en Frontino, fue reemplazado por un comerciante de la municipalidad.

La Convivir Los Limones se muta en la Asociación Convivir El Plateado, reconocida por la Gobernación de Antioquia mediante Resolución número 42535 de mayo veintinueve de 1997 y ya al frente de la organización aparecen conocidos empresarios, funcionarios, políticos y comerciantes de la población.

Sobre estas organizaciones afirmó María Teresa Ronderos que: “Una movida hábil consiguió colar en la legislación nacional una simple norma, en apariencia hasta bien intencionada, que en la práctica les abrió a las incipientes autodefensas la posibilidad de movilizarse y dotarse de armas de guerra, volviéndose a camuflar, como en los años ochenta, tras organizaciones civiles legales de apoyo a la fuerza pública. Fue la creación de las Cooperativas Rurales de Seguridad, Convivir, mediante resolución de la Superintendencia de Seguridad, bajo el gobierno de Ernesto Samper, el 27 de abril de 1995 [...] Esta resolución le puso el nuevo nombre de Convivir a los ‘servicios comunitarios de seguridad privada’ que había sido creados por el gobierno de César Gaviria con el decreto ley 356 de 1994²⁰”

¹⁹ Estatutos Asociación Convivir Los Limones: “Municipio, Departamento: Latitud Norte 6 grad. 46’ 33 y Longitud al Oeste de G. 76 grad. 07’ 36”.” Presidente: Félix Arbeláez Pérez. Archivo Gobernación de Antioquia.

²⁰ María Teresa Ronderos. Obra citada. p. 230.

Lamentablemente estas organizaciones, consciente o inconscientemente, fueron tomadas por el paramilitarismo principalmente como mecanismo para cobrar “vacunas” y recibir dineros de comerciantes, empresarios y funcionarios y así tratar de legalizar la financiación de la guerra. La misma periodista Ronderos dice sobre el tema que con las Convivir “no sucedió lo que esperaba. Al contrario. Según declararon en una audiencia dedicada al tema, los magistrados de la Sala Penal de Justicia y Paz del Tribunal Superior de Medellín, después de escuchar decenas de confesiones de paramilitares desmovilizados, de las 414 Convivir creadas desde que fueron aprobadas en abril de 1995 hasta el 31 de diciembre de 1997, “muchas fueron organizadas y representadas legalmente por comandantes de grupos paramilitares: Mancuso, ‘Monoleche’, ‘Juancho Prada’, ‘Cadena’ y muchos otros jefes paramilitares tuvieron su Convivir. Fue una auténtica patente de corso a los paramilitares, como aquella que les daban los monarcas a los capitanes de los navíos para que atacaran los barcos enemigos, a nombre de la Corona, ante la imposibilidad de combatirlos con una Marina propia [...] Con la guerrilla arreciando sus ataques, en Antioquia el gobernador Uribe Vélez y su secretario Moreno empujaban las Convivir con empeño”²¹.

Ese mismo Tribunal, días después, produjo en el caso de Jesús Ignacio Roldán, alias Monoleche, un fallo que resumió así el periódico *El Espectador* en edición del día 4 de enero de 2015, fallo también concretado frente a los paramilitares de Urabá y el Occidente antioqueño, a la responsabilidad del Estado en todo este desastre humanitario y además a la intencionalidad que se tuvo con la fundación de las famosas Convivir ²²:

²¹ María Teresa Ronderos. Obra citada. Página 232.

²² Periódico *El Espectador*. La responsabilidad del Estado en el accionar de los paramilitares en el Urabá. <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/responsabilidad-del-estado-el-accionar-de-los-paramilit-articulo-536156>

“En el extenso fallo, la Sala consideró que existió participación de agentes estatales tanto en la conformación y expansión de dichos grupos paramilitares como en su consolidación en esa región del país, rechazando al mismo tiempo que este fenómeno no solo se diera por la ausencia del Estado sino que además contó con un amplio apoyo por parte del mismo.

“Los grupos paramilitares fueron fruto de una política de amplios sectores del Estado”, precisa uno de los apartes del extenso fallo en el cual se condenó a ocho años de prisión al excomandante paramilitar del Bloque Calima de las AUC, Jesús Ignacio Roldán, alias ‘Monoleche’ por los delitos de concierto para delinquir agravado, homicidio en persona protegida, desaparición forzada y hurto calificado y agravado.

En este punto se cita el aval entregado para la creación de las denominadas Convivir, las cuales además de violar las normas del Derecho Internacional Humanitario, fueron la base para la conformación de grupos paramilitares y la ejecución de sus actos delictivos”.

Años después el jefe paramilitar Diego Murillo Bejarano, alias Don Berna, reconoció a las autoridades judiciales colombianas desde su centro de reclusión en Nueva York, cuando le preguntaron por los famosos seis grandes jefes del paramilitarismo que coordinaban y planeaban todas las actividades de esos grupos “que en realidad eran doce, pero que no podía dar todos sus nombres por motivos de seguridad”. Solo mencionó a Pedro Juan Moreno, Farouk Yanine Díaz y Rodrigo García (*El Espectador*, enero 27 de 2011, p. 5)²³.

Después trascendió que antes de la reunión con Pedro Juan Moreno, incluso antes de la reunión de la “oligarquía fron-

²³ <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/don-berna-senala-jose-miguel-narvaez-articulo-246473>

tineña” con el parlamentario Estrada que originó la visita al gobernador Uribe Vélez, un grupo de dirigentes frontineños se había reunido ya en dos ocasiones con Mateo Rey²⁴ en su empresa Tokumen, situada en el barrio Naranjal de Medellín y allí ultimaron detalles para preparar la presencia de las Con-vivir en Frontino.

Efectivamente, a la semana siguiente de la reunión con Pedro Juan Moreno Villa, llegaron “los muchachos” por él anunciados. Cuatro o cinco de ellos al área urbana y se hospedaron en el hotel La Casona, en el propio parque principal. Dicen que otros se radicaron en la zona rural. Casi inmediatamente, el doce de febrero de 1996, fue asesinado el educador liberal Rodrigo Layos, en el área urbana. Por esas calendas también fueron asesinados Carlos Padierna y Noé de Jesús Tuberquia Carvajal, oriundos del paraje La Quiebra, jóvenes reconocidos como trabajadores agrícolas. De ambos hechos fue avisado telefónicamente el parlamentario Estrada Arboleda, quien montó en cólera. Sus informantes responsabilizaron de los asesinatos a “los muchachos” enviados por Pedro Juan y que, según testimonios entregados a la Fiscalía por Ever Veloza, alias H. H., fueron traídos, instalados y organizados inicialmente por el mismo H. H. y alias Lucas. Las muertes de Layos, Tuberquia y Padierna fueron las primeras de centenares que se dieron en los días y años siguientes en todos los municipios de la región. Fue una cadena de muerte y de dolor que aún lloran muchas familias.

En una crónica sobre Ever Veloza, alias H.H., la página web de verdadabierta.com confirma la historia de la presencia de este paramilitar en la fundación del grupo en Frontino.

— “A los dos meses lo ascendieron a comandante de lo que fue luego el Bloque Bananeros. En 1996 pidió la baja a los her-

²⁴ Nombre de combate con el cual lo reconocía la organización paramilitar.

manos Castaño porque estaba abrumado con tantas muertes. Estos le dieron una licencia y se fue a Tuluá. Allí duró apenas seis meses, pues sufrió otro ataque. Volvió a Medellín en donde le ayudó a alias Lucas a montar los grupos de autodefensa de Frontino, Antioquia. En Urabá, según Veloza lo denunció a la Justicia, en coordinación con la Fuerza Pública, y con el respaldo de varias empresas bananeras, fueron autores de múltiples masacres y asesinatos de quienes ellos consideraban eran guerrilleros. Fue corresponsable, según lo ha calculado la Justicia, de mil doscientas muertes, en la limpieza que hicieron de guerrilleros en la región de Urabá. Esta zona estaba bajo el mando de Carlos y Vicente Castaño, de quien Ever Veloza llegó a ser muy cercano”²⁵.

El grupo paramilitar que se instaló en Frontino hizo parte del llamado Frente Occidente Medio Antioqueño, que dependía del Bloque Elmer Cárdenas, dirigido desde Urabá por Fredy Rendón Herrera, alias El Alemán. Este Bloque puso en práctica tres ejes para asegurar la zona y facilitar la movilidad de sus tropas y el producto de sus ilícitos:

- 1- Frontino, Dabeiba, Uramita, Cañasgordas, Giraldo, Peque y Abriaquí, cuyos comandantes más conocidos fueron: Alias Wilson, alias Baltasar, Edwin Álvarez Cano (a. Pelusa), Conrado Pérez (a. El Tuerto) y Javier Ocaris Correa Alzate (a. Fredy), aunque quien dirigía política y militarmente todo el accionar de este grupo era el tristemente célebre alias Mateo Rey, de quien cuentan sus más cercanos que infundía muchísimo respeto entre la cúpula paramilitar del Bloque y de la organización nacional.

²⁵ Verdad Abierta. H. H. José Ever Veloza. Diciembre 29 de 2008. <http://www.verdadabierta.com/justicia-y-paz/juicios/370-victimarios/perfiles-de-paramilitares/658-perfil-jose-ever-veloza-alias-hh>

- 2- Sabanalarga, Buriticá, Liborina, Olaya, Santafé de Antioquia, Sopetrán y San Jerónimo, comandado casi todo el tiempo por Luis Arnulfo Tuberquia (Alias Memín), quien a veces operaba conjuntamente con Mateo Rey.
- 3- Ebéjico, Heliconia, Anzá y Armenia

Pero volvamos a Frontino. Días después de la muerte de La-yos se celebró la Semana Mayor y el Representante a la Cámara Estrada Arboleda viajó a su pueblo a participar del recogimiento colectivo. Al bajarse del carro con su familia lo abordó Mateo Rey, un personaje que pasó abruptamente de hombre religioso y rezandero a narco y terminó de comandante paramilitar. Mateo le notificó perentoriamente a Ramiro Estrada:

—Aquí llegó una gente nueva a colaborar para derrotar a la guerrilla, ellos le temen mucho a usted, a Samuel Escobar y a Alfázar González. Si algo denuncian, son hombres muertos ustedes y sus familias. Esa es gente decidida a matar a sus propias madres si así se requiere. Usted y yo no hemos hablado. Se puede retirar”.

Mateo Rey demostraría pocos años después que eso de ser capaces de matar a su propia madre si fuera necesario no era un dicho sino una realidad. Concluida la terrible y brevísima conversación, Ramiro Estrada apretó los dientes y dio media vuelta para regresar al vehículo en el cual había llegado. Le pareció extrañamente fría la voz y la actitud de un personaje que había conocido anteriormente como dirigente político. Les dijo a los suyos que se regresaban para Medellín inmediatamente, volvió a subir sus maletas al carro que lo había traído y regresó a la capital del Departamento entre turbado, triste, impotente y lleno de estupor. Fue un regreso donde los viajeros guardaron absoluto silencio. Estrada pensó muchas cosas pero sintió miedo por la amenaza recibida. Por sus cuatro hijos guardó silencio y por muchos meses no regresó a su pueblo.

Inicialmente la Convivir Los Limones se dedicó a sumar el mayor número de lugareños a su empresa. Se efectuaban reuniones en viviendas y fincas de empresarios y se programaban actividades. En algunas los temas fueron mucho más escabrosos, como cuando en votación realizada entre paramilitares y dirigentes de la Convivir decidieron si Alonso Elejalde Correa, un comerciante, debía ser asesinado o no. Un voto lo salvó. Luego las reuniones las hacían en la Casa de la Cultura, reuniones a las que asistía lo más granado de la sociedad frontineña, incluyendo a los alcaldes de turno, a la policía y a los militares. Allí decidieron fijar las cuotas de sostenimiento para ayudar al mantenimiento del nuevo ejército privado y para preparar militarmente a los habitantes del área urbana del Municipio. Sectorizaron al pueblo, nombraron coordinadores por barrio que debían estar provistos de radio-telefonos y lo más grave, iniciaron un proceso de adiestramiento masivo en el manejo de armas. El encargado del entrenamiento era Conrado Pérez, El Tuerto, y lo hacía en una finca situada en el paraje de Nore, a unos tres kilómetros del pueblo. En este punto ya muchos habían comenzado a sospechar que estas actividades tendrían un final no previsto. Muchos frontineños fueron dotados de armas de largo alcance y dormían siempre preparados para recibir un supuesto ataque guerrillero, que por lo demás era algo improbable por las circunstancias topográficas del Municipio.

Los organizadores paramilitares se cuidaron bien de inculcarle a la sociedad el temor de un inminente ataque de la guerrilla. Este trabajo psicológico de intimidar a los dirigentes pueblerinos iba acompañado de una frase amenazante que Conrado Pérez repetía constantemente:

—El que no esté con nosotros, va es pa'l piso...

Era una clara presión degradante para la ciudadanía, prisionera y rehén del nuevo monstruo que muchos de ellos ha-

bían apoyado en su desespero por librarse de las atrocidades de las Farc. La sabiduría popular nos enseña que al que no quiere caldo le dan dos tazas.

Se afirma que la organización entre Convivir y paramilitares tuvo una cúpula de once personas que tomaba decisiones colegiadas. Poco a poco fueron reemplazadas por Mateo Rey, quien al principio imponía sus sugerencias por intimidación y más tarde los copó para concentrar en sí mismo todas las determinaciones.

En 1997 las autodefensas decidieron incursionar con fuerza en los municipios comprendidos en el área de influencia del Nudo de Paramillo, con el objetivo de quitarles a la Farc uno de sus santuarios predilectos de descanso y de financiación con la coca cultivada en la región. El Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, en el documento titulado “Panorama actual del Paramillo y su entorno”, publicado en mayo de 2002, afirma: “En diciembre de 1997 las autodefensas iniciaron una ofensiva militar en contra de lo que consideraban el cuartel general de las Farc en la zona de Urabá, el Jiguamiandó, Puerto Lleras y Murri, en jurisdicción de los municipios de Mutatá, Riosucio (sic), Vigía del Fuerte y Frontino”²⁶. Si bien las quejas de los frontineños por el acoso de las Farc propiciaron el afincamiento de las autodefensas en el Municipio, el fortalecimiento de estas obedeció al plan que tenían los paramilitares de golpear al frente 34 de las Farc en uno de sus santuarios, el Nudo de Paramillo.

²⁶ Panorama actual del Paramillo y su entorno. Observatorio del programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario. Vicepresidencia de la República de Colombia. Mayo 2002. Bogotá. http://www.derechoshumanos.gov.co/Observatorio/Publicaciones/Documents/2010/Estu_Regionales/04_03_regiones/nudo_paramillo/nudo_de_paramillo.pdf

Alias Wilson, el primer comandante que tuvieron las auto-defensas, duró apenas tres meses. Organizó un operativo para penetrar a Cruces de Tuguridó, una vereda del vecino municipio de Dabeiba, con el fin de dar de baja a un jefe guerrillero. Cuentan cercanos a la organización paramilitar que fue un operativo conjunto con integrantes de la fuerza pública. Al llegar al sitio, las tropas de Wilson dieron de baja al jefe guerrillero quien, moribundo, también dio muerte al jefe paramilitar.

Después llegó un chilapo apodado Baltasar, oriundo de Urabá, alto, cabello al afro, de muy buen vestir. Su autoridad fue ejercida por siete u ocho meses durante los cuales se hospedó en unos apartamentos en la misma calle del templo parroquial, a unos ciento cincuenta metros del comando de la Policía. Dicen que murió en La Ceja, donde lo conocían con el alias de Daniel.

Vino luego Edwin Álvarez Cano, conocido con el alias de Pelusa, procedente de Currulao; tenía un hermano, alias Botella, también involucrado con el paramilitarismo. Pelusa era un violento asesino, cuentan que amarraba a sus víctimas de un carro y las arrastraba hasta la muerte. Sus víctimas eran encontradas sin extremidades o sin cabeza. Se pavoneaba por el pueblo a la vista de las autoridades civiles, policiales, militares y judiciales, sin que ninguna se molestara. Fanfarroneaba ostentando armas, radios de comunicación, cadenas y anillos de oro en todos sus dedos. Solo bebía whisky fino y su música predilecta era el vallenato. Las mujeres del pueblo se disputaban al paramilitar mientras los gamonales imploraban su amistad. Tenía buenos carros, comía delicados manjares y siempre exhibía una excelente presentación personal. Vivió en una residencia conocida en la plaza principal, a la luz pública. El trece de febrero de 1998 encontró la muerte a manos de un comandante de la policía, en el atrio de la Basílica Menor. Unos explican su muerte porque *Pelusa* incumplió un trato con

el comandante de la policía que le había pedido al delincuente dejara ir con vida a dos vendedores ambulantes que habían llegado a Frontino, entre los cuales estaba un amigo del policía y que a pesar del pedido, el paramilitar los había bajado del bus escalera en el cual se trasladaban a Medellín y los asesinó. Otros declaran que la muerte de *Pelusa* se debió simplemente al cumplimiento del deber de la fuerza pública. No faltan quienes aseguran que sus jefes ya estaban hastiados del escenario de muerte y desolación que había sembrado en el pueblo, y el asesinato de un médico del municipio de Peque, para robarle el carro, les llenó la copa. Sospechosa resultó la actitud de los escoltas del jefe paramilitar, que ante la presencia de la policía, se escabulleron subrepticamente, se escondieron en la Basílica y huyeron, dejando solo a su jefe. Recibió dos disparos de fusil en el abdomen, fue transportado por la misma fuerza pública al hospital de la localidad y allí murió una hora después, suplicando que no lo dejaran morir.

Al tenebroso Pelusa lo reemplazó el ya citado Conrado Pérez, conocido como El Tuerto, y a éste, Javier Ocaris Correa Alzate, alias Freddy, quien se acogió al proceso de paz y confesó sus delitos.

SEGUNDA PARTE

1. Don Mateo Rey

Mateo Rey es recordado por todos los mayores del pueblo como un joven piadoso, cristiano practicante y devoto, especialmente cuando estudiaba en el seminario menor San Pío X de Cañasgordas. Tan firmes convicciones religiosas estaban llamadas a perdurar.

Nació el veintitrés de agosto de 1956 en el hogar conformado por un padre prudente, austero y trabajador, que derivó su riqueza de la herencia recibida de los suyos y de su apego al trabajo en sus empresas agropecuarias, y por una madre igualmente luchadora, siempre dedicada a las haciendas y al hogar. En síntesis, era una pareja sin vida social y con una rutina simple, sin más aspiraciones que acrecentar su fortuna mediante el trabajo. La Misa y el Santo Rosario diarios no faltaban en ese hogar. Cuando por mandato del Concilio Vaticano II sacaron de los templos las imágenes religiosas, esta familia recogió varias de ellas, las llevó a su hogar y continuó venerándolas. Además de los padres, el hogar estuvo conformado por cinco hijos, cuatro varones y una dama.

Terminados sus estudios en el seminario menor, Mateo desestimó la idea de hacerse sacerdote y regresó a su pueblo para ayudar en los quehaceres de las haciendas con otros de sus hermanos. También se dejó picar por el bicho de la política,

una actividad que le venía por herencia de su abuelo paterno, dirigente conservador en la época de la violencia política de las décadas del cuarenta y del cincuenta del siglo veinte.

Iniciando la década de los años ochenta, Mateo Rey fue concejal de Frontino y posteriormente diputado a la Asamblea de Antioquia, siempre por el partido Conservador. Se mostraba conciliador y nada sectario. De complexión gruesa, gordo dirán otros, por esas fechas se preocupó por el progreso de su pueblo. Era proverbial su glotonería. Contaba su familia que los médicos le prescribieron una dieta rigurosa, la que observaba en el hogar con esmero, pero que una vez afuera, se dedicaba a visitar cafetines con el fin de complementar la escasa comida que le suministraban. Su esposa y los facultativos no se explicaban la razón para que tan estricta dieta no diera los resultados esperados; sus amigos sí conocían la verdad. Su amor por la comida y su desproporcionado sobrepeso lo llevaron a padecer en los últimos años de su vida una severa diabetes y problemas circulatorios y de colesterol, que dejaban en su cuerpo la apariencia de ser más viejo de los años que tenía. No era generoso con el dinero, vestía mal y usaba ropa de mala calidad. Era usual verlo mal trajeado, con la camisa por fuera y desaliñado en su presentación personal.

Por el año de 1984 trabó amistad con un paisano, reconocido narcotraficante, un hombre que de ayudante de un bus que cubría la ruta entre Medellín y Turbo, pasó a acumular una fantástica fortuna que incluía haciendas, vehículos, viviendas suntuosas, parqueaderos, aviones, entre otros bienes; se decía de este personaje que era el segundo mafioso del cartel de Medellín, solo superado por Pablo Escobar. Esta amistad fue, probablemente, el punto de quiebre en la vida de Mateo. A la muerte violenta del amigo, Mateo comenzó a figurar como su reemplazo en actividades del narcotráfico.

Trasladó su centro de operaciones a la ciudad de Medellín y en el sector de Naranjal instaló un negocio de fachada, para vender motores y repuestos, al que denominó Tokumen. Desde este sitio se dispondría de la vida de muchas personas. Allí se tomaron decisiones que aún hoy enlutan a muchos hogares antioqueños, ni siquiera se escaparon de sus malos designios los amigos o socios de negocios lícitos o ilícitos. Luego extendió sus tentáculos a la región de Urabá, donde hizo buena amistad con el general Rito Alejo del Río, y más tarde a San Pedro de los Milagros y Entreríos.

Mateo se volvió frío y calculador. Un chisme, un comentario desafortunado, era motivo suficiente para decretarle la muerte a una persona. La perversidad se convirtió en una de sus mayores características: Gloria Eugenia Londoño Villa, alcaldesa del municipio de Abriaquí era su amiga, como lo fue el padre de la funcionaria, pero un chisme cualquiera o una verdad dicha en mal momento llevó a Mateo a ordenar su asesinato acaecido en Medellín el veinticuatro de febrero de 1993, cuando la funcionaria regresaba de un foro sobre derechos humanos en Bogotá. En Frontino y en Medellín muchos de los amigos de Mateo Rey (comenzando por su lugarteniente Gabriel Sánchez, alias El Zorro, nieto de un dirigente liberal y actor principal de la violencia partidista del siglo pasado), anunciaron anticipadamente la muerte violenta de la alcaldesa Londoño. Mateo Rey fletó un bus que llevara de Medellín a Abriaquí a paisanos y amigos de la funcionaria asesinada con el fin de asistir al sepelio, y envió costosos arreglos florales.

Con la llegada de la Convivir Los Limones, Mateo se fue apoderando paulatinamente de la infraestructura militar de esa organización y muchos comerciantes, campesinos y empresarios del pueblo que creyeron en las famosas Convivir, se fueron retirando discretamente de esa organización, temerosos de un final lleno de muerte, narcotráfico y arbitrariedades,

como efectivamente sucedió. Así nuestro personaje comenzó a contar con un ejército privado para sus macabros propósitos. Hubo un momento en la historia del paramilitarismo en el Occidente antioqueño en el que Mateo Rey era el comandante de toda la región, especialmente del Occidente lejano. Además fue un típico narcoparamilitar, es decir, combinaba las dos actividades aunque primero se inició en el narcotráfico y luego llegó al paramilitarismo para servirse del mismo.

Varios de sus subalternos han sostenido públicamente que en algunas de sus propiedades o en propiedades de amigos cercanos, siempre tuvo laboratorios de droga que camuflaba inteligentemente y que con periodicidad cambiaba de sitio para “no calentar el lugar”.

Vicente Castaño Gil (alias El Profe), según cuenta el portal de Verdad Abierta, en su artículo “Lo que le iba a contar Vicente Castaño a la justicia”²⁷, siempre consideró a Mateo Rey como uno de los pilares fundamentales del paramilitarismo en Colombia y especialmente en el departamento de Antioquia. Cuando Vicente Castaño se aprestaba a entregar su versión a la justicia días antes de ser asesinado a mediados de 2006, preparó un escrito de veinte páginas donde consignó los hechos más notorios del nacimiento, crecimiento y final de las autodefensas. Allí dejaba claro los líderes paramilitares que fueron Ángel Gaitán Mahecha, Raúl Hasbún (alias Pedro Bonito) y Mateo Rey, personajes importantes para la consolidación y expansión del paramilitarismo no solo en Antioquia, sino en Colombia, y los consideró como empresarios que se habían convertido en comandantes paramilitares de gran prestancia. El escrito quedó en manos de la Fiscalía, en una USB que el

²⁷ Verdad Abierta. Lo que iba a contar Vicente Castaño a la Justicia. <http://www.verdadabierta.com/la-historia/244-la-historia/auc/4009-la-ultima-version-de-vicente-castano-antes-de-desaparecer>

delincuente guardaba para el día de su diligencia ante las autoridades competentes.

Las afirmaciones de Vicente Castaño sobre Mateo Rey tienen toda validez dentro de esa organización ilegal. No son invento y nadie más que él conocía la realidad del paramilitarismo en Colombia. No es extraño que a la muerte de Fidel Castaño, su hermano Vicente adquirió un poder trascendental en la organización paramilitar. Esclarecedora es la historia que relata en su obra la periodista María Teresa Ronderos: “Hay relatos creíbles que aseguran que, antes de la muerte de Fidel, Vicente ya era tan poderoso como su hermano, debido a su papel central en la financiación del grupo, a sus conexiones con altos mandos militares y a la gran cantidad de tierra que había acumulado. En 1992, un investigador judicial que seguía los pasos del Cartel de Medellín, contó que un alto mando de esa organización ilegal le dijo, en un momento de confianza, señalándole la foto que tenía sobre el escritorio y sin mencionar su nombre como si tuviera miedo: “Ese es el jefe más arriba de todos”. La foto era la de Vicente Castaño, un tipo al que nadie conocía entonces”²⁸.

Raúl Hasbún, alias Pedro Bonito, el empresario bananero que terminó comandando el paramilitarismo en Urabá, también afirmó a las autoridades de Justicia y Paz, como lo reporta la revista *Semana* en su edición número 1.379 de 05/10/2008, la importancia de Mateo en la organización criminal: “Vicente Castaño ordenó que se controlara también todo el narcotráfico que salía por el puerto de Turbo. Por cada kilo de cocaína que salía del puerto, las autodefensas cobraban cincuenta dólares. La mitad del dinero se le enviaba a Castaño. El enlace entre los paramilitares y el narcotráfico era un hombre conocido como

²⁸ María Teresa Ronderos. Obra citada. Página 234.

Mateo Rey, quien hace pocos meses fue asesinado en San Pedro de los Milagros, en Antioquia²⁹.

Mateo fue asesinado en Entrerriós el primero de febrero de 2008, y no en San Pedro de los Milagros, como lo afirmó Hasbún.

Muchos campesinos también señalaron a Mateo Rey de haber mantenido siempre unas buenas relaciones con la subversión. Nada raro. Era un gran relacionista capaz de conversar con oficiales de alta graduación del Ejército y de la Policía, con autoridades civiles, con dirigentes políticos y con comandantes guerrilleros, paramilitares y narcotraficantes. Su posible amistad, “relaciones de negocios” con la guerrilla no es difícil de creer. En la guerra nada es extraño. Siempre se afirmó que sus relaciones con las Farc las mantenía a través de su lugarteniente alias El Zorro, quien era sobrino de Toño Sánchez, un guerrillero de ese grupo subversivo, hoy ya entrado en años, enfermo y retirado de esas lides. Un campesino que pidió mantener en reserva su nombre, narró a este cronista que “vi dos veces reunido a Mateo Rey con la guerrilla por las inmediaciones del Alto de Portachuelo, camino a Caráuta”.

Las Farc secuestraron a un hermano de Mateo Rey, un hombre serio, pacífico, alejado de actividades distintas a las agrícolas, el trece de octubre de 1998. Pocos meses después, el veintisiete de enero de 1999, luego de recibir un jugoso rescate, los guerrilleros le ordenaron irse y lo fusilaron por la espalda. Un crimen lleno de cobardía y de crueldad con el que seguramente se cobraron, injustamente, las acciones del hermano. Este episodio ha generado muchísimas especulaciones, incluyendo la versión de que en esa muerte, Mateo Rey también tuvo mucho que ver. Difícil creerlo pero las fantasías populares apa-

²⁹ Revista Semana. Las confesiones de Hasbún. Octubre 4 de 2008. <http://www.semana.com/nacion/-/articulo/las-confesiones-hasbun/95846-3>

recen, por disparatadas que sean, para exagerar la vida de un hombre polémico y terriblemente equivocado en su senda.

La crueldad de Mateo Rey rebasó todos los límites. Un hermano pobre que vivía de una pequeña empresa de confecciones que administraba con su esposa, desesperado por su difícil situación económica, comenzó un peregrinaje para visitar al hermano rico y pedirle apoyo. El desesperado consanguíneo, cuando vio cerradas todas las posibilidades de colaboración de su hermano, lanzó cualquier frase desafortunada y amenazante y días después era víctima de las balas asesinas de su hermano mayor. Ni plata, ni vida para alguien que llevaba su propia sangre. Mateo, como lo hizo antes con otras víctimas, estuvo en el sepelio de su hermano y se le vio muy compungido. Ese mismo día, en pleno desfile fúnebre, el socio del muerto fue asesinado y todos los indicios apuntaron hacia Mateo Rey.

Mateo Rey se casó con una buena mujer, cuando aún no se avizoraba el cambio dramático en su vida. Del matrimonio nacieron cuatro hijos, el mayor de los cuales se enlistó desde muy joven en los ejércitos del paramilitarismo y ejerció su comandancia por los lados de San Pedro de los Milagros, donde Mateo Rey poseía unas haciendas de las más valiosas de su patrimonio. Los demás se dedicaron al estudio.

No olvidan en Frontino la historia del secuestro del hijo mayor de Mateo. Siempre sindicaron a Carlos Alberto Agudelo (a. Medio Almuerzo) de la acción. Este personaje también estuvo, supuestamente, vinculado al secuestro de la matrona Gabriela White de Vélez. Carlos Alberto era un joven impetuoso, a quienes llaman en los pueblos “desjuiciado”. Después de muchos encuentros y desencuentros con la fuerza pública por sus locuras, decidió enlistarse en las Farc y una de sus primeras acciones fue secuestrar al hijo de Mateo, que como ya lo dijimos era un hombre de cuna rica. Mateo Rey, con cálcu-

lo frío, negoció con los secuestradores y pagó por la libertad de su hijo. Dicen que fue cuidadoso en el diálogo para poder identificar a los autores del crimen. Meses después de liberado el secuestrado, apareció Carlos Alberto Agudelo, supuesto autor del mismo, asesinado quizá en Medellín pero arrojado en las inmediaciones del municipio de Santa Bárbara. Su cuerpo presentaba un dantesco resumen de horrores: sus uñas arrancadas, sus dientes destrozados, sus ojos sacados, su cuerpo lleno de golpes y todo cuando aún estaba vivo, según dictamen pericial.

Mateo Rey se resistió a acogerse al proceso de paz que el gobierno de turno adelantó con las autodefensas; sus tropas fueron copadas en el Occidente lejano y entregadas bajo el mando del tristemente famoso Luis Arnulfo Tuberquia (alias Memín). Mateo pretendió conservar a toda costa sus ejércitos privados y para eso reclutó o dejó a su servicio a unos cincuenta hombres que le permanecieron leales y que también, como él, se resistían a dejar las armas. Lo cierto fue que durante este período de rebeldía los mandos que estaban negociando con el gobierno de Uribe Vélez le respetaron su vida y sus actividades, hasta cuando murió.

El final de Mateo Rey no pudo ser más cruel. Su cuerpo apareció torturado junto al de su hijo mayor, en las inmediaciones del municipio de Entreríos. Pocos días después su esposa fue asesinada en Medellín, seguramente para no permitirle disfrutar los bienes que le dejó su esposo. Un año después murió violentamente otro de sus hijos. Los demás salieron intempestivamente del país para preservar la vida.

Mateo Rey observó siempre un bajo perfil, camuflado en su desgualtada presentación personal. Tanto es así que aun después de muerto las autoridades seguían endilgándole actividades delictivas. El periódico *El Espectador*, en su edición de diciembre diecisiete de 2008, cuando ya Mateo Rey había fallecido, en un artículo titulado "Don Mario, rey de la coca", dice:

“El comandante de la Brigada 17 del Ejército, general Óscar Hernán Giraldo Restrepo, aseguró que en la zona donde esta semana fue hallada la avioneta Cessna bimotor con 850 kilos de cocaína a bordo, cercana a la vereda Chadó, de Mutatá, en Antioquia, delinque alias Mateo, hombre cercano a Don Mario. ‘En este sitio hay un sujeto que delinque, alias Mateo, y pertenece a la banda criminal de Don Mario’. [...] Según fuentes consultadas por *El Espectador*, conocedoras de la situación de Urabá, alias Mateo es uno de los comandantes militares de Don Mario y su principal eje de operación está en la zona rural. Alias Mateo perteneció al bloque Bananero desde sus inicios, pero no se desmovilizó. Hace un tiempo está con Don Mario’, dio a conocer la fuente”³⁰.

Las autoridades civiles, militares, policiales y jurisdiccionales, jamás relacionaron o quisieron relacionar su verdadero nombre con el alias que utilizó en su vida delictiva. Fue tal su trabajo de relacionista que jamás figuró seriamente en los listados que los organismos de seguridad del Estado publicaban sobre jefaturas del paramilitarismo. Indudablemente que fue Mateo Rey un personaje bien importante en el concierto nacional dentro de esta organización criminal, no de otra manera Vicente Castaño atendía con prontitud y respeto sus requerimientos, siendo Vicente Castaño quien fue dentro del paramilitarismo.

Personas que en silencio dimensionaron la capacidad delictiva de Mateo, con su muerte pudieron decir en voz alta todo el daño que le hizo este personaje a muchas gentes inocentes y a pueblos, especialmente a Frontino.

³⁰ Periódico El Espectador. “Don Mario” Rey de la Coca. Diciembre 17 de 2008. <http://www.elespectador.com/impreso/nacional/articuloimpreso/99960-don-mario-rey-de-coca>

2. Sandra Patricia Guisao Guisao

El área urbana de Frontino está dividida en dos importantes conglomerados humanos, separados por una hondonada que forma su territorio para darle paso al río Nore. La distancia entre el casco urbano tradicional y el barrio Manguruma es de escasos doscientos metros. La parte tradicional está asentada sobre una cuchilla que forma la cordillera, donde se fundó el caserío por el año 1806; hoy da albergue a la hermosa Basílica y a las autoridades civiles de la población. Manguruma, por su parte, está asentada sobre un hermoso valle que recibió una de las fundaciones de Santafé de Antioquia en 1543. Está compuesto por bastantes barrios pequeños y es el que garantiza la futura expansión de la municipalidad por sus condiciones topográficas; también tiene parroquia y allí están los más importantes escenarios deportivos y planteles de educación. El número de habitantes de uno y de otro lugar es relativamente idéntico en la actualidad. Esta división geográfica del área urbana es la que ha dado origen a que este sea uno de los municipios de Antioquia que tiene servicio público de transporte urbano.

El sábado dieciséis de julio de 1996, Sandra Patricia Guisao Guisao, joven agraciada, de escasos veintidós años, hija de Manuel y Silvia del Consuelo, dos luchadores de los sectores más populares de la población, él administrador de bares y dirigente del partido conservador, y ella ama de casa, que le brindaron educación a sus tres hijos hasta que estos lo aceptaron o hasta que las condiciones económicas lo permitieron. Aunque vivía en Manguruma, decidió bajar a la Santa Misa de una de la tarde en la Basílica, por tratarse de las emblemáticas fiestas de la Virgen del Carmen, patrona del pueblo.

Piadosamente oró en compañía de algunas amigas. Al terminar la ceremonia se subió al bus de servicio público que la

transportaría a su casa en el barrio El Plateado, del sector de Manguruma. También subieron al vehículo dos reconocidos sicarios que iban armados, a escasos cincuenta metros del comando de la policía. La ruta de servicio público pasa por la base militar que hace unos treinta años opera en el pueblo. Víctima y victimarios pudieron franquear la vigilancia de la fuerza pública sin que fueran objeto de inspección. Al llegar a las primeras casas de El Plateado, se toparon los ocupantes de la buseta con otro paramilitar que viajaba en una moto. Todo hace presumir que ese era el santo y seña convenido para proceder al crimen. Pararon el vehículo que iba con cupo completo y bajaron de él a la bonita Sandra Patricia. Ella se resistió, peleó con sus asesinos, imploró protección a los que la podían escuchar y les reclamó a sus asesinos por las motivaciones que tenían para quitarle la vida, pues desde un principio fue consciente de su trágico final, al fin y al cabo eso era lo que hacían sistemáticamente los irregulares en el pueblo. Para quienes compartían viaje con Sandra Patricia, aun retumban sus frases angustiantes:

— ¿Por qué me van a matar si yo no hice nada? ¡No me dejen matar! ¡Yo no he hecho nada malo! ¡No me maten! ¡No me maten! ¡Por Dios no me maten!

En el forcejeo recorrieron unos metros hasta caer a un arroyo que es límite del barrio. En esa lucha entre víctima y victimarios a la dama le propinaron varios tiros de revólver y pistola. La creyeron muerta y emprendieron la retirada. No obstante uno de ellos, dicen que Miguel Antonio Lorza Velásquez, alias Manigueto, después de caminar un pequeño trayecto volvió la mirada a la escena del crimen y vio que su víctima se movía. Fríamente se devolvió y le dio un tiro de gracia. Siendo las dos de la tarde habían logrado el triste objetivo. Nadie vio, nadie dijo nada. Los sicarios, muy conocidos en el pueblo ni siquiera se tomaron el trabajo de cubrir sus caras. Asesinaron a Sandra

Patricia en forma desafiante, a plena luz del día, saliendo y pasando por el frente de las autoridades de policía y militares. Era un episodio más para aterrorizar al pueblo y someterlo a sus designios. Alias Manigueto, al igual que alias Cobra, alias El Tuerto, Alias Pelusa y alias El Alacrán, fueron los más violentos en la despiadada guerra paramilitar declarada contra los frontineños.

Al día siguiente se realizó el sepelio, tal vez uno de los más concurridos que ha conocido el lugar. Manuel Guisao, el padre de Sandra Patricia, recibió el pésame de autoridades civiles, militares y de policía. La fiscalía lo citó a una sesión de interrogatorio tratando de averiguar la verdad de lo sucedido con su hija. Muchos días después se rumoró en el pueblo que el fiscal de la causa disfrutaba de una tarde de esparcimiento en una piscina pública de la localidad, con el jefe militar de los paramilitares, Conrado Pérez (a. El Tuerto). Nunca se comprobó la afirmación. Tiempo después, otro jefe paramilitar le reconoció al padre de la víctima:

—Demostraste finura al no señalar a nadie como responsable de la muerte de tu hija, cuando te interrogaron en la fiscalía.

A no dudarlo no fue “finura” lo que demostró el padre de la víctima cuando fue interrogado por las autoridades. Manuel Guisao era presa del terror y lo sucedido con su hija y con muchos frontineños más a partir de ese año, le daría la razón al atribulado padre.

¿Cómo se enteraron los paras de lo manifestado por el padre de la víctima a las autoridades judiciales? ¡Fácil suponerlo!

Sandra Patricia era una joven espiritual, alegre y cívica que días antes de su muerte había liderado con el sacerdote de la parroquia de Manguruma la refacción y pintura del templo, trabajo que realizó con amor y constancia. Tenía convenido su

matrimonio con un joven y anónimo minero, que dedicaba su fortaleza a extraer de socavones el oro que le había dado cierta estabilidad económica y que le había permitido adquirir lo esencial para formar un nuevo hogar. El nombre y el paradero del prometido es hoy un misterio: se fue silenciosamente como había llegado. Venía de la zona minera del Nordeste antioqueño y queriendo conservar su vida, porque seguramente vio lo que vio su prometida, prefirió ponerse a salvo. El sueño de la joven pareja que llevaba algunos meses construyendo su futuro se vio truncado por una muerte incomprensible: días después del asesinato, el padre de la joven fue citado a uno de los cuarteles generales de las autodefensas situado en el paraje de Nore, continuación del barrio Manguruma, supuestamente para explicarle las razones que estos delincuentes, dueños de la vida de todo un pueblo, tuvieron para su proceder. Manuel Guisao, el día de la cita, no obstante tener un pacto con su hijo mayor de no libar licor para no empeorar la situación, se levantó temprano y se fue para un cafetín cercano a su casa, se tomó unos tragos hasta que llegó su hijo a notificarle:

—Los paramilitares te han cancelado la cita porque estás bebiendo licor; te mandan decir que si me autorizas a mí para ir y escuchar las explicaciones que nos van a dar.

Ese día Manuel se refugió en el licor por la rabia y la indignación represadas que tenía. Le quedaba absolutamente imposible mirar a los ojos y compartir una conversación con los asesinos de su hija.

—Te autorizo a que me representés en esa reunión. Actúa con prudencia, no sea que te busqués la muerte. De esos bandidos se puede esperar cualquier cosa.

Su hijo cumplió la convocatoria para escuchar, seguramente, una mentira más. Conrado Pérez (a. El Tuerto) le notificó perentoria y solemnemente:

—La muerte de su hermanita Sandra Patricia se debió a que sencillamente cometimos un error. Eso no era para ella.

No hubo siquiera excusas o arrepentimientos. Los bandidos no tuvieron escrúpulos ni consideraciones.

La labor de minería la desarrollaba el novio de Sandra Patricia en la vereda El Cerro, sitio donde no solamente están las más importantes minas de oro del pueblo, sino su aeropuerto, el mismo que utilizaban los jefes paramilitares para recibir y despachar insumos y droga. Sandra Patricia visitaba con frecuencia a su novio en estas minas y es sentir general de la población que la razón del asesinato de la joven fue algo que vio en uno de esos viajes a El Cerro o de paso por el aeropuerto, verdadera joya de los narcotraficantes. Algo visto por Sandra que no les gustó a los asesinos.

3. María Mercedes Toro Agudelo, Juan Carlos Ortiz Montoya, Claudia Elena Orrego Toro, Franklin Varón Toro y Guillermo León Cuartas Serna

María Mercedes Toro Agudelo y su esposo Juan Carlos Ortiz Montoya viajaban de Frontino a Medellín el 21 de agosto de 1996 cuando fueron secuestrados en las inmediaciones de Manglar, corregimiento de Giraldo. Días después, el 4 de septiembre del mismo año, en la loma de Los Balsos –exclusivo sector de Medellín– fue secuestrada y desaparecida una hija de María Mercedes Toro Agudelo, de matrimonio anterior, de nombre Claudia Elena Orrego Toro. Continúan las tribulaciones, como lo reseña *El Colombiano*: “El 21 febrero de 1997, Franklin Varón Toro (primo hermano de Claudia Elena Orrego Toro y sobrino de M^a Mercedes Toro Agudelo) viajó de Medellín a Frontino, acompañado de su amigo Guillermo León Cuartas Serna, para cancelar los servicios públicos de un negocio. Cerca de Frontino fueron interceptados por el capitán del Ejército de apellido Prieto (Juan Carlos), quien los trasladó

hasta el Batallón Pedro Justo Berrío, de la misma jurisdicción. A las cuatro de la mañana del 22 de febrero, el oficial les entregó sus detenidos a los paras, según consta en los testimonios recibidos por Justicia y Paz al indagar por el caso”³¹. Juan Carlos Prieto fue un oficial del ejército al que la opinión pública en Frontino siempre vinculó con los paramilitares.

Claudia Elena Orrego, la hija de María Mercedes Toro, y el esposo actual de ésta, Juan Carlos Ortiz, fueron reunidos en una casa campesina en Morro Seco, Sopetrán, asiento de un campamento paramilitar donde estuvieron cautivos por un mes; entonces el comandante de tal campamento, Luis Arnulfo Tubercuía, alias Memín, pidió permiso a Carlos Castaño, comandante de las Autodefensas Unidas de Colombia, para proceder en su contra. Así lo narró el mismo Memín tras entregar armas y acogerse a Justicia y Paz. La respuesta de Castaño fue: “Mátelos y desaparézcalos. A mí me mandan la camioneta” (propiedad de los asesinados, una Chevrolet roja, cuatro por cuatro)”, dijo Memín. Recibida la sentencia de sus jefes, “Memín” ordenó a alias “El Cóndor” y a “Pablo” que procedieran. “Los sacaron del campamento en un carro y como a los cinco minutos los bajaron y les dispararon”. Las víctimas quedaron en dos fosas: en una María Mercedes Toro Agudelo y su hija Claudia Elena Orrego Toro; en la otra, Juan Carlos Ortiz Montoya, el esposo de María Mercedes. Luego las cubrieron con tierra de un potrero donde permanecieron por más de una década, hasta 2007”³². “Sus cadáveres fueron encontrados por la Fiscalía General de la Nación en una finca del municipio de Sopetrán, también en el occidente antioqueño,

³¹ El Colombiano. Periódico de la ciudad de Medellín. Crónica del periodista José Guillermo Palacio. Medellín 1 de mayo de 2015. <http://www.elcolombiano.com/familia-toro-una-tragedia-que-cumplira-20-anos-HB1829292>

³² EL COLOMBIANO. *Ibidem*.

luego del señalamiento de alias Memín. Este siempre sostuvo que el secuestro y posterior asesinato de estas tres personas fue una orden de Carlos Castaño, porque se suponía que eran auxiliares de los guerrilleros. Por estos hechos, en sentencia anticipada, Tuberquia fue condenado a más de treinta y tres años de prisión”.³³

Según Arnulfo Tuberquia, detrás de estas muertes estuvo Mateo Rey y cuando se le indagó en diligencias judiciales por los otros dos, es decir por Franklin Varón Toro y por Guillermo Cuartas Serna, siempre respondió que quienes debían explicar sobre el tema eran Mateo y Conrado, refiriéndose a Conrado Pérez, alias El Tuerto.

De los sobrevivientes, merecen especial mención dos mujeres ejemplares y luchadoras: María Elena Toro Agudelo y María Mercedes Agudelo, la primera hermana de María Mercedes y la segunda, madre de las dos, que se envejecieron buscando a sus deudos y que parcialmente han visto recompensada esa misión. Han librado una desigual batalla no solo por encontrar a sus familiares desaparecidos y asesinados, sino ante bancos, tribunales y cortes para impedir que las dejen en la miseria por deudas que habían adquirido los fallecidos. Hacen parte del grupo Madres de La Candelaria, tan reconocido nacionalmente y comparable con las Madres de la Plaza de Mayo en Buenos Aires (Argentina). Valerosamente han acudido con otros familiares a los medios de comunicación y lograron interesar al famoso Diego Fernando Murillo, reconocido como Don Berna, jefe paramilitar, para que intercediera ante Arnulfo Tuberquia,

³³ EL COLOMBIANO. Artículo “Condenan a Alias Memín por desaparición forzada y triple homicidio” . Medellín, noviembre 19/2014. <http://www.elcolombiano.com/condenan-a-alias-memin-por-desaparicion-forzada-y-triple-homicidio-IX671820>

alias Memín, quien tenía la solución a parte de los reclamos de la familia Toro. De hecho fue Diego Fernando Murillo quien informó dónde estaban los cadáveres de tres de los familiares desaparecidos.

La familia Toro siempre ha sostenido que la persecución paramilitar, decretada por Mateo Rey y Carlos Castaño, tuvo como único aliciente el deseo de apoderarse de una finca de propiedad de ellos. Otros se apartan de esta versión.

4. Aracelly del Socorro Álvarez, maestra de Murri

Fue una mujer muy activa, una persona incansable y laboriosa que llegó a Frontino como profesora de educación física del colegio Pedro Antonio Elejalde. Sobresaliente jugadora de baloncesto en el equipo de educadores del municipio que anualmente participaba en los Juegos del Magisterio. Se casó después de un corto noviazgo con el comerciante Urbano Ospina Layos, tuvieron un hijo que se agregó a una niña que de relación anterior tenía la educadora. Ella era impetuosa y luchadora, y él tímido y calmado en sus proceder, incompatibilidad de caracteres que posiblemente incidió en el fracaso conyugal.

Acabada la relación ella pidió traslado para la Escuela Unitaria (hoy Centro Educativo Rural) Cuevas de Murri, por las prebendas económicas que tenía en ese entonces: reconocimiento de tiempo doble para ascenso en el escalafón docente, prima de Escuela Unitaria, prima de difícil acceso, prima de dirección. Como docente de la escuela era muy apreciada en su comunidad pues ayudaba a las familias en eventos como primeras comuniones, días del niño, navidades y estaba presente en todas las dificultades de los vecinos para ayudarlos. Les regalaba ropa y les hacía fiesta en la escuela. No pocas familias recibieron su ayuda para arreglar los techos de sus

viviendas o para llevar el agua hasta sus casas. Inicialmente su entrega a la comunidad fue absoluta, lo que le valió gran ascendencia entre la misma, que la tenía como su líder y su guía.

Se trasladó a vivir a La Blanquita, caserío de Murri y con los años se convirtió en hábil negociante de ganado. Recorría las fincas y veredas de la región comprando cerdos y ganado vacuno que traía en jaulas (camiones de estacas) a la feria de ganados de Medellín, con jugosas ganancias.

Poco a poco le fue quitando tiempo a sus labores como docente de la escuela de Cuevas –lo que no gustaba a padres y estudiantes de la vereda pero que callaban porque sus ayudas económicas eran bienvenidas–, que dedicaba a sus negocios particulares y a las actividades de liderazgo social; atendía muy bien a todas las personalidades que visitaban Murri: sacerdotes, funcionarios de la administración municipal, de la Organización Indígena de Antioquia, etc.

Su vida de negociante en la zona la aseguraba con el pago de vacunas al Frente 34 de las FARC, que le permitía ejercer sus actividades. Hacia 1996 la situación comenzó a complicarse para ella y para muchos docentes de la región: la presencia guerrillera con sus chantajes, secuestros y extorsiones, trajo la ya conocida historia de la presencia paramilitar en la zona. La sede de su trabajo docente era territorio de dominio subversivo y para los paramilitares ese era un lugar de guerrilleros y alcahuetes de los mismos, en una conclusión simplista y arrogante que sirvió de excusa para matar a muchos inocentes.

Nuestra docente inicialmente eludió los primeros señalamientos y ataques del grupo paramilitares y siguió con sus negocios como hasta entonces. Otros docentes debieron dejar sus escuelas para no quedar en el fuego cruzado entre guerrillas y paramilitares, como Diana Eunice Flórez y Mario Lopera, quienes salieron para Medellín o para Urabá.

Uno de los días en que salía al pueblo a vender su ganado, fue llamada por los paracos en la zona urbana de Frontino y fue obligada a darles dinero para que la dejaran continuar trabajando, con tan mala suerte que al llegar a su residencia en Murri, la guerrilla también la esperaba para que les entregara más plata. Fue advertida por muchas personas, entre ellas los sacerdotes y algunas hermanas de la comunidad de la Madre Laura, de que su vida peligraba si continuaba con ese juego de querer quedar bien con los unos y con los otros. Avisos inútiles. No los atendió creyendo que con dinero lo arreglaba todo. Lo hacía convencida de que era una situación coyuntural y que pronto pasaría.

En otra ocasión fue a Frontino a cobrar sus salarios como educadora y saliendo del pueblo decidió visitar un negocio de comercio situado en la misma calle de la alcaldía municipal y del comando de la policía, pero en el extremo contrario, a escasos sesenta metros de estas dependencias oficiales. Pidió un jugo y fue abordada por un grupo de paramilitares quienes la invitaron a subir al famoso carro “Caminito al Cielo”. Para ese momento la educadora tenía, injustamente, fama entre los amigos de los paramilitares de ser una auxiliadora de la subversión:

—Usted debe acompañarnos. El jefe la necesita para que traten algunos temas que ustedes tienen pendientes.

Presas del pánico pero con mucha entereza y valor les responde que,

—Nada tengo pendiente ni con ustedes ni con su jefe.

—Le rogamos nos acompañe para que se evite problemas y escándalos.

El negocio de comercio estaba muy concurrido a esas horas tempranas del día, y por el sector había una gran afluencia de personas. Aracelly pidió permiso para ir al baño y les advirtió que va a pensar si los acompaña o si los visita otro día. La

presencia de tanta gente jugó a favor de la educadora quien fue al baño y se atrincheró en el mismo, cerró la puerta y no permitió el ingreso de nadie. Luego de dos horas y alertada por muchos presentes del retiro de los paramilitares del lugar, la educadora abandonó su escondite y se refugió en la casa de unos amigos para evitar a los violentos. El incidente se regó como pólvora en el pueblo y esa circunstancia también fue importante para impedir un desenlace fatal. Para quienes conocían el *modus operandi* del paramilitarismo, los días con vida de Aracelly eran escasos, salvo que con precauciones abandonara el poblado. Ella se resistía.

Después se fue para Medellín con el pretexto de hacer unas vueltas y se quedó unos veinte días sin aparecer por el Municipio. Cuando regresó entró a Murri y sacó para Medellín unos camiones con el ganado que le quedaba, ya decidida a abandonar definitivamente la zona.

Al regreso de Murri visitó el salón de belleza, se reportó a la Dirección de Núcleo, organizó papelería de la escuela y realizó algunas compras. Manifestó a algunos de sus amigos que iba a liquidar sus negocios en Murri y que se pensaba retirar temporalmente de la zona. Hacia el mediodía la recogió un carro de un amigo y salieron rumbo a Nutibara. Al llegar a un sitio llamado La balastrera, poco después del barrio El Bordo, el carro fue interceptado por varios hombres armados pertenecientes a los paramilitares, la bajaron por la fuerza y sin mediar palabras le propinaron varios tiros que le quitaron la vida inmediatamente.

Miguel Ángel Lorza Velásquez, alias Manigueto, poco después llegó al comando de la Policía y notificó tajantemente a quienes estaban de turno atendiendo el comando:

—Recojan a la maestra de Murri. Allá quedó en El Bordo.

Nunca quedó claro si Lorza Velásquez participó en los hechos o fue simplemente un informante. De él se ha dicho que

primero fue miliciano del Frente María Cano del ELN, que operaba por el municipio de Remedios, que posteriormente fue condenado por rebelión y no alcanzó a acogerse al proceso de Justicia y Paz.

Al día siguiente, el cadáver de la educadora fue trasladado a Medellín donde su familia le dio cristiana sepultura.

Fue el final trágico de una educadora con muchas energías y liderazgo y demasiado hábil para los negocios, que no supo aplicar su astucia para salvar su propia vida.

5. Enrique Flórez, su hija Ana Liria y Orlando Antonio Borja

Don Enrique Flórez, un anciano de más de ochenta años, de la vereda Morotó, comprensión del municipio de Cañasgordas y sobre los límites de este distrito con el de Frontino, tenía una pequeña parcela de su propiedad de la que sacaba el sustento para él y su hija Ana Liria, su yerno Orlando Antonio Borja y cinco nietecitos, las dos hijas mayores de Ana Liria y tres nacidos en el matrimonio con Orlando Antonio.

Don Enrique era un hombre jovial. A pesar de sus años, un excelente bailarín y ayudó mucho a recuperar la danza llamada Tresillo, que se practicó en Frontino durante el siglo XIX y que hoy presentan con orgullo muchos grupos de danzas en todo el territorio patrio. Ejecutaba con destreza el tiple, la lira y la guitarra. Fueron incontables las veladas familiares y de vecinos que amenizó este venerable anciano hasta los últimos días de su existencia. Era usual verlo entreteniéndolo a los niños con números de magia, ingenuas actuaciones teatrales que se inventaba para goce de muchos infantes.

Al final de sus días poco trabajaba, por sus achaques de salud y su avanzada edad. Sin embargo, era usual verlo de azadón en mano para cumplir esporádicas labores agrícolas.

Las necesidades económicas eran muchas y “no le puedo dar largas a la vejez porque me muero de hambre”, solía decir. La casa era una vivienda campesina muy humilde y a pesar de lo pequeña y ruinosas, albergaba un hogar donde sus moradores practicaban las devociones religiosas y observaban las más tradicionales costumbres de nuestros campesinos. La pobreza y la humildad de la familia se percibían a distancia.

Orlando Antonio, el yerno de Don Enrique, era un hombre relativamente joven, a punto de cumplir cuarenta años y laboraba en la pequeña parcela de su familia y en fincas vecinas. Era muy aficionado al licor y problemático con tragos en la cabeza. Cualquiera día, un mal día, Orlando Antonio agredió de palabra a otro campesino y éste fue con la queja a las auto-defensas.

Como los paramilitares eran la autoridad, fueron a la vereda Morotó a dar una notificación perentoria a Orlando Antonio y a su familia:

—¡Perro! Si no querés que te matemos tenés ocho días para abandonar a Cañasgordas y a Frontino. No te queremos ver más por aquí. Es una orden y si no te vas, ya sabés cómo procedemos nosotros.

Orlando Antonio no creyó que le hablaban en serio. Sus limitaciones económicas eran de tal magnitud que estudió con su esposa Ana Liria la posibilidad de abandonar su parcela y buscar horizontes en otros lugares y concluyeron, lamentablemente, que no tenían cómo buscar otro sitio para salvar la vida y la de su familia.

Orlando Antonio, aconsejado por su esposa, visitó a las personas con las cuales había tenido altercados en sus últimas borracheras, creyendo que seguramente entre ellos estaba el quejoso que lo había informado ante los paramilitares. Eso le tranquilizó su conciencia y le amainó sus preocupaciones, pero no valió para torcer el destino reservado por los verdugos.

Transcurrido el plazo perentorio, el once de mayo de 1997, Orlando Antonio llegó de trabajar a su casa a eso de las seis de la tarde. Había laborado todo el día y parte de la noche anterior en un trapiche panelero de un vecino. Tomó un baño de agua caliente para sus pies y se sentó en el pequeño corredor de su casa a escuchar las historias escolares de sus tres pequeños niños. Dialogando con sus hijos divisó a los lejos la presencia de hombres armados. Le comunicó a su esposa la mala noticia y ante la inminencia de la presencia paramilitar en su vivienda se escondió debajo de una cama, sus hijos lo hicieron detrás de un parapeto de leña y de madera. Su anciano suegro, ya dormía.

El grupo paramilitar fuertemente armado llegó dirigido por Hilario Pérez (alias *Cobra*) quien le dijo a Ana Liria:

—¿Dónde está Orlando, su marido?

—No sé señor. ¿Ustedes no le dieron pues la orden de abandonar este lugar? —Ripostó la asustada mujer.

—No me mienta, vieja hija de puta. Lo vimos desde que llegó del trabajo, se lavó los pies y después estuvo aquí mismo conversando con usted y sus hijas. Se van a morir todos —sentenció el jefe paramilitar.

—No señor. Ya le dije. Él no está.

La campesina, a empellones fue arrojada al suelo.

Los paramilitares ingresaron a la casa y buscaron a Orlando por todos los rincones. La vereda la tenían asegurada por todas partes los victimarios. En la búsqueda del campesino los asaltantes hicieron mucho escándalo y ruido. Eso despertó al anciano Enrique quien se sentó sobre la cama preguntando:

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanto ruido?

La única respuesta fue un disparo de revólver a corta distancia sobre la cabeza del campesino y una frase que quedó grabada en la mente de sus nietecitas:

—Cállate viejo metido, guerrillero hijueputa.

Sobre la cama quedó el cadáver del virtuoso del tiple, la lira y la guitarra, el recuperador del Tresillo.

Segundos después los delincuentes hallaron a Orlando Antonio debajo de una cama y en el mismo sitio, sin mediar una sola palabra le dispararon en varias ocasiones hasta causarle la muerte. Finalmente, también asesinaron a Ana Liria.

Desde su escondite los tres niñitos de los esposos asesinados vieron la espantosa escena. Rato después de que los asesinos abandonaran el lugar del triple crimen, como sonámbulos corrieron los niños a darle la noticia a los vecinos que temerosos llegaron, varias horas después, a observar el macabro cuadro.

Semanas después de los hechos, una amiga, muy amiga de alias *Cobra* y de la familia Flórez, se lo encontró en un lugar público de Frontino. Se tenían alguna confianza. La amiga le increpa:

—A mí no me hablés. ¡Cómo asesinan ustedes a un anciano como Enrique Flórez!

—Se murió por metido ese viejo hijo de puta.

Fue toda la respuesta que dio el jefe paramilitar, en medio de sonora y cínica carcajada.

6. Gelo Pulgarín García, John Carlos Pulgarín Alcaraz y Libia Amparo Góez López

La vereda El Tambo es un agreste y bello sitio en las laderas de una altísima montaña, con acceso difícil por lo empinado del ascenso, a la vera del camino viejo que conduce de Nutibara al corregimiento de La Blanquita (Murri). Al finalizar las calles de Nutibara se inicia la penosa subida entre potreros que, al avanzar, dan paso a una zona selvática y rica en maderas nativas. Desde Nutibara se observa la bella montaña y desde la cumbre donde queda El Tambo, se pueden divisar las

fértiles tierras de Musinga, Curadientes, Naranjal, El Llano y Nutibara.

En la vereda El Tambo se encuentra la finca Tenerife, que en febrero de 1998 era propiedad de un campesino muy apreciado en toda la región llamado Ángel de Dios Pulgarín García, al que todos los vecinos llamaban cariñosamente Gelo. Ángel de Dios era hombre bonachón, apreciado por la comunidad nutibarense, sin apasionamientos políticos o religiosos, a pesar de que religiosamente depositaba su voto en un día electoral. Era un ciudadano ejemplar.

Ángel de Dios “Gelo” vivía en Tenerife con su hijo John Carlos y con la esposa de éste, en segundas nupcias, Libia Amparo Góez López. La vida familiar se desarrollaba en paz y armonía, sustentada con la explotación de maderas de cedro y roble, y ayudados por un grupo de entre seis y diez aserradores. Otra parte de la finca era utilizada para ganado de leche y para la crianza de cerdos y gallinas campesinas, más con fines de subsistencia que de comercio. No eran gentes adineradas.

La vivienda principal de la finca era una casa antigua en madera y materiales con amplios corredores y jardines que cuidaban con esmero. Era un lugar agradable a pesar de estar situada en una ladera bien pronunciada: sencilla, sin pretensiones, una casa campesina común y corriente.

Transcurría media hora después de la media noche del 10 de febrero de 1998, cuando la calma y el silencio de ese amanecer fueron interrumpidos por los gritos de varios hombres que le reclamaban a los moradores de la finca que salieran de la casa y se reunieran en el patio.

— ¡Todos afuera inmediatamente. Los tenemos rodeados!

Aparte de Gelo, en el lugar amanecían su hijo John Carlos con su esposa Libia Amparo, y seis aserradores; todos salieron a cumplir el mandato de los hombres armados. Eran va-

rios, algunos encapuchados y todos con armamento de largo alcance. Los aserradores tomaron asiento en una tarima que había en el corredor de la casa; Gelo lo hizo sobre una piedra grande, que había en el patio de la casa; John Carlos también se paró en el patio, arrimado contra un estantillo que sostenía el corredor de la casa y Libia Amparo, guarecida del frío con una cobija que le cubría casi todo el cuerpo, se sentó junto a los aserradores a la luz de la luna que iluminaba la noche. Así bandidos y campesinos se podían observar perfectamente.

—¿Quién es aquí Gelo?, preguntó el que parecía comandar el grupo.

—Yo, señor, contestó el dueño de la finca.

—Vamos a practicar una requisa en su casa.

—Bien puedan.

Los irregulares ingresaron solos a la casa y practicaron una rigurosa requisa al hogar, volteando todo en desorden impresionante. Después de unos eternos minutos los asaltantes regresaron al patio donde estaban los moradores de la vivienda custodiados por otros paramilitares y lo hicieron exhibiendo una vieja escopeta de coca, muy utilizada por los campesinos de la región para la cacería.

—¿De quién es esto?, preguntó el supuesto comandante.

—Mío, respondió Gelo.

—¿Para qué tiene esto, para qué la utiliza?

—Señor, eso lo tenemos los campesinos para cazar animalitos del monte. Eso no sirve para nada más.

La voz cantante del grupo sentenció:

—Nos la vamos a llevar.

—No hay problema señor, contestó Gelo con timidez y miedo.

—Cuénteme, dijo el paramilitar que comandaba, dirigiéndose a Gelo, ¿dónde está su señora Libia?

—Ella está en Nutibara, pues la niña de este muchacho —dijo Gelo señalando a su hijo John Carlos— estudia allá y ella la despacha para la escuela todos los días. Ella vive con esa niña allá en Nutibara.

A los aserradores les llamó la atención que los asaltantes conocieran la existencia de doña Libia Alcaraz, la esposa de Ángel de Dios, el conocido Gelo.

Acto seguido los paramilitares obligaron a los aserradores a mostrarles su cédula o documento de identidad y los confrontaban con una lista que llevaban. El comandante dispone con voz imperiosa y en forma altanera dirigiéndose a Libia Amparo que hasta el momento estaba sentada en la tarima con los aserradores:

—Bájese ya al patio junto a su esposo y su suegro.

Muy asustada la joven mujer bajó, se paró junto a su esposo y los irregulares dispararon sus armas contra los tres dueños de la casa. Los trabajadores huyeron a las habitaciones de la casa presas del pánico, angustia, desespero, lágrimas y terror. Con el último disparo viene otra orden dirigida a los campesinos:

—¡Todos afuera!

Los seis trabajadores salieron con sus rostros transfigurados por el terror. Creyeron que iban a ser víctimas de las balas asesinas. Lo que vieron en el patio fue una escena que jamás olvidarán en sus vidas. John Carlos, a pesar de los impactos de fusil recibidos, aún se quejaba. Sus quejidos parecían brotar del centro de la tierra. Uno de los bandidos, el más fornido, lo levantaba de la correa y lo dejaba caer contra el suelo, exclamando como loco, como poseído:

—¿Quiere más candela este hijo de puta?

Al mismo tiempo otro sicario volteó a Gelo con la punta de su pie y una vez lo miró detenidamente exclamó:

—¡Este sí quedó bien frito!

Otro, aún más inhumano que los anteriores, se paró sobre el cadáver de Libia Amparo y le saltaba encima como queriendo demostrar que esa también había muerto ya.

El paramilitar que levantaba el cuerpo aún con vida de John Carlos de la correa, repitió por varias ocasiones su bestial comportamiento, como queriéndolo rematar con los golpes que producían las caídas. Tanto fue el ensañamiento que la correa se reventó, pues el campesino era pequeño de estatura pero de constitución robusta. La reacción del violento paramilitar fue coger el cuerpo de John Carlos a puntapiés y sólo paró cuando comprobó que el joven padre de familia ya no producía sus espantosos quejidos.

Cuando el grupo de bandidos comprobó que habían cumplido su doloroso cometido, les ordenaron a los aserradores:

—¡Todos a dormir! De aquí nadie se mueve hasta por la mañana. Nadie salga de la casa porque es hombre muerto.

Las horas de ese horrible amanecer fueron sumamente dolorosas para los seis aserradores. Nadie hablaba y solamente se escuchaba el sollozo de algunos. El pánico era indescriptible. El silencio afuera de la casa era total y los fuertes vientos producían un silbido terrorífico. Las horas pasaron lentas, muy lentas... Nadie pudo conciliar el sueño con el temor de que los bandoleros estuvieran todavía esperando que alguno incumpliera la orden para matarlo, como lo acababan de hacer con sus patrones.

Como a las cinco y media de la mañana cuando despuntaba el sol, se resolvieron a salir. La luz del sol naciente se sumó a la de la luna, que aún no se ocultaba, para mostrar la desfiguración que las armas asesinas habían producido sobre la cara y el cuerpo de las tres víctimas. Recogieron y empacaron todas sus pertenencias, tomaron tres sábanas y cubrieron los cadáveres mientras llegaba la autoridad, si es que llegaba.

Emprendieron el triste descenso a Nutibara acompañados del temor escalofriante que les producía recordar los quejidos moribundos de John Carlos Pulgarín Alcaraz. En la bajada se encontraron con Manuel Vargas, sobrino de don Gelo, a quien le narraron los hechos. Presa del desespero se devolvió mientras reflexionaba en voz alta:

—Es bobada ir a informarle a las autoridades. Nadie va a subir a hacer el levantamiento. Lo mejor es buscar baquianos que me ayuden a bajar los cadáveres. Me voy a devolver a buscar colaboradores.

El abatimiento que invadía a los aserradores no les permitió ofrecerse para acompañar a Manuel y con él siguieron bajando a Nutibara adonde llegaron a las nueve y treinta de la mañana. Tenían que pasar cerca de la casa de doña Lucila Alcaraz, la esposa de don Gelo, quien al verlos les preguntó:

—¿Qué hacen por acá? ¿Por qué se vinieron?

Uno de ellos, terriblemente compungido, con la voz entrecortada atinó a decirle:

—Lucila. A su gente la mataron a media noche.

Lucila lanzó una frase esclarecedora y dicente y que nadie ha intentado explicarse. Ni las autoridades.

—¡No se quedaron con las ganas de matarlos!

Se desgarró en llanto y se entró a su casa mientras los aserradores continuaron el triste regreso a sus hogares.

Lucila salió de su vivienda para visitar a las autoridades de policía y las enteró de la terrible información que acababa de recibir. Como pólvora se regó la noticia y el poblado entró en conmoción. Cuando algunos vecinos se sobrepusieron al terror creciente y se ofrecieron para traer los cadáveres, ya no hubo necesidad. Por ahí a la una de la tarde llegó Manuel Vargas con otros campesinos arriando tres mulas que cargaban los cadáveres que la familia impidió fueran expuestos a los curiosos ante la desfiguración de sus rostros y de sus cuerpos.

La muerte, la desolación, la tristeza, tendían nuevamente su horroroso manto.

El sepelio de los tres asesinados fue multitudinario. El pequeño poblado sacó fuerzas y valor de donde no los tenía para acompañar a sus hermanos del alma.

Lucila asistió al sepelio y terminadas las honras fúnebres salió del caserío sin que nadie supiera cómo ni cuándo. Después apareció esporádicamente para otorgar poder a un abogado para reclamar la propiedad de su legítimo esposo. Jamás se volvió a saber de ella ni de su pequeña nieta. Seguramente bajó su perfil y se ocultó para evitar la muerte.

La explicación más difundida sobre estas atrocidades es la familiaridad de una ex esposa de John Carlos con un miliciano de la Farc y porque supuestamente los guerrilleros subían a la finca Tenerife a cobrar una vacuna y a mirar desde allí a Nutibara. El origen eran infundios infames que pagaron con sus vidas personas buenas y laboriosas que ni siquiera supieron por qué sospechaban de ellas.

7. Aldemar Antonio Ceballos Osorio

Los victimarios no saben calcular si alguien está actuando de buena o de mala fe. Ni les importa. Para su violencia solamente les basta la contravención a sus torpes disposiciones o mandatos, el señalamiento interesado de un enemigo de la víctima, la sospecha de que alguien no apoya sus intereses y proceder, o simplemente el desfogue de pasiones e instintos primarios. Eran los dueños del poder fundado en la fuerza, ajeno a la ley y a la razón, irresponsable, antisocial, efímero y violento pues sólo servía a sus intereses inconfesables. Por eso lo ejercían con brutalidad y a cualquier precio, pues consideraban su primer deber conservarlo con prepotencia y desdén por la vida ajena.

El dieciséis de febrero de 1998 mataron a Aldemar Antonio Ceballos Osorio cuando iba a cumplir veintidós años. Era un joven deportista que representaba con orgullo a Frontino en la selección de fútbol de mayores. Ajeno a los vicios, se distinguía por su seriedad, su responsabilidad y su consagración al deporte. Sus padres, Luis Javier y Marina, habían dedicado su vida al trabajo y a la promoción de sus hijos; una familia de clase baja del barrio La Tijera; Luis Javier, un obrero jubilado por el departamento de Antioquia, Marina, una consagrada ama de casa.

Aldemar Antonio era reconocido por toda la municipalidad por sus aspiraciones de destacarse como futbolista profesional, para lo cual estuvo a prueba en las inferiores del Envigado Fútbol Club. Al ver que no lo tenían en cuenta a pesar de sus capacidades, regresó a Frontino y se volvió melancólico por la frustración de no poder jugar en su amado Atlético Nacional. Estudió hasta octavo año de educación básica y se retiró para dedicarse exclusivamente a su gran pasión, el fútbol. No era pues una persona extraña o desconocida.

En Medellín conoció una vecina de la cual se enamoró perdidamente. Las relaciones *non sanctas* de su amiga y sus peligrosas amistades, fueron otro motivo para regresar a Frontino y acabar la tormentosa relación con una mujer de cuatro en conducta, que después terminó asesinada en la capital del Departamento por sus compañeros de combo.

—Mauricio, me tenés que excusar mi inasistencia a los entrenamientos con el resto del grupo. Yo los voy a realizar por mi cuenta. Es que en la finca de mi abuelo se está perdiendo el café y me da pesar de él y además aprovecho para ganarme unos pesitos que tanto necesito. Me comprometo a realizar los ejercicios por mi cuenta para estar a punto cuando tengamos competencia.

—No hay problema, hombre Aldemar. Hoy hicimos ejercicio en bicicleta, fuimos a Chorodó y volvimos, te recomiendo que hagás lo mismo cuando podás, respondió el entrenador.

—Mañana haré yo ese recorrido y te encarezco que hagas la anotación respectiva en las planillas que llevas. Así quedamos y confiá en mí.

Efectivamente, al día siguiente Aldemar Antonio tomó su bicicleta y se fue a cumplir el recorrido en pleno apogeo de los paramilitares, la época de ablandamiento de la población y del amedrentamiento colectivo para obtener sus fines. Salió a las doce del día e hizo el recorrido en solitario, pero al llegar a Chorodó, que era el compromiso con su entrenador, decidió continuar su ejercicio hasta el vecino municipio de Uramita, a donde llegó en su bicicleta. En la reconstrucción de los hechos que después hizo la familia sobre la ruta del joven deportista, pudieron comprobar que al llegar a esta población siguió hasta la bomba de gasolina que está situada a la salida del pueblo, por la vía que conduce a Dabeiba. En la estación dejó su bicicleta al costado de un bar al que ingresó y sin sentarse, pidió un refresco.

Aldemar no vio la llegada del famoso carro blanco, “Caminito al Cielo”, del que se bajaron tres tenebrosos paramilitares: Javier Alonso Rojas Torres, alias Escalera; alias El Paisa y un tercero que nadie pudo identificar, y sostuvieron con el deportista una conversación breve que nadie pudo escuchar. Sin que mediara violencia física de parte de los asesinos y con la cara desencajada y muy pálida, Aldemar abordó el carro de sus victimarios.

En el vehículo se devolvieron por la vía que instantes antes había recorrido el ciclista. Llegó a Chorodó y en vez de continuar hacia Frontino, siguió para Cañasgordas hasta el paraje Rubicón.

El cadáver de Aldemar fue encontrado a orillas del río Suicio por los niños de una escuelita rural quienes informaron a la maestra para que esta avisara a las autoridades. Tenía señales de tortura y tres impactos de bala en la cabeza, disparadas a corta distancia. Tres días después del rapto, la familia localizó su cadáver en la morgue del hospital de Cañasgordas, identificado por su hermanita Edelmary, quien lo reconoció por las ropas y una pulsera que el joven siempre llevaba consigo, ya que la desfiguración y la hinchazón que presentaba lo hacían irreconocible.

Lo que pasó en el trayecto, el porqué de las torturas, cómo se las infligieron, son preguntas entre muchas otras que jamás tendrán respuesta ya que seguramente todos sus victimarios son hoy hombres muertos. Presume su familia, con mucha lógica, que enfrentado a semejantes delincuentes, con la timidez que lo caracterizaba, no fue capaz de defenderse y explicar qué hacía en Uramita y optó por guardar silencio ante las preguntas y requerimientos que le formularon.

La muerte violenta de esta joven promesa del fútbol regional frustró una carrera deportiva y truncó las esperanzas de sus más cercanos. Suponen los familiares que el motivo del asesinato pudo haber sido que Aldemar cruzó la frontera entre Frontino y Uramita sin el permiso de las autodefensas, que para la época habían dictado tan absurda medida, sin que las autoridades militares y de policía hicieran nada por impedirlo. Lo dicho, los paramilitares eran los dueños de todo.

Aldemar, el domingo anterior a su muerte, había buscado a un sacerdote de la Basílica Menor, con quien habló largamente. Al sacerdote lo impactó mucho una pregunta que con gesto trascendental le hizo el muchacho:

—Padre, ¿uno cuando se muere a dónde se va?

El sacerdote le respondió en términos de la fe cristiana y el joven quedó tranquilo. Posteriormente el religioso y la familia

entendieron que pudo haberse tratado de un hecho premonitorio y que tal vez nuestro personaje presentía la muerte. No era para menos frente al desenfreno paramilitar en la municipalidad.

En Frontino se difundió por entonces la explicación de que entre más muertes produjeran, mejor salario recibirían los asesinos, especialmente los jefes de esta orgía de sangre y terror.

La familia nunca pudo recuperar la bicicleta, ni los documentos de identidad.

8. Alba Rosa López López

Doña Alba Rosa López López era una líder natural; mujer de hacha y machete, echada para adelante y sin complejos de inferioridad. Vivía en Curadiante-Chachafrutal, una vereda cercana al corregimiento de Nutibara y poblada por campesinos de una vida elemental que subsisten de explotar pequeñas parcelas y donde es imposible encontrar terratenientes o grandes finqueros. En sus contornos está situado el Santuario de la santa Madre Laura, lugar a donde llegó la primera santa colombiana cuando inspeccionaba en el Occidente lejano de Antioquia la posibilidad de realizar su misión evangelizadora entre los indígenas. La vía de acceso al Santuario, destino de muchos peregrinos, como a Curadiante – Chachafrutal, es un camino carreteable que permanece casi todo el tiempo en aceptables condiciones.

Doña Alba Rosa arrumaba tercios de leña en la cocina de su casa que ella misma traía de los pequeños montes de la parte alta de la vereda; ordeñaba, cogía café, lo secaba y vendía; manejaba con propiedad el azadón y el machete; cumplía con el mismo esmero y destreza su misión de madre y esposa a la par con las labores del campo. Los fines de semana, con el primer vecino o alguno de sus hijos, mandaba el mercado a su

vereda para luego solazarse bebiendo unos aguardientes en las cantinas de Nutibara al son de la música popular que tanto le agradaba, descanso merecido para una mujer tan luchadora y laboriosa.

Alba Rosa contrajo matrimonio con Jesús María Osorio, más conocido entre sus vecinos como Chumita. En ese hogar nacieron ocho hijos, a los que lograron levantar labrando la territa propia que no alcanzaba para cubrir las necesidades de la familia y entonces, ya grandes, jornaleaban todos la mayor parte del tiempo en fincas vecinas, empujados por el talante y la personalidad de Alba Rosa que acompañaba, primero a Chumita, y a sus hijos después, como jornalera en predios ajenos.

Al momento de su muerte violenta se desempeñaba como operadora del trapiche, máquina que sirve para extraer por presión el jugo de la caña de azúcar, guarapo que por ebullición es luego convertido en panela. Esta labor la desarrollaba en la finca de Don Jesús Arenas, hombre un poco más afortunado en la comarca, como que había logrado construir un trapiche para producir panela.

Cumplía con eficiencia su misión de alimentar de caña el pequeño trapiche y de guarapo los fondos paneleros. Nunca se le escuchó una queja por las larguísimas jornadas que tenía que cumplir, ni por la ardua tarea de arrumar la caña cerca de la máquina y que ejecutaba tan bien como cualquiera de sus fornidos colegas.

Eran las nueve y cuarenta y cinco minutos de la noche del día lunes dos de marzo del año 1998 cuando la muerte llegó a la casa de los esposos Osorio López. Los habitantes del hogar, Alba Rosa y Chumita, sus hijos Luz Elena, John y Juan, Consuelo y Álvaro, estos dos últimos menores de edad, además del tío Elías Osorio, ya dormían.

—¡Abran ya! ¡Somos la autoridad!

Los atemorizados residentes procedieron a cumplir la terminante orden, todavía somnolientos y llenos de pavor, sabedores de las realidades que vivía Frontino desde hacía poco más de dos años.

—¿Cómo se llaman? ¡Identifíquense! —gritó el que comandaba el grupo de cuatro intrusos que les apuntaban con sus armas de largo alcance.

Verificada la identificación de los campesinos, los ilegales retiraron a doña Alba Rosa:

—Venga usted para acá.

—¿Ustedes me vienen a matar por chismes de Héctor Mira, cierto? —dijo la mujer con voz entrecortada por el terror que sentía.

—Tranquila señora, a usted no le va a pasar nada y nadie nos ha enviado o dicho chisme alguno —respondió el que hablaba.

Doña Alba Rosa se alejó un poco del grupo, se sentó en una esquina del corredor y puso sus manos contra el pecho como presagiando lo peor. Delante de la mujer se hizo uno de los armados y por detrás otro, mientras los dos restantes custodiaban al resto de la familia. Ella temblaba al recordar el salvajismo de los paramilitares. Transcurridos unos angustiosos segundos, el esbirro que estaba al frente de su víctima desaseguró el arma. Doña Alba Rosa gimió esperando lo peor, pero el otro que la vigilaba detrás, fue quien le disparó en cuatro ocasiones. El dictamen de medicina legal constató que todos los proyectiles recibidos por la campesina entraron por la espalda.

Una vez desplomada la mujer, la requisaron al igual que a todo el rancho. Buscaban armas y radios de comunicación pues la sindicaban de ser una miliciana al servicio de las Farc. “Nada más falso y perverso”, coinciden hoy todos sus vecinos. La referencia que hizo doña Alba Rosa a Héctor Mira Escobar se debe a una disputa que ella sostenía con el citado personaje

por el romance de una de las hijas de la occisa, inicialmente con Mira Escobar, y luego con un primo de éste. Nadie ha podido comprobar los señalamientos de doña Alba Rosa al momento de la muerte. Lo cierto es que este señor, en el año 2001, fue asesinado en las inmediaciones de Nutibara, supuestamente por milicianos de las Farc, quienes lo acusaban de ser paramilitar.

Don Chuma, el esposo viudo, murió naturalmente en el año 2011, y Álvaro, un niño al momento del asesinato de su señora madre, murió ahogado cuando prestaba servicio militar en el ejército de Colombia, custodiando el aeropuerto de Frontino. Algunos familiares tienen sobre esta muerte otra versión según la cual el comandante del grupo que custodiaba el aeropuerto dispuso enviar un contingente a revisar la toma del agua potable que surte al municipio. Entre los soldados enviados a tal misión iba el joven Álvaro. Según algunos de sus parientes, Álvaro fue ahorcado por sus compañeros y todos se pusieron de acuerdo para hacerlo aparecer como fallecido por inmersión. Son conjeturas solamente.

9. Vicente Arias Guisao

Durante la molienda de caña, los labriegos vecinos de estancias paneleras suelen emplearse en ellas durante varios días a la semana en jornadas agotadoras de día y noche. El bagazo resultante de exprimir el jugo de la caña se guarda en estancias llamadas bagaceras y cuando se seca con el tiempo, se convierte en valioso insumo para el panelero, como combustible barato para hervir el guarapo que así es transformado en panela.

La empresa panelera La Esperanza, situada en la vereda La Hondita, corregimiento de Pontón, municipio de Frontino,

en los límites con Abriaquí, dispuso que a partir de la media noche del lunes seis de julio de 1998 y durante los días martes, miércoles y jueves siguientes fueran de molienda. Tenían contratados dieciséis campesinos, entre los cuales se encontraba Vicente Arias Guisao, de treinta y cinco años de edad, que vivía en unión libre con Luz Elena Guisao durante once años, procrearon cinco hijos, el último de los cuales, para el día de los hechos trágicos, aún estaba en las entrañas de su señora madre. Vicente, Luz Elena y sus hijos residían en Pontón, en un rancho de piso de tierra y techo de paja de propiedad de Teresa Guisao, la madre de Vicente.

Vicente era un hombre trabajador y hogareño cuando no buscaba las cantinas para libar licor que lo volvía conflictivo cuando se pasaba de copas.

Antes de emprender su camino al trabajo, Vicente jugó al principio de la noche con sus tres hijos, el mayor de los cuales apenas frisaba los cuatro añitos. Luego esperó a que su compañera durmiera a los pequeños y comió algo ligero para emprender una dura jornada de tres días intensos de trabajo. A media noche de ese lunes llegó a la molienda donde ya se agrupaban sus compañeros de larga jornada que comienza con las primeras horas del día. Ese día martes pasó en calma y a pesar de la dureza de la jornada laboral, en el lugar se respiraba tranquilidad y armonía. El día miércoles igualmente transcurrió, por lo menos en las horas del día, en completa calma.

A las siete de la noche del día miércoles ocho de julio, Vicente se retiró del puesto de trabajo a buscar la cena que le había preparado y dejado su compañera. Una hora más tarde se le acercó el administrador del trapiche y de la finca, señor Jorge Moreno Medina y le dijo:

—Veo gente forastera y armada que está llegando a la estancia. Te recomiendo que te vayas.

Vicente miró extrañado a su patrón y luego al camino que de la carretera principal conduce a la estancia, sin ver nada por lo oscuro de la noche y respondió:

—No patrón. Yo no veo nada, pero yo de aquí no me voy. Nada debo y el que nada debe no tiene por qué huir como una rata.

Efectivamente al lugar llegaron cuatro hombres fuertemente armados y sin mediar saludo, uno de ellos preguntó:

—¿Aquí está Vicente Arias, quién es?

—Soy yo —replicó Vicente, sin pensarlo un minuto, ni ofrecer resistencia.

Uno de los irregulares desenfundó su arma y sin decir palabra le disparó. Acto seguido los violentos se trasladaron a otra parte de la bagacera, cerca al lugar donde estaba concentrada la mayoría de trabajadores en esa noche y preguntaron por Leonel Moreno Medina, otro campesino que los paramilitares suponían estaba también en la molienda y al que, después se supo, ya habían buscado en su lugar de residencia. Al inquirir por Leonel Moreno, el administrador de la finca respondió:

—Él se fue, hace ocho días que no vive por aquí.

Los incómodos visitantes no se extrañaron por la respuesta, pues era la misma que habían obtenido en la casa del labriego.

Pasaron por el lugar donde había caído Vicente, para emprender su regreso, cuando uno de ellos observó en el herido tenues movimientos involuntarios y una débil respiración, y sin exclamar palabra alguna le propinó a Vicente un disparo de gracia que puso fin a su vida. Jamás se supo si la víctima fingió su muerte para salvar la vida o simplemente lo habían dejado herido. Por la necropsia se supo que la primera herida no era esencialmente mortal.

Varias preguntas surgen de bulto: ¿Sabían algo los vecinos del lugar, para que el administrador de la estancia le pidiera

a Vicente que huyera? ¿Por qué el otro campesino por quien indagaban los delincuentes sí había abandonado la región? En Pontón se ha especulado que a Vicente lo sindicaban de haber participado en el hurto de un ganado en una parcela vecina y los paramilitares llegaban, como dueños de la verdad, a impartir justicia por su propia mano en hechos no sustentados en certezas y con procedimientos de fuerza salvaje.

Los paramilitares habían llegado a la estancia panelera en uno de sus tenebrosos carros que también ellos llamaban “Caminito al Cielo”, y que habían dejado a la orilla de la carretera para caminar el corto trayecto hasta el lugar del crimen.

Consumado el hecho, el dueño de la finca llamó a las autoridades de policía a dar noticia del mismo. La única respuesta que recibió fue:

—Es muy de noche y es bien riesgoso ir. No vamos a exponer a nuestros policías. Mañana estaremos temprano allá o traigan el cadáver para hacerle el levantamiento aquí en el área urbana.

Sin avisarle a la familia del fallecido, los trabajadores subieron el cadáver a un vehículo de la finca y lo llevaron al anfiteatro municipal para que allí le hicieran el levantamiento y la necropsia. La compañera de Vicente se enteró de su muerte cuando al día siguiente madrugó a llevarle el desayuno a su lugar de trabajo. La pobre mujer regresó a su hogar y pasó a darles la triste noticia a los hermanos y familiares del occiso.

Unos dos meses después del lamentable episodio, Luz Elena Guisao, la viuda de Vicente Arias, recibió en su humilde vivienda la visita de un extraño personaje, con quien se realizó el siguiente diálogo:

—¿Usted es Luz Elena, la esposa de Vicente Arias?

—Sí señor, ¿en qué le puedo servir?

—Soy autoridad y vengo preguntando por los hechos que rodearon esta muerte. Por casualidad, ¿sabe usted quién o quiénes lo mataron?

—No señor. Yo no sé nada —contestó la débil mujer con timidez.

—¿No le han dicho cuántas personas vinieron a cometer el crimen?

—No señor. No me han dicho. Yo no estaba en el lugar cuando lo hicieron y nadie me ha contado.

—¿Eso lo hicieron la guerrilla o los paramilitares?

—Perdóneme señor no poderle ayudar, pero yo desconozco quienes lo mataron. Atinó a responder la mujer.

—¿Comentan algo en la vereda sobre esa muerte y los orígenes de la misma?

—No señor. Nada dicen por acá. La gente no habla de esas cosas.

El visitante reiteró varias de las preguntas y trató, con aparente delicadeza, conocer la verdad. Luz Elena supo minutos después de la extraña visita que su interlocutor había sido el conocido Luís Eduardo Gómez Guerra, alias *Cucaracho*, integrante de las autodefensas y uno de los asesinos de su esposo y que seguramente estaba afianzando la impunidad del crimen, o por desconocimiento de los autores o por la intimidación. En Pontón se asegura que otro de los que perpetraron el hecho fue Francisco Herrera, alias Chisco, de quien ya se ha escrito en esta obra.

10. Luis Antonio Guzmán Borja (a. Toño Nuquita)

Luis Antonio Guzmán Borja era un adolescente campesino, nacido y criado en el corregimiento de Caráuta, en el ambiente de regiones apartadas del progreso y con pocas posibilidades de educarse. Asistió a la escuela a los cursos que brindaba el plantel de la vereda. Era tímido, retraído; en su hogar, y en el vecindario, lo empleaban para los mandados. Su vivienda estaba situada a un costado de la placita que tiene el Corregi-

miento. Antonio recibía el apodo cariñoso de Toño Nuquita o Toñito Nuquita, seguramente por su cuello delgado y largo. Los amigos de infancia también se mofaban de nuestro personaje por su dentadura salida. Toño Nuquita era hijo de Jesús Antonio (Tono) y de María Orlinda, dos campesinos trabajadores y honestos que supervivían de una pequeña parcela que tenían en la zona, al trabajo como asalariado por temporadas del padre, y al engorde de cerdos con fines comerciales por la madre. El papá de Jesús Antonio (Tono) y abuelo de Nuquita, de quien estos heredaron el nombre de Jesús Antonio y el apelativo de "Tono", había sido por los años sesenta, setenta y ochenta del siglo XX el jefe Liberal de Caráuta.

Cuentan los habitantes de Caráuta que Toño Nuquita quiso cortejar a una adolescente que era la novia o pretendida de Jairo Benítez, un joven igualmente oriundo de Caráuta que por entonces estaba enlistado en las filas del Frente 34 de las Farc, al mando de alias Gonzalo. Jairo solía utilizar los permisos que le otorgaba el grupo guerrillero para visitar a su familia con el fin de extorsionar y pedir dinero a los habitantes de su vereda. Cada que este personaje visitaba a su familia, los vecinos temían por las peticiones de dinero que el guerrillero acostumbraba hacer. Agobiados por las arbitrariedades de Benítez, algunos paisanos optaron por denunciar sus comportamientos a los jefes guerrilleros, lo que le mereció un fuerte castigo por estar desarrollando actividades sin el consentimiento de sus superiores. Ante la presión subversiva contra Jairo, éste se evadió de sus filas. Primero intentó desmovilizarse ante las autoridades civiles de Caráuta, y ante la negativa de éstas por carecer de medios para protegerle la vida, lo remitieron a la base militar de Frontino, donde fue recibido. Después apareció como informante de las autodefensas. Lo que Jairo Benítez hizo fue cambiar de bando y entregó al Ejército, como era ob-

vio, pero también a sus nuevos jefes, toda la información que poseía y todas las venganzas que tenía por cobrar.

Una mañana del día sábado once de julio de 1998 ingresaron al caserío de Caráuta, llamado también Platanares, un grupo de ocho paramilitares ataviados con prendas militares, uno de ellos cuidadosamente encapuchado para no ser identificado. Dicen los carauteños que cerca al poblado permanecieron varios grupos que cubrían el accionar delictivo del comando que ingresó a la plaza de Caráuta. Los facinerosos llegaron preguntando por Nuquita. La gente se asombró de que ese fuera el objetivo de tan inesperada, ostentosa y molesta visita. Nuquita con escasos veinte años, era un niño aún cuya timidez, su espíritu de servicio, su candidez, lo hacían un ser inofensivo. Para muchos tenía un leve retraso mental. Los visitantes rodearon la casa de sus padres, en lo que parecía un operativo para atacar un personaje de alto valor en la guerra y allí toparon al joven. Lo primero que hicieron fue amarrar por las manos al adolescente y ponerle al lado una vigilancia con armas desaseguradas. Procedieron a requisar toda la vivienda ante los sollozos, lágrimas y protestas de los moradores del hogar. Nuquita, y otro hermano menor a quien conocían como Yica, fueron conducidos al centro de la placita, ante los persistente e inútiles ruegos desesperados de su madre y de su abuela Herminia Quintero. Una vez en la plaza, los vecinos del lugar fueron conminados a presentarse y a observar los sucesos a una determinada distancia. Igualmente condujeron hasta el lugar del juicio al joven Alcides Guisao, hijo del ya asesinado Román Guisao. El juicio a Toñito Nuca o Nuquita fue brevísimo y sin piedad: El encapuchado le manifestó a Toñito dos o tres frases que él respondió entre lágrimas. Algunos dicen que las preguntas versaron sobre supuestos mensajes o mandados que el menor le hacía a la guerrilla y que el niño entre sollozos negó. Igualmente lo sindicaron de ser miliciano de las Farc.

Después del brevísimo interrogatorio al joven Guzmán, los paras la emprendieron a fueyte con un perrero contra los tres jóvenes. Luego ordenaron la libertad de Alcides y posteriormente la de Yica, el hermano de Toñito Guzmán, quien quedó como epicentro del triste caso de barbarie. Lo cierto fue que cuando le notificaron la decisión de asesinarlo, el menor cubrió su carita con las manos y los paramilitares la emprendieron a palo contra el joven y luego se dedicaron a lanzarle piedras. Aprovecharon que en el lugar existía un cúmulo de este material, seguramente destinado para realizar alguna construcción. Patadas, garrotazos, culata y piedras le llovieron a Nuquita por largos minutos, mientras la madre y la abuela del sacrificado intentaban inútilmente retirar con sus manos envejecidas y curtidas por el sol, las manos asesinas que terminaban con la vida del hijo y del nieto. Los sollozos y lamentos de Nuquita se fueron haciendo cada vez más débiles. Los ruegos, los lamentos angustiosos de la madre y de la abuela de la víctima fueron inútiles. Ante tanto dolor, tanta vileza, la madre no pudo resistir y perdió el sentido. En ese momento, el joven Nuquita intentó incorporarse tambaleante lo que aprovecharon los paramilitares para darle un tiro de gracia en la cabecita sangrante.

Aún deben resonar en las montañas de Caráuta los pedidos lastimeros y a voz en cuello de una madre que presenciaba tan bárbaro espectáculo:

—¡Nooo, con mi niño no! ¡No! ¡No maten a mi niño! ¡Él es un niño, él es inocente! ¡No lo maten por favor! ¡Nooo, con mi niño no!

Una veintena de campesinos fueron obligados a presenciar semejante espectáculo. Lo hicieron entre adoloridos, impotentes, llorosos y estupefactos, en uno de los episodios más escabrosos de la violencia paramilitar en Frontino. Una vez disparado el tiro de gracia, el encapuchado miró a los temerosos asistentes y con una frialdad impresionante les dijo:

—Esto es para que aprendan a cerrar la boca y a no hacerle mandados a los hijueputas guerrilleros.

Entre los presentes quedó claro que quien les había hablado era Jairo Benítez, el ex guerrillero y ahora informante paramilitar, el mismo que días antes se había entregado al ejército huyendo de la guerrilla. Este fácil cambio de bando en una confrontación deja en claro que las guerras ilegítimas no se fundan en principios sino en intereses; nunca en ellas queda lugar para la ética en la conducta de los individuos.

Al medio día de ese fatídico día, los visitantes de la muerte abandonaron el caserío rumbo a Frontino. Para iniciar su retirada anunciaron públicamente que iban a buscar “al guerrillero Walter Castañeda”, otro campesino del lugar, al que no pudieron encontrar. En su retirada rodearon la casa de Rafael Borja. Éste los vio cuando llegaban, y como pudo, salió huyendo por la parte posterior de su vivienda, rumbo a un bosque cercano. Fueron muchos los disparos de revólver y fusil que le hicieron a Borja, que afortunadamente no dieron en el blanco.

Los lugareños recogieron el cuerpo de Toñito y le hicieron las honras de despedida. La inhumación del cadáver del joven se hizo en el mismo lugar de los hechos con la solidaridad de todos los vecinos.

Entre los habitantes de Caráuta quedó la duda de si la muerte de Toñito se debió a los supuestos mandados que le hizo a la guerrilla o fue el desquite de Jairo Benítez porque Nuquita se había atrevido a galantear su pretendida. Esta última versión es la más aceptada por una comunidad que ha vivido en el abandono, el dolor y la muerte. Hoy queda la seguridad entre los pobladores de Caráuta de que otro de los objetivos de un proceder tan bárbaro como éste, no era más que el amedrentamiento a una población que por razones de su ubicación geográfica era uno de los epicentros del Frente 34 de las Farc. Lo que sí se desprende de todas las investigacio-

nes realizadas para este trabajo es la hostilidad que siempre mantuvo la población carauteña contra el grupo subversivo, evidenciando más el sacrificio de una población civil sometida a dos bandos en confrontación.

El final de Jairo Benítez fue igualmente violento. Se retiró a vivir con su padre en el Corregimiento de Pontón (Frontino), en compañía de su hermana Abelita, quien vivía en unión marital de hecho con Rodrigo Rodríguez (a. Chócolo) un miliciano de las Farc, que tuvo como campo de su accionar subversivo la misma región de Caráuta, de donde eran oriundos. Cualquiera día, un comando paramilitar llegó hasta la residencia de los Benítez y se los llevó, sin que jamás se volviera a saber de ellos.

11. Hernán Alberto, Jesús Emilio y Miguel Ángel Borja Domicó

Eran tres hermanos estos jóvenes campesinos, los dos últimos invidentes. Nacieron en el hogar de José María y Rosángela, de ascendencia indígena. Vivían en un tugurio construido con limosnas en una pequeña parcela del paraje Piedras Blancitas de Musinga, Frontino. Era una familia muy pobre, vivía de lo poco que le sacaban a su pedacito de tierra, de lo que su padre ganaba por trabajar en fincas vecinas y de la caridad de los vecinos.

Algunos de los descendientes de José María y Rosángela perdieron su visión entre los siete y los ocho años de edad; la madre, doña Rosángela, la perdió doce años después de la muerte violenta de sus hijos, ya en su senectud, sin que llegara a conocer el origen de tal achaque.

La vida de los campesinos Borja Domicó transcurría en medio de dificultades económicas, esquivando penurias, alimentándose precariamente y vistiendo mal. No eran un problema

para sus vecinos y la miseria no los llevó jamás a buscar lo ajeno. Dentro de su precaria situación económica observaron siempre un comportamiento respetuoso, aunque los varones eran muy descuidados en su presentación personal. Era curioso observar a los dos hermanos invidentes montando a caballo o labrando, con dificultad, la parcelita de su propiedad. Casi siempre eran guiados por su hermano menor, Hernán Alberto, quien se había convertido en su lazarillo.

El treinta de julio de 1998, a las ocho y quince de la noche, llegaron a la humilde vivienda tres hombres jóvenes fuertemente armados, uno de ellos encapuchado y delante del papá, la mamá y los otros hermanos, sacaron a un lado a Jesús Emilio, Miguel Ángel y Hernán Alberto, de treinta, veinticinco y veintitrés años respectivamente, supuestamente para hacer una reunión con ellos, y luego procedieron a fusilarlos sin ninguna consideración a pesar de los ruegos y los gritos desesperanzados de sus familiares. No existió piedad alguna para tres seres absoluta y totalmente indefensos que murieron implorando clemencia.

La semana había sido muy agitada para la familia Borja Domicó. Hacía apenas un día habían celebrado en familia el anuncio del matrimonio de otro hermano de los invidentes de nombre John Carlos, incluso habían compartido unas copas del vino más económico que se conseguía en la zona.

Son varias la hipótesis que se tejen sobre el origen de estas terribles muertes. Una de ellas macondiana, como son casi todas las muertes en la guerra: A comienzos de 1998, los Borja Domicó habían adquirido una cámara fotográfica al señor Nicolás Osorio, habitante del corregimiento de Nutibara. Como los adquirientes no tenían todo el dinero, el vendedor les permitió cancelar el resto de la deuda en cuotas módicas por la difícil situación económica de los hermanos Borja. Algunos vecinos, equivocadamente, le adjudican la donación de la cámara

ra al ex alcalde de Bogotá, Antanas Mockus, que por la época visitó la región de Musinga, concretamente la finca Tablaíto, de propiedad de la familia Vélez White, donde la ex ministra de Educación, Cecilia María Vélez White, su madre y su hermanos fueron anfitriones no solamente del doctor Mockus, sino de personajes como Nicanor Restrepo Santamaría e Iván Marulanda Gómez, entre muchos más. Tampoco aparece claro que Mockus haya visitado la familia Borja Domicó, como lo afirman los vecinos, pues doña Rosángela de Borja manifiesta no tener presente este acontecimiento. Lo cierto es que la finca Tablaíto de la familia Vélez-White está relativamente cerca de la parcela de los invidentes.

Adquirida la cámara de fotografía, al domingo siguiente los invidentes y su hermano menor salieron al caserío de Nutibara y se dedicaron a tomarles fotografías a muchas personas, incluyendo a las autoridades y a quienquiera que pudiera pagarlas. Tomadas las fotos los tres campesinos regresan a su parcela y en la comunidad nutibarenses no faltó la mente torcida que comenzara a lanzar hipótesis:

—¿Cómo caímos tan fácil? Los mandó la guerrilla a tomarnos fotos para venir a la fija a matarnos. Esos ciegos le están haciendo un favor a la guerrilla que nos quiere conocer mejor y por eso vinieron a tomar las fotos.

Un acto caritativo y generoso terminó con la vida de tres humildes campesinos, que ningún daño podían hacer a la sociedad.

Otra versión que circula entre los vecinos de los muertos indica que los sindicaban de ser informantes de la guerrilla.

Finalmente, afirman que fueron asesinados para después cobrar las indemnizaciones que por muertes violentas paga el Estado. Rosángela niega esta última versión y dice que ella no ha podido completar toda la documentación que le pide el Estado y que está próxima a recibir la primera de las indemnizaciones.

Los lugareños no entregan información fidedigna sobre los autores de la masacre, aunque algunos apuntan a un joven del Llano de Musinga, y otros a un paramilitar oriundo de Nutibara. El encapuchado que condujo al grupo conocía a la perfección el terreno y la casa de los hermanos Borja que, sin quitarse el pasamontañas, disparó a quemarropa a los indefensos fotógrafos.

La fatalidad y la violencia se ensañaron con esta familia. Ya el catorce de julio de 1996, recién instados los paramilitares en Frontino, don José María había perdido a un hijo extramatrimonial que la misma Rosángela le ayudó a criar. Del local comercial El Chaquenodá, en plena cabecera municipal, los paramilitares habían sacado en la fecha citada a Antonio José Sepúlveda, a quien sus amigos conocían como Cangré, con veintinueve años de edad, jornalero en la finca Tablaíto de los Vélez White. Apareció muerto en el sitio Los Micos, del mismo Municipio.

12. Alcides Marín Londoño

La limpieza social de los paramilitares llegó a límites insospechados en Frontino. También la practicaron con personas que tenían comportamientos violentos, producto de enfermedades mal tratadas o descuidadas. Consideraban que los pacientes que requerían tratamiento médico especializado era mejor matarlos.

Alcides Marín Londoño, apodado cariñosamente Mantequillo por sus vecinos de Nutibara, desde su adolescencia se manifestaba con episodios convulsivos en cualquier lugar y momento. Alcides nació en una familia muy apreciada en el lugar, era dueño de una sonrisa que cautivaba fácilmente a las damas. Lamentablemente, con los años nuestro personaje no le brindaba a su enfermedad la misma dedicación que le en-

tregaba a su dentadura, complemento de la sonrisa. La epilepsia le fue tomando ventaja y la afición al licor ayudó a que se fuera tornando agresivo después de cada crisis epiléptica. Los galenos tratantes insistían en que el paciente debía someterse al tratamiento médico prescrito y a no consumir ningún tipo de licor. Sus padres, Gerardo y Uberlina, vivían una verdadera tragedia con el padecimiento de su hijo, al que, como es obvio, le brindaban cariño, afecto y buenos consejos. La vida de Mantequillo, salvo cuando se dedicaba al licor, era normal y había logrado conquistar el corazón de una niña de la región que padecía la misma enfermedad. Esta relación llenó de esperanzas a familiares y amigos, especialmente de Alcides, quienes creyeron que éste cambiaría su trajín de vida al cuidar de su salud.

Al atardecer del jueves treinta de julio de 1998, en algún lugar público del Corregimiento, Alcides sufrió una de sus habituales crisis, con una agresividad inusual que hizo indispensable la presencia de la policía nacional para dominar al joven e impedir que se hiciera daño o se lo hiciera a alguien.

Horas después de la retención del joven aparecieron en el pueblo los paramilitares, en esas visitas esporádicas que ellos hacían a Nutibara, y se enteraron de la historia que acababa de presenciar el pueblo, pues es un caserío pequeño al que conmociona cualquier episodio. Con alguna razón suponen los familiares de la víctima que esa noche alguien hizo un cabildeo con los delincuentes para asesinar a Mantequillo y supuestamente librar al pueblo de un enfermo que solo requería asistencia médica especializada, no plomo.

Al día siguiente, bien temprano, Alcides recobró su libertad y había caminado algunos pasos cuando lo abordó un parroquiano para pedirle el favor de ir hasta una finca cercana a traer un semoviente; le entregó una soga o lazo para ello. El

joven, entre apenado y arrepentido por el incidente del día anterior, salió a cumplir el favor pedido. Al llegar al puente de acceso a Nutibara fue detenido por el grupo paramilitar que había llegado de Frontino la noche anterior. Lo subieron a un vehículo y emprendieron viaje con rumbo desconocido.

Cuando doña Uberlina supo de la libertad de su hijo, salió en su búsqueda para brindarle cariño e invitarlo a desayunar al hogar. Vano esfuerzo al que se unieron posteriormente otros familiares y la novia del joven enfermo. Ya en las horas de la tarde, luego de la conmoción general por la que atravesaba la familia, un vecino que había presenciado la arbitraria detención del muchacho dijo a su progenitora:

—Doña Uberlina, por aquí no busque a Alcides. Yo vi cuando a él lo subieron esta mañana, a las malas, a la camioneta de los paramilitares y se fueron carretera abajo.

Lágrimas y desesperanza fue la reacción de la familia Marín Londoño. Dos días después apareció en el municipio de Uramita el cuerpo sin vida del joven Mantequillo, corroborando la tesis que aquí hemos expuesto de que muchas personas fueron asesinadas en Frontino y sus cadáveres llevados a otro lugar. El viaje entre Nutibara y Uramita con el secuestrado lo debieron realizar los asesinos por el corregimiento de Fuemia, por un carreteable que comunica a Frontino y Nutibara con la carretera al mar.

Muchas insinuaciones señalan a quien esperó a la víctima a la salida del comando de la policía para enviarlo a traer una supuesta vaca que tenía en las afueras del poblado. Otras apuntan hacia autoridades policivas que supuestamente vivían hartas con los comportamientos de un hombre que por encima de todo era un ser humano, que requería atención médica especializada. La verdad social definitiva de que hablara el constitucionalista español Javier Pérez Royo, jamás se cono-

cerá en este caso. Las dudas de la familia y las de sus amigos son eso, dudas. A este cronista le queda imposible determinar lo que la justicia no quiso o no pudo hacer.

13. María Esperanza Cano Borja

María Esperanza Cano Borja nació y vivió su niñez y juventud en Murri, corregimiento de Frontino y fortín del frente 34 de las Farc.

De una relación con Alberto Urrego Zapata tuvo dos niñas que fueron el aliciente de la pareja de campesinos. El padre de las menores fue asesinado en uno de los confines de Frontino en 1991, en un enfrentamiento entre el ejército y el EPL, cuando Alberto laboraba la tierra y quedó en medio del fuego entre tropas oficiales y los subversivos. María Esperanza se refugió en Medellín para salvar su vida, obtener el sustento para sus dos hijitas y para su madre Juana Cano a quienes había dejado en su natal Murri. Encontró trabajo como empleada doméstica y se dedicó a economizar su exiguo salario, sostenida por su devoción religiosa, los recuerdos de su infancia, de su juventud, de sus niñas ausentes, de su compañero asesinado y de su madre. Ahorró pesos con privaciones y cariño y en pocos meses juntó suficientes con qué llevarles un buen mercado y ropa a los suyos que estarían padeciendo las inclemencias de una pobreza cruel y humillante.

El domingo once de octubre de 1998 viajó de Medellín a Nutibara al encuentro familiar pleno de amor con su madre y la hijita de siete años, que en plena calle estrenó una ropita comprada en El Hueco.

Ya tarde, la truncada familia no encontró transporte a Murri, pero apareció Mariela Cano, una familiar que vivía en el paraje Piedras Blancas, quien la invitó a amanecer en su casa. Se subieron al camión escalera que iba a Frontino en medio de

sonrisas felices y en El Llano, a un kilómetro de Nutibara, una camioneta gris Toyota Hilux cerró al camión escalera. De la camioneta bajaron sus ocupantes y preguntaron por María Esperanza, quien viajaba en la primera banca del vehículo cargando a su pequeña hija. Sin dudarlo y con la tranquilidad del inocente, la campesina responde inmediatamente:

—¡Soy yo! ¿En qué les puedo servir?

Bájese. La necesitamos.

La joven madre se resiste a cumplir la orden y llena de pánico respondía:

—¿Pero por qué me tengo que bajar?

Con voz imperiosa, el paramilitar que dirigía el grupo le dice:

—¡Bájese ya! ¡Es una orden! El patrón necesita hablar con usted. Si no obedece la bajamos por las malas.

Y así lo hicieron mientras gritando se aferraba del carro y su hija la abrazaba entre el llanto desesperado que borró su efímera alegría. Ambas fueron arrojadas con violencia a la carretera. Lo extraño e inexplicable es que la familiar que había invitado a María Esperanza, estaba ya detrás del camión conversando con uno de los irregulares que procedían tan cruelmente.

En el suelo, madre e hija se abrazaban angustiadas mientras los paramilitares, crueles y fríos, le arrebataron la niña y se la entregaron a la pariente María Cano que conversaba con uno de ellos. Al conductor del camión le ordenaron seguir a Frontino. La familiar de extraños comportamientos le dijo a María Esperanza:

—Andate con ellos. No te van a hacer nada. El patrón desea hacerte unas preguntas y no te van a hacer nada. Yo me devuelvo para Nutibara a llevar la niña y mañana te espero para que te podás ir pa' Murri.

La imagen desgarradora del último abrazo y el beso de despedida de la madre y su pequeña hija, estremece todavía a quienes venían en el bus escalera y a la sociedad.

—Llévate la niña, cuídamela. No me le dejés hacer daño. Buscá a mi mamá y contale todo. Si me dejan, mañana nos vemos. Alcanzó a decir la valiente madre.

El camión escalera siguió. María Esperanza fue subida a la camioneta Toyota que a toda velocidad abandonó el lugar mientras que la tenebrosa familiar se regresó a pie para Nutibara llevando la niña que lloraba desconsolada. Al llegar a Nutibara buscó a Juana, la abuela de la víctima inocente quien sabiamente buscó la protección del sacerdote de la parroquia, presbítero Hernando Hoyos Moreno. El sacerdote acogió con caridad a las atribuladas mujeres y a la sombría Mariela y en la madrugada del día siguiente, el padre Hoyos Moreno sacó a escondidas a la abuela y nieta y las llevó en su vehículo a Murri, donde tal vez encontrarían seguridad. Ya Mariela Cano, la oscura familiar de esta historia, había huido en el vehículo regular que viaja directamente a Medellín; salió a las dos de la mañana. Nunca más se volvió a saber de ella.

El martes trece de octubre, en el sitio Puente Roto, camino de Musinga hacia Caráuta, encontraron el cadáver de María Esperanza con varios tiros en la cabeza. Abuela y nieta conocieron tan triste realidad meses después.

Hoy, esa niña, doblemente victimizada con los asesinatos de su padre y de su madre, es una mujer adulta, casada y con dos hijos, que ha convertido su vida en un esfuerzo por educar a los suyos y por encontrar el cadáver de su madre María Esperanza en el cementerio de Frontino, donde fue inhumada en una bolsa plástica, sin ningún oficio religioso y depositada allí como NN y con la sola presencia de una anciana tía materna que tuvo el valor de ir al camposanto, no obstante la fuerte y odiosa presencia paramilitar en el municipio. Tuvo la ayuda

de tres “coterros” o “bultiadores” a quienes un caritativo Inspector de Policía les pagó por transportar la bolsa con el cuerpo sin vida de María Esperanza desde la morgue del Hospital al cementerio de la localidad.

14. Héctor Herrera Durango y Nora Ricaurte

Cerca de Nutibara queda la vereda Monos, de vocación panelera y ganadera, donde vivía la prolífica familia Herrera, muy reconocida en la región.

Héctor Herrera Durango, uno de los hijos de Amando y de su esposa Elvia, nacidos y criados en el mismo lugar de sus mayores, era joven, alegre y amistoso; ganaba el sustento familiar explotando un kiosco llamado “Brisas Vientos del Paraíso” dedicado a rumbas semanales. La relación de Héctor y su compañera permanente era singular: ambos vivían con sus padres quienes cuidaban su pequeño hijo y se veían ocasionalmente como si fueran simplemente novios.

Al atardecer del sábado veintitrés de octubre de 1998, un grupo de paramilitares fuertemente armados llegaron a la residencia donde vivía parte de la familia Herrera Durango, en el sitio Alto Bonito de la vereda dicha.

— ¿Héctor está? — Preguntaron los visitantes armados.

— No. Héctor salió a visitar a su señora y a su hijo — contestó un familiar.

— ¿Usted sabe si vuelve aquí hoy?

— Debe estar que llega porque se tiene que ir a abrir el kiosco.

— Vamos allá y en seguida regresamos.

Cuando el grupo armado salía de la casa, Héctor llegó por el camino a la vivienda donde vivía con sus padres. Había visto parqueado cerca el funesto carro “Caminito al Cielo”, pavoroso en toda la región. Pero como Héctor tenía algún vínculo

de amistad con los irregulares, pasó por alto ese dato ocasional y desprevenido les escuchó decir:

—Necesitamos hablar con vos.

—Hablemos aquí. ¿O dónde los tengo que acompañar?

—Por acá cerca. No te va a pasar nada. Si fuera para algo raro aquí mismo lo haríamos.

Se devolvió con ellos y sus padres quedaron tranquilos con la conversación escuchada hasta cuando subió un vecino a notificarles que lo acababan de subir al tétrico vehículo de los paramilitares. Los indefensos campesinos entraron en pánico y discutían cómo enfrentar la difícil situación. Angustiados salieron a buscarlo por la vecindad sin dar con su paradero. Regresaron a la casa y trataron de dormir para continuar la búsqueda de Héctor al otro día. Nadie durmió. Doña Elvia, la madre de Héctor, sollozaba a sabiendas de que quien subiera a ese carro era persona muerta.

A las cinco de la mañana del domingo veinticuatro de octubre, la familia estaba dispuesta a buscar al hijo cuando escucharon tocar apresuradamente la puerta.

—¡Don Amando! ¡Doña Elvia!

—¿Qué pasó? —respondió el anciano padre.

—Héctor está muerto a la orilla de la carretera, allí en Paso Ancho.

Todos guardaron silencio mientras la madre lloraba inconsolable. Cerca de la escuela Merceditas Sánchez, la atribulada familia encontró el cadáver del hijo, asesinado dizque por ser amigo de la guerrilla. Nada comprobado. Nada cierto. Fue otro juicio arbitrario de los dueños de la vida en un municipio consternado. En la tierra suya recibió cristiana sepultura un hombre alegre, víctima de chismes de algún vecino, y del juicio injusto de unos violentos.

La sevicia paramilitar continuó para más padecimiento de esta familia.

Cuatro meses después de la muerte de Héctor, que contristó a los habitantes de la vereda, cualquier noche extrañamente se fue la luz eléctrica en el pequeño caserío. No obstante el temor que todos estos acontecimientos producían en la población, la gente logró conciliar el sueño. La tranquilidad de la casa de Nora Ricaurte, la compañera permanente de Héctor Herrera, casa que compartía con sus padres y con su pequeño hijo, fue interrumpida abruptamente en el silencio de la noche. Tocaron fuerte.

—¿Quién es?

—Las autodefensas —respondieron los visitantes.

—¿A quién necesitan?

—A Nora. ¿Ella está?

Aterrados por la imponente de los intrusos, abrieron la puerta. Todos fueron obligados a tirarse al suelo, de espaldas a los asaltantes. Como Nora no salió, el comandante vociferó:

—Aquí no está ella. Ingresen ustedes y requisen bien la casa.

Los esbirros encontraron a Nora saliendo de su habitación. Con violencia la agarraron del pelo y le dispararon en la cara varios tiros. La víctima a duras penas alcanzó a gemir antes de perder la vida. La bulla despertó al niño de Nora; los verdugos salieron y los padres de la joven acudieron a asistir a la hija en el trance de muerte y al bebé en su pánico. Cuando mataron a Héctor, Nora se hizo amiga de los paramilitares con la intención de saber quiénes habían asesinado a su compañero. Ellos le salieron adelante.

La más difundida versión sobre los móviles de la muerte de Héctor, pero igualmente la que con mayor vehemencia rechaza su familia, fue la de que una vez secuestrado por los paramilitares y sometido a un largo interrogatorio, lo amarraron al vehículo "Caminito al Cielo", lo arrastraron hasta que perdió

la vida y lo tiraron al lugar donde fue hallado. No se pudo localizar resultados de la necropsia, diligencia que probablemente no se cumplió.

15. Toma de Fueimia por las Farc

Después del primer impacto que causó la llegada de los paramilitares al municipio de Frontino, a principios del año 1996, éstos dieron algunos importantes golpes a las estructuras de apoyo a la guerrilla. Pero las Farc, en vez de debilitarse se fortalecieron en aquellas regiones o corredores que este grupo frecuentaba tradicionalmente, y desde finales del año 1997 y durante todo el año 1998, dieron duros golpes a la economía del municipio, quemando y destruyendo trapiches paneleros, robando ganados y forzando desplazamientos de campesinos, como represalias contra los propietarios de la tierra, a quienes acusaba de ser auxiliares de los paramilitares.

El corregimiento de Fueimia ha sido una próspera región agropecuaria de Frontino; allí cultivan con ventaja panela, ganado, café, frijol, maíz, arracacha, frutales y cacao, entre otros productos. El gobierno, a través del INCORA, en el año 1997 había titulado la finca La Loma a cuarenta y seis familias socias de la cooperativa Coofruteros, que en comunidad y pro indiviso trabajaban las cuatrocientas hectáreas de terreno.

En 1998 todo allí funcionaba bien: la mayoría de los socios de la cooperativa trabajaban en La Loma, que pagaba cumplidamente sus salarios y contaban además con los excedentes cooperativos. La finca tenía cuarenta mil cafetos en producción, y modernos equipos para procesarlo; seiscientas cabezas de ganado. La empresa era administrada por Vicente Arango López, en su calidad de gerente de la cooperativa, y por Manuel Salvador Vargas Pulgarín, administrador y patrón de la misma.

El dos de noviembre de 1998, a las cinco y treinta minutos de la mañana, cuando todo el mundo se disponía a iniciar sus labores dentro de la finca, se encontraron rodeados por treinta hombres armados y vestidos con uniformes propios del Ejército y de la Policía Nacional que dijeron pertenecer al Frente 34 de las Farc. Reunieron a todos en la casa principal de la hacienda, enfurecidos con los presentes porque supuestamente eso no era una cooperativa sino una empresa de un rico de Frontino, que los asaltantes identificaban como un auspiciador de los grupos paramilitares, y que por esa razón iban a destruir toda la infraestructura productiva que allí había. Como estaban en cosecha de café había más de sesenta personas a esas horas en la finca, prestas a emprender las labores del día. Viendo tanta gente los guerrilleros ordenaron que se fueran los no afiliados a la cooperativa y sólo dejaron a los socios porque supuestamente todos eran auxiliares del paramilitarismo.

A eso de las ocho de la mañana procedieron a prenderle fuego a las viviendas, a la maquinaria y a ciento veinte cargas de café que estaban almacenadas en una bodega de la finca y listas para la venta, además de otra bodega donde se almacenaban insumos agrícolas tales como abonos, droga veterinaria, sal para el ganado, herramientas, aparejos, etc.

Una vez concluida su labor destructora, les notificaron a los campesinos un plazo perentorio de doce horas a todos los socios de la Cooperativa para desocupar la vereda, es decir que a las cinco de la tarde de ese mismo día el que se quedara ahí lo mataban. Otros guerrilleros recogieron el ganado y las bestias de los potreros; en pocas horas acabaron con todo el patrimonio de estas cuarenta y seis familias.

Las pérdidas por la demencial acción fueron calculadas entonces en cerca de ciento cincuenta millones de pesos. El ganado y las bestias se las llevaron cuando se retiraron los criminales.

Antes de retirarse asesinaron a Ramón Antonio Zapata Zapata, supuestamente era un sapo. Uno de los guerrilleros, quien comandaba el grupo, sentenció en alta voz para que todos escucharan,

—Allí matamos al primer sapo. Aquí existen muchos más y a todos les va a pasar lo mismo.

Las pocas horas bajo el dominio de los subversivos fueron eternas para los trabajadores que sufrían esperando la próxima víctima de una guerra inexplicable. Ramón Zapata, a quien acababan de asesinar, tenía cuarenta y cinco años, vivía con su esposa y sus tres hijos, y había sido el mayordomo de los anteriores propietarios de La Loma: continuó trabajando con la cooperativa pero no era socio de la misma.

La gente abandonó el caserío en ruinas y a merced de los grupos criminales. Hoy, muchos años después, el poblado prácticamente ya no existe y las viviendas se derrumban lentamente por la acción del tiempo, de los asaltantes y de los animales.

Algunos pocos socios regresaron y se tomaron parcelas de aproximadamente ocho hectáreas cada uno para trabajar y subsistir en ellas. Ya no existe esa gran producción de café de aquella época, ni los equipos para beneficiarlo. Los que hoy trabajan esas tierras producen pastos, cacao, caña y productos de pan coger. Otros codueños jamás regresaron y se desconoce su lugar de habitación y su condición económica. Un tercer grupo vendió las parcelas que les correspondieron para no tener que regresar a una tierra fértil, pero donde sufrieron tanto dolor y miseria.

Hubo algunos que ni siquiera regresaron y no se sabe de su paradero; otros como Ángel de Dios Pulgarín, su hijo John Carlos y su nuera, fueron asesinados en Nutibara antes de su desplazamiento de Fuemia.

Investigando estas tristes historias nos encontramos con la versión de un socio de esta frustrada cooperativa, quien nos narró:

—Mire señor, como a los cinco años después de esa pesadilla que vivimos y que nos dejó sumidos en la miseria y la desolación, apareció por acá un grupo del Frente 34 de las Farc, el mismo que nos había causado ese enorme daño. Todos eran nuevos en la zona y nos preguntaron por la razón para que las viviendas estuvieran abandonadas y en un proceso ya irreversible de destrucción. Les contamos lo sucedido aquella mañana del 2 de noviembre de 1998, y el señor que comandaba el grupo lo único que dijo fue: “¡Qué error, eso no debió haber sido así!”.

Fuemia jamás volvió a ser lo que era, ni volverá a serlo por mucho tiempo, pues el desempleo y la pobreza cunden por toda la región, otrora próspera y productiva.

16. Luis Iván Leal

Ya se narró una masacre en El Tambo, una montaña situada a espaldas del templo parroquial de Nutibara. Ahora veremos otra en la vereda La Campiña, otra altísima montaña a un costado del templo parroquial de Nutibara.

La Campiña, más poblada que El Tambo, se compone de muchos minifundios donde los campesinos tenían algunas reses y cultivos de lulo, caña de azúcar y café, hasta donde la altura sobre el nivel del mar lo permite. Era un grupo humano muy unido, con dos escuelas primarias, una a mitad de la falda y la otra cerca a la cumbre. El ascenso es penoso y la mayoría tiene que hacerlo a lomo de caballo o de mula. Para bajar a Nutibara los parroquianos prefieren hacerlo a pie por lo peligroso del declive.

Una de las parcelas de la vereda se llama Coco Hondo, única propiedad y todo el patrimonio de un dirigente cívico de Nutibara. Pocos meses antes de mayo de 1999, grupos irregulares habían irrumpido en la finca Coco Hondo y habían hurtado un pequeño hato de ganado que pastaba en sus potreros y del que derivaba su sustento el dueño del predio. Lo sucedido llevó al propietario a padecer dificultades económicas y a abandonar su finquita. Buscó alguien que quisiera vivir en la casa a cambio del permiso para cultivar frutales y hortalizas para la subsistencia del viviente, para lo que resultaron varios candidatos, entre los que escogió a Luis Iván Leal. Al dueño de Coco Hondo le impactó su difícil situación económica y familiar; tenía cuatro hijos nacidos en el hogar que conformó con Leticia Duarte, quien hacía pocos días lo había abandonado y le había dejado la crianza y la educación de sus hijos. Leticia ya convivía con otro señor, y Luis Iván, buscando estabilidad y atención para sus hijos, recién convivía con una señora Rosa, que algunos apodaban La Potranca.

Recibió las llaves de la casa, autorización para cultivar y llevar once vacas que juntó cuando trabajó en el paraje Las Cabras de Frontino. El juicioso campesino reunió los recursos para poder sembrar las huertas, recogiendo en Coco Hondo cáscaras del árbol de Balso, para venderlas a los dueños de los trapiches de Nutibara y lugares aledaños, que las empleaban para la producción de panela.

La suerte de Luis Iván fue cambiando paulatinamente y de la venta de la cáscara de balso pasó a la venta de hortalizas que producía el huerto. No se puede afirmar que el dinero le llegaba fácil y en cantidades, pero su vida comenzó a cambiar lentamente, pues les podía brindar congrua subsistencia a sus pequeños y a su compañera.

La vida a veces es traicionera, han dicho siempre nuestros mayores. El quince de mayo de 1999, sobre las cuatro de la tarde, llegaron varios paramilitares fuertemente armados y encontraron en la vivienda a Rosa, la compañera de Luis Iván, a los cuatro hijos del emprendedor campesino, que respondían a los nombres de Jorge, de catorce años, Alirio, Mauricio y Luis Iván, el menor de apenas siete añitos. Los incómodos visitantes preguntaron:

—¿Dónde está Luis Iván?

Jorge, el mayor, avisado y alegre, respondió sin imaginar la terrible tarde y noche que los esperaba:

—Mi papá se fue a sacar cáscara de balsa para ir a vender el fin de semana a Nutibara, y seguramente que de paso le va a dar una vuelta a los cultivos.

—Nosotros lo esperamos. No tenemos afán. Necesitamos hablar con él urgentemente —respondió el interlocutor que los menores tenían al frente.

Los paramilitares requisaron la vivienda minuciosamente, destruyendo hasta los colchones para revisarlos exhaustivamente. No hubo rincón de la casa que no fuera objeto de la intensa búsqueda. Después de su infructuoso trabajo, el que comandaba el grupo reunió a los cuatro menores y los conminó a que le entregaran el radio que el papá tenía en la finca. Los menores, inocentemente, creyeron que el radio por el cual preguntaban los bandoleros era la pequeña grabadora en la cual la familia escuchaba la emisora de Frontino, única que se podía sintonizar.

—Este es el radio de mi papá —dijo el menor de los niños Leal Duarte, entregando una pequeña grabadora vieja y deteriorada.

—No. Esto no es lo que buscamos —contestó el paramilitar.

De pronto llegó Luis Iván, saludó a los hostiles visitantes quienes le notifican que vinieron a hablar con él, y se lo lle-

varon para una esquina de la casa. Los menores presenciaron la conversación, pero no conocieron el contenido de la misma porque estaban distantes y tanto el padre como los armados hablaban en voz baja. Luego de unos minutos de diálogo, el papá ingresa con ellos a la casa y le pide a Rosa:

—Mija, sírvales comida a estos señores y complételes con huevo lo que haya para darles.

Varias veces Luis Iván les ofreció sacrificar una de sus gallinas para que comieran bien y abundantemente. Los visitantes siempre se negaron. Cuando terminaron de comer, volvieron a retirar a Luis Iván a una esquina de la casa, y sin mediar palabra, lo fusilaron. Instintivamente, Jorge, el mayor de los Leal Duarte, se abalanzó sobre el pistolero que seguía disparando sobre la humanidad de su padre y con vigor hacía escuchar su juvenil voz:

—A mi papá no lo maten, mi papá es muy bueno, no sean asesinos.

Los demás paramilitares retiraron al menor con violencia y lo arrojaron sobre el cadáver de su papá. Perentoriamente le notificaron:

—¡Culicagao! Si no te quedás quieto te pasa lo mismo. ¿Te querés ir para el infierno como ese otro? —decían señalando al padre.

Impactado, petrificado por el dolor. Con la sangre de su padre regada por su cuerpecito, el menor vio cómo se retiraban los asesinos, sin dar la espalda y apuntando con las armas a los otros niños y a Rosa, llorosos y aterrorizados ante el cruel asesinato de Luis Iván.

Hoy, uno de los hijos vivos de Luis Iván recuerda con nostalgia y tristeza:

—Ese día no se me olvida. Era víspera del día de la madre. A nosotros nos tocó vivir ese día sin mamá y sin papá. El do-

lor y la amargura eran nuestra única compañía. Con todas las esperanzas destruidas nos tocó enterrar a mi padre. A nadie le deseo esa horrorosa pesadilla, ni siquiera a los violentos que la produjeron.

Franquelina, la abuela paterna, que vivía cerca al área urbana de Frontino, en la vereda San Lázaro, fue hasta Nutibara a recoger a los menores. No había empatía con Rosa, la nueva compañera permanente de Luis Iván, y obvio, era una carga pesada para alguien que acababa de llegar a ese hogar, levantar y educar a cuatro niños. Los animales domésticos y el ganado que los Leal tenían en Coco Hondo, jamás aparecieron.

Los menores llegados a San Lázaro junto a la abuela Franquelina, comenzaron a notar que Jorge, el mayor de ellos, antes festivo y emprendedor, se deprimía mucho y se volvió taciturno y melancólico. La abuela y algunos vecinos creyeron que con el tiempo esas dificultades de salud le pasarían, pero empezó a padecer horribles pesadillas de las que despertaba gritando:

—¡No maten a mi papá! ¡Nooooo!

Poco tiempo después el indefenso Jorge Leal Duarte comenzó a perder la razón sin posibilidades de atención médica especializada y un día salió de su casa para no regresar. Las búsquedas de amigos y vecinos fueron inútiles. Las autoridades ayudaron y perdieron su tiempo. Nada se sabe de un menor a quien la violencia primero le quitó a su padre y luego la razón.

Los otros tres hermanos no saben cómo lograron sobrevivir. Recuerdan que a veces lo hacían al lado de la abuela, y que a veces visitaban a la mamá Leticia, que ya tenía tres hijos más de su nuevo matrimonio.

Alirio, el segundo de los hermanos, vive en Nutibara y trabaja en fincas de la región; Mauricio prestó servicio militar, se

casó, tiene un hijo y vive en paz. Cuando servía en el Ejército Nacional se encontró de frente con uno de los asesinos del papá que no había sido judicializado y del que él desconocía el nombre. Tuvo el temple de contenerse, de no desfogar sentimientos de venganza, de no actuar arbitraria y temerariamente. Pensó que de pronto podía equivocarse o confundir a las personas.

Luis Iván, el menor de los hermanos, presta hoy el servicio militar obligatorio. Lo hace como lo hizo su hermano Mauricio, por una patria que los abandonó, que les dejó asesinar al padre y que fue indolente frente al fenómeno paramilitar en Frontino y en todo el territorio nacional.

Para completar los males de esta familia, la madre de los cuatro hermanos, la señora Leticia Duarte, fue víctima de un atentado terrorista en Nutibara el trece de septiembre de 2010, del que salió milagrosamente ilesa; afirman que a manos de reductos paramilitares. Tuvo que huir de Frontino y hoy vive del trabajo material y ocasional que encuentra cerca de una plaza de mercado en el Valle de Aburrá.

Franquelina, la noble abuela que asumió la crianza de sus nietos, falleció en la vereda Tablaíto de Musinga, llena de achaques y tristeza: parece que también había perdido la razón.

17. Darío Gómez Cartagena, Gabriel Gómez Martínez y John Jairo Montoya López

Luego de la toma guerrillera de Nutibara el veintiocho de diciembre de 1998, la situación de sus habitantes se tornó aún más compleja de la que ya vivían antes de ese día. Se acentuaron el abandono y la desolación al tiempo que la ausencia del Estado fue completa. La fuerza pública se retiró definitivamente del caserío y este quedó a merced de guerrilleros y pa-

ramilitares que ocasionalmente hacían presencia para saquear el comercio, asesinar a algún parroquiano o intimidar y extorsionar a la población. Sus calles eran solitarias, las empresas paneleras abandonaron sus cultivos y el comercio se limitaba a lo estrictamente necesario para la subsistencia de sus habitantes, ejercido por verdaderos héroes del servicio o por arriesgados ciudadanos.

El dieciséis de mayo de 1999 Nutibara fue sacudido con otro hecho violento, que como todos los anteriores, parecía ser la gota que rebosaría la copa.

Darío Gómez Cartagena, a quien amistosamente llamaban Ñanga, por su proverbial tacañería; Gabriel Gómez Martínez, conocido entre sus amigos como el Mono Martínez, por el color de su piel, y John Jairo Montoya López, llamado por los suyos Cristalino (porque en un accidente laboral perdió un ojo y le pusieron una prótesis), eran tres personas que se habían resistido a abandonar su sitio de residencia y desempeñaban alguna de las profesiones propias de los pueblos. El primero era tendero; el segundo era lo que llaman en los pueblos un todero pues reparaba electrodomésticos, ayudaba en construcción, pintaba viviendas, y reparaba muebles; y el último atendía una discoteca que recientemente había subarrendado, situada en el parque principal del lugar.

El joven Darío Gómez, antes que tacaño, era un hombre metódico, cuidadoso con el dinero. Reformó su vivienda con un local comercial en el primer piso y una decorosa vivienda en el segundo. Esta residencia estaba situada en un sector suburbano y poco salía del lugar. No tenía vida social y era persona amable y seria. Su tiempo se lo acaparaban su negocio, del cual subsistía, su esposa y un pequeño hijo. Gabriel Gómez, que no era familiar de Darío, vivía en un sector muy popular del corregimiento con su compañera permanente y dos pequeñas hijas. Se rebuscaba la vida trabajando en lo que resultara, pero

siempre dentro de lo lícito. Era voluntarioso y servicial. Finalmente, John Jairo Montoya o El Cristalino, era pensionado del Seguro Social en razón del accidente en que perdió uno de sus ojos y vivía como los otros dos, en los suburbios del caserío, en compañía de sus padres, pues para el día de los hechos estaba separado de su esposa con quien tenía un hijo que vivía con ella.

El domingo fatídico para estos tres humildes trabajadores, a escasos cinco meses de la toma guerrillera que había sumido a Nutibara en un penoso abandono, llegaron al lugar varios paramilitares vestidos de civil y se dedicaron a darle vueltas al pueblo en forma intimidante. Subieron al negocio de Darío o Nanga, quien los atendió con amabilidad, seguramente los conocía. Se tomaron una cerveza y uno de ellos en confianza le manifestó al dueño de la tienda:

—Vinimos a hacer un trabajo aquí. La verdad es que hay mucho expendedor de vicio que no vamos a tolerar. Van hoy cuatro manes para el piso.

—¡Huum! ¿Quiénes serán? —fue la única respuesta del tendero.

Darío se desentendió del tema de la amenaza, aunque se la contó a algún amigo que lo visitó en su negocio luego de la incómoda visita de los paramilitares.

Las otras víctimas de esta terrible visita paramilitar, Gabriel Gómez y John Jairo Montoya, se fueron, cerca de la una de la tarde, a jugar fútbol en la única cancha del lugar. Por la calle contigua pasaron infinidad de veces los paramilitares mientras Gabriel y John Jairo jugaban su partido de fútbol. Al finalizar el mismo, John Jairo invitó a Gabriel a su casa, donde el anfitrión se puso a arreglar una motocicleta ajena. Cerca de allí, a Darío lo volvieron a visitar los sicarios a quienes invitó a entrar, y generosamente les ofreció otra cerveza, cuando escuchó a lo lejos unos disparos y les preguntó:

— ¿A quién matarían?

La respuesta fue contundente: delante de varios vecinos desenfundaron sus armas y dispararon repetidamente contra Darío que cayó inmediatamente sin vida.

Los tiros que Darío escuchó antes de ser vilmente asesinado los dispararon otros paramilitares a John Jairo y Gabriel que estaban cerca. John Jairo, el famoso Cristalino, murió instantáneamente en la vía pública. Gabriel, El Mono, logró correr para su casa ya herido y al tratar de saltar un cerco de alambre, al final de su vivienda, se enredó y cayó al suelo, donde los asesinos lo remataron.

De la supuesta cuarta víctima que los sicarios se jactaban de que ese día perdería la vida, jamás se supo. Muchas historias se tejieron en torno a esta hipotética persona, pero nada real o cierto. Los familiares de Darío y Gabriel prefirieron trasladar sus cadáveres a la ciudad de Medellín para darles cristiana sepultura. John Jairo fue sepultado en el cementerio del lugar.

Los descendientes de las víctimas volvieron a Nutibara. Ahora rehacen su vida trabajando duramente para el sustento, excepto las niñas de Gabriel Gómez, de quienes no se volvió a tener noticias.

18. Aicardo Sarrazola y sus hijos Aicardo de Jesús y Sandra Milena

Aicardo Sarrazola era un campesino con algo más de cincuenta años de edad, casado con Doreley Holguín en segundas nupcias, matrimonio del que tenía una preciosa pareja de mellizos. El hogar también era compartido por dos menores del primer matrimonio de Aicardo, que respondían a los nombres de Aicardo de Jesús y Sandra Milena, que por la época tenían dieciséis y catorce años: Él le ayudaba en los quehaceres de la finca y ella cursaba cuarto de educación primaria.

La familia residía en el paraje El Pozo, del corregimiento de Nutibara. Allí Sarrazola, había logrado acumular una pequeña fortuna representada en una finca y algunas cabezas de ganado vacuno, de la que obtenía el sustento familiar. Hombre de profundas convicciones religiosas y fiel votante de su partido Conservador, llevaba con su familia una vida sencilla y ejemplar.

En los últimos días las relaciones matrimoniales no iban muy bien. Se le veía a su esposa dialogar con alguna frecuencia con el paramilitar Conrado Pérez, alias El Tuerto, sin que se pueda afirmar que fuera el objeto nuevo de las miradas de Doreley. Aicardo transmitió sus preocupaciones a algunos de sus familiares. Ocho días antes de su trágica desaparición y posterior muerte, llamó a una hermana que vivía en Medellín y le dijo:

—“Doreley está muy loca, no sé qué pueda pasar, no me dejen sufrir a mis hijos. Si algo me pasa te podés llevar a la mellicita con vos y hacete cargo de ella”.

La hermana lo calmó pero se quedó preocupada. No fue la única llamada que hizo Sarrazola. Un día antes de su secuestro, se comunicó con una sobrina que vivía en Bogotá y le dijo:

—“Ayúdame a conseguir trabajo en Bogotá. Esto aquí está muy duro y yo temo por mi vida”.

El lunes festivo once de junio de 1999, Aicardo estaba en la finca, que trataba de vender por treinta millones de pesos, cuando intempestivamente arribaron los paramilitares en el carro Land Cruiser de color blanco y los intimidaron con las armas.

—Usted se tiene que ir con nosotros. Lo necesitamos urgentemente —dijo uno de los intrusos señalando a Aicardo.

Por tratarse de un festivo, los hijos de Aicardo, Sandra Milena y Aicardo de Jesús, se encontraban ese día en la finca.

—¡A mi papá no se lo lleva nadie! —gritó la niña agarrándolo por la cintura.

—¡A mí me llevan con mi papá! ¡Él de aquí no se va solito!
—dijo con vehemencia el niño.

La vertical y reiterada posición de los menores condujo a que los paramilitares se llevaran a los tres, no sin antes dejar en claro:

—Nada les va a pasar.

A las dos y treinta de la tarde cruzaron a toda velocidad por las calles de Nutibara. Conociendo el vehículo, su tripulación y la velocidad del viaje, la gente supo que ese sería otro día de dolor para el Corregimiento. Rápidamente se conoció la noticia y doña Doreley pidió protección al párroco, sacerdote Carlos Arturo Sánchez, quien la escondió en la Casa Cural. Afirman que Doreley hizo muchos comentarios y señalamientos sobre los responsables, lo que originó la furia de la organización paramilitar que regresó el miércoles siguiente a buscarla sin fortuna en la finca, en la casa de los familiares y tuvieron que devolverse con las manos vacías diciendo que la querían asesinar junto con su esposo y los hijos.

El mismo día que se llevaron a la familia Sarrazola, se robaron treinta y cinco reses y tres caballos de Aicardo que embarcaron en la finca El Llano, a la sazón abandonada por su dueño, con destino al corregimiento de Nobogá.

A los tres secuestrados los tuvieron por Fuemia desde el lunes hasta el miércoles, cuando los asesinaron. El padre presentaba varios tiros en el cuerpo, el niño murió asfixiado con una bolsa plástica en su cabeza y la niña de un tiro a corta distancia en la cabeza. Los cuerpos los arrojaron al día siguiente cerca de la finca La Anamú, del municipio de Uramita, para “no calentar a Frontino con tantas muertes”. Al viernes siguiente, en la morgue de Uramita, la familia Sarrazola reconoció a sus muertos, pero su traslado a Nutibara fue toda una tragedia. El alcalde de Frontino se negó a brindar cualquier tipo de ayuda. El alcalde de Dabeiba donó los catafalcos, el alcalde de Ura-

mita los transportó hasta Frontino; el traslado de los cuerpos entre Frontino y Nutibara fueron subvencionados por almas caritativas que, en silencio y con mucho temor, recogieron entre los amigos lo necesario. Esta recolecta fue liderada por el concejal Bernardo Augusto Agudelo, posteriormente asesinado por los paramilitares y cuya historia se narra más adelante. Las bóvedas en el cementerio fueron regaladas por una dama caritativa, doña Rocío Gómez.

La señora Doreley Holguín, oriunda de Uramita, era sobrina de la primera esposa de Aicardo. Por la época de los hechos que se narran, vivía en Frontino una tercera hija, la mayor del primer matrimonio de Aicardo Sarrazola de nombre Adriana, que se había casado con un campesino del lugar y que seguramente por esta unión logró salvar su vida.

De la suerte de Doreley y Adriana no se sabe nada.

A Doreley la sacó de Nutibara el sacerdote Carlos Arturo Sánchez, un hombre santo, prudente, valiente y caritativo, a quien muchos nutibarenses le deben la vida. Cuentan que Doreley se fue para Medellín a vivir con una cuñada, hermana de Aicardo, quien la recibió con sus dos mellicitas a pesar de las sospechas que despertaron su dudoso comportamiento con Aicardo y su amistad algo “rara” con Conrado Pérez, alias el Tuerto. A pesar de que la señora no conocía nada en Medellín, y que nunca salió del asilo recibido, un día cualquiera desapareció llevándose a Alexander y Alejandra, sus hijos mellizos. Le había dejado una nota agradeciendo las atenciones y diciendo que se había tenido que ir. Su cuñada recordó entonces que Doreley recibía unas llamadas muy raras, que atendía con gran sigilo.

Tampoco se volvió a saber nada de Adriana, la hija mayor de Aicardo. Muy atemorizada asistió al sepelio de su progenitor y sus dos hermanitas. Tiempo después la buscó un gestor para que le firmara unos poderes para cobrarle al Estado las

indemnizaciones por las muertes violentas de sus familiares. Ese mismo personaje le llevó después siete millones de pesos y no se volvió a saber nada de la mujer. ¿Huyó para preservar la vida? ¿Corrió la misma suerte de los padres? ¡Difícil precisarlo!

De la finca se apoderó un hermano de Aicardo y tiempo después la vendió mediante un documento privado. Nunca se sabrán los motivos ciertos y ocultos que produjeron estas absurdas muertes. Quedan cubiertas de misterio, así como el destino de Doreley y Adriana.

19. Alba Rosa Yepes Builes

Los esposos Manuel Mesa y Alba Rosa Yepes no calcularon los riesgos que corrían cuando se fueron de Liborina a vivir a Nutibara con sus tres niñas y un niño, en búsqueda de un mejor nivel de vida. Llegaron cuando la región era un arroyo de sangre y la vida tenía muy poco valor.

Pagaban arrendamiento en el barrio La Esperanza, de clase baja, pues eran sumamente pobres, como casi todas las víctimas del paramilitarismo. Vivían de los jornales del esposo en las fincas cercanas a Nutibara y de oficios domésticos de la esposa. La joven Alba Rosa quedó nuevamente en embarazo, pero siguió ayudándole a su marido a buscar el sustento familiar. Cuentan que Ilduara Urrego era una de las amas de casa que más recurría a la mano de obra de Alba Rosa. Ilduara tenía fama de ser distribuidora de alucinógenos, lo cual fue comprobado años más tarde cuando purgó varios años de cárcel por el decomiso de una gran cantidad de marihuana. Por cualquier circunstancia, Ilduara se atrasó en los pagos de los trabajos ocasionales que le hacía la joven señora Alba Rosa, por lo que ésta le cobraba con insistencia. Cualquier día, cansada de co-

brarle, y padeciendo las necesidades de su hogar, doña Alba Rosa golpeó en la cara a su deudora.

Ilduara puso la queja en muchas partes, incluyendo la Inspección de Policía, donde La Madre –como le decían los paramilitares a la Inspectora– le prometió tomar acciones al respecto.

A las siete de la mañana del veintisiete de mayo de 2000, ocho días después del malhadado incidente, las gentes de Nutibara fueron alertadas por la entrada intempestiva del carro blanco “Caminito al cielo”. Como cada que el ominoso vehículo llegaba, los nutibarenses temieron por la vida de algún vecino, algún amigo, algún familiar. Esta vez llegó al barrio La Esperanza, en la salida de Nutibara para el corregimiento de La Blanquita, región de Murri. Los ocupantes del vehículo ubicaron a la madre embarazada, señora Yepes Builes, la sacaron e empellones de la vivienda, ante los gritos desgarradores y angustiados de sus hijos, pues su esposo no estaba; hacía rato había salido a trabajar. La sacaron a la calle y en presencia de todos, Juan Valderrama conocido como Juan Malo, le disparó dos veces en la cabeza. Los asesinos huyeron a toda velocidad, como lo hacían siempre.

En medio del llanto desesperado de sus hijos y la aglomeración de vecinos, vieron que la señora convulsionaba, lo que los llenó de esperanzas. Mercedes Agudelo y el padre Carlos Arturo Sánchez llevaron a la herida hasta el centro de salud del Corregimiento, donde la doctora Katerine la atendió con prontitud y esmero, tomó algunas decisiones médicas, logró estabilizarla y pidió una ambulancia al hospital de Frontino que llegó a la mitad de la mañana con la doctora Martha Lía Gaviria Bravo, encargada de acompañar a la herida. Al momento de subirla a la ambulancia a la herida se le cayó una carta que guardaba entre su cuerpo y las ropas, que alguno de los viajeros guardó sin leer su contenido. Aprovecharon la

ambulancia para remitir también a Mariela Borja, una paciente con dificultades posparto. El recién nacido de la señora Borja lo recibió la médica Gaviria en el asiento delantero, y una enfermera acompañaría en la parte posterior del vehículo a las dos pacientes.

Al llegar al sitio La Balastrea en el Alto de Musinga, las pacientes venían conscientes y estables, en completo silencio. Ambas asidas fuertemente a la mano de la enfermera acompañante. La ambulancia se detiene porque dos personas de civil, con armas de largo alcance, habían atravesado la motocicleta en la que se transportaban. Los personajes alias El Duende y José Orley Higueta, alias El Alacrán, inspeccionaron el vehículo y comprobaron que allí venía la señora Alba Rosa y estaba viva. Dijo El Alacrán:

—Permiso que venimos a terminar un trabajito que nos quedó empezado.

Luego agregó perentoriamente dirigiéndose al conductor:

—Abra que voy a proceder. Ante los ruegos de la enfermera que acompañaba a las pacientes y del conductor de la ambulancia, el paramilitar cambió la orden:

—Bajen esa vieja hijueputa!

Mientras tanto, la médica en la cabina al lado del conductor, empezó a llorar presa del terror y de intenso temblor en todo el cuerpo; traía al recién nacido entre sus brazos y con fuerza lo arrimó a su cuerpo en gesto protector.

A los misioneros médicos no les quedó más remedio que cumplir la orden. Ya la camilla sobre la carretera, el paramilitar José Orley Higueta, El Alacrán, le gritaba a la indefensa y herida mujer:

—Vieja hijueputa, sapa. No eres más que una vieja chismosa, hija de puta.

La única respuesta de Alba Rosa fue gemir.

Acto seguido, El Alacrán desaseguró su arma y en siete ocasiones disparó sus balas criminales sobre la cabeza y el tronco de la indefensa. Ella nunca imploró clemencia: solamente gimió.

El cuerpo de la difunta rebotaba sobre la camilla a cada disparo y la médica les gritó desde el carro:

—¡No más! ¡No más, por favor!

Consumado el crimen, los paramilitares ordenaron a los viajeros subir el cadáver de la víctima y no contar nada:

—Ustedes no saben nada. No vieron nada. Si algo dicen son personas muertas.

En el paroxismo del terror pudieron subir el cadáver de doña Alba Rosa, pero por el desespero y el temor dejaron la baranda de la camilla suelta. La enfermera se acomodó en la parte delantera de la ambulancia, ya no era capaz de viajar en la parte posterior. Continuaron la marcha y a los pocos metros la paciente materna comenzó a vociferar:

—¡Hagan algo, paren! ¡Esta señora se va a caer de la camilla!

Efectivamente, así sucedió y tuvieron que detenerse para asegurarla. Al llegar al Hospital de Frontino, el servicio médico y paramédico estaba alerta por la llegada de dos pacientes del corregimiento de Nutibara. Cuando el médico de turno observa el dantesco cuadro, solo alcanzó a preguntar:

—¿No me habían dicho que la señora solamente tenía dos tiros en la cara y que no le había interesado partes vitales? Esta señora tiene demasiadas heridas y está muerta. ¿Qué pasó, nos informaron mal?

La doctora Martha Lía agachó la cabeza y rompió nuevamente en llanto. Todos entendieron, no hubo necesidad de explicación alguna.

La vida que desde hacía unos siete meses llevaba en su vientre la madre asesinada también murió por las balas paramilitares.

El funcionario de salud que había recogido la carta en el centro de salud de Nutibara, cuando se le cayó a la paciente, presa de la curiosidad, buscó un lugar alejado del centro hospitalario de Frontino para inspeccionar el contenido del documento que tan celosamente guardaba la fallecida. Su sorpresa fue mayúscula: se trataba de una carta dirigida a un comandante guerrillero donde daba cuenta de los nombres de algunas personas de Nutibara relacionadas como auxiliares de los paramilitares. La asustada mujer guardó herméticamente el documento y cuando se encontró con la Inspectora de Policía del Corregimiento, consideró que lo más lógico era entregarle a ella ese revelador documento. Nada se volvió a saber del mismo.

Este incidente tiene muchos cabos sueltos: Doña Alba Rosa no sabía leer ni escribir, luego no fue ella la autora del documento. Pero, ¿cómo llegó a su poder y estaba tan cuidadosamente guardado entre sus ropas?

Ese mismo día en el Alto de Musinga fue hallado el cadáver de Juan Valderrama, alias Juan Malo, ajusticiado por sus compañeros por fallar con los primeros disparos que le propinaron a doña Alba Rosa y que no le produjeron la muerte.

Hoy, muchos años después, los viajeros de la ambulancia de la muerte recuerdan el momento de salida de Nutibara, cuando observaron a un paramilitar haciendo una llamada desde el teléfono público cercano al Centro de Salud. Todos dedujeron que estaban informando a los jefes lo que acababa de suceder.

20. Concejal Bernardo Augusto Agudelo Giraldo

El área urbana de Nutibara está situada al final de un pequeño valle, al pie de varias montañas, y es atravesada por la quebrada Juntas, que en ocasiones se desborda y causa daños.

Tiene templo parroquial, varias escuelas, colegio de secundaria, inspección y estación de policía, escenarios deportivos y un comercio abundante para la región; de clima templado y agradable, es el segundo centro poblado de Frontino. Dista de la cabecera municipal treinta kilómetros que se recorren en cincuenta minutos, atravesando el productivo y bonito valle de Musinga.

Por la importancia del Corregimiento, y por tratarse de un fortín del partido Liberal, ha sido una costumbre inalterada de ese conglomerado incluir un copartidario de Nutibara en renglón efectivo de las listas del Concejo Municipal.

Bernardo Augusto Agudelo Giraldo, joven inquieto y progresista, fue el seleccionado para representar a Nutibara en el Concejo de su pueblo para el período 1998-2000; no podía ser de otra manera, ya que su padre Bernardo Agudelo, y su madre, Esmaria Giraldo, fueron destacados dirigentes del liberalismo en la zona y concejales de la municipalidad en varias ocasiones. Bernardo Augusto había nacido el veintiséis de junio de 1955, con su hermano mellizo Iván Darío. Estudió la primaria y la básica en su natal caserío; era reservado, prudente y estudioso. De su madre heredó la costumbre de ayudarle a los paisanos que vivían en dificultades. Fue sincero y buen amigo, tanto que no temía decirle a sus cercanos lo que pensaba de ellos. La diplomacia no era su característica. Sus compañeros de estudio lo reseñaban como “un estudiante parco, demasiado callado, cuando hablaba lo hacía en un tono serio. En los actos cívicos declamaba y leía poemas con tanta fluidez, que profesores y compañeros le admiraban. Las sonrisas casi siempre se la sacaban los niños, a quienes quería, defendía y protegía”.

Siempre sintió aversión por el fútbol, pero fue amante y coleccionista de la música popular, especialmente de la ranchera. Se le reconoció por ser un inconforme permanente, detestaba

las injusticias y las desigualdades existentes en la sociedad. Tenía una excelente voz y una amplia cultura general producto de la lectura, cualidades que lo hacían, con su hermano mellizo, invitados de honor en los actos públicos. Su elección como concejal fue bien recibida por la comunidad y Bernardo Augusto, por su parte, la asumió con responsabilidad.

En los últimos días de su vida, y sin presagiar su terrible final, se confesó con un amigo que ocasionalmente lo visitó, en la mitad de la cancha de fútbol, situada en las afueras de la caserío, simulando una visita al colegio del Corregimiento, y lo hizo por físico temor de que los escucharan hablando temas tan peligrosos en tiempos de violencia. El concejal le dijo a su amigo, por lo demás persona seria y de entera confianza:

—Tengo mucho miedo de contar esto públicamente, pero estoy muy indignado. Hace algunos días los paramilitares se robaron un carro de Helados Tonny, propiedad de una empresa del municipio de Urrao, asesinaron al conductor y al ayudante en la vía que conduce de Uramita a Dabeiba. Los helados que transportaba el carro robado los trajeron para este Corregimiento y la señora Judith Herrera Moreno, inspectora de policía, acompañada del concejal Rodrigo Alberto Osorio Vásquez (a. Tiki) los repartió en la escuela para celebrar el día del niño. Eso es un pésimo ejemplo para nuestros niños y no los pueden convertir en usufructuarios de un delito.

—No se usted qué me aconseja, pero estoy decidido a contarle y a protestarle al Tuerto Conrado Pérez, jefe paramilitar en esta zona, de esa sinvergüencería que hicieron.

Reflexionó un poco, tomó aire y agregó:

—Conrado me debe varios favores desde cuando él vivía en paz y era muy joven. Recuerde que yo fui inspector en Chontaduro, la tierra del Tuerto. Él no es capaz de hacerme a mí nada.

El asustado interlocutor se limitó a contestarle:

—El único que puede calcular el nivel de riesgo de semejante denuncia sos vos. ¿Por qué no estudiás la posibilidad de acudir mejor a la fiscalía y poner en conocimiento de las autoridades esas actividades criminales?

—Imposible ir a la Fiscalía. Allá tienen más miedo que todos nosotros. Aquí no existe institucionalidad. El pueblo está en manos de esos bandidos y las autoridades civiles y jurisdiccionales o los apoyan, o están acullillados del miedo.

Bernardo Augusto, con su cara adusta, siempre conservando la calma y con un control total sobre las inmediaciones del lugar donde se desarrollaba la conversación, continuó sus comentarios,

—No puedo precisar si la inspectora actúa por temor, intimidación o por complacencia con los paramilitares. Lo cierto es que son amigos y ellos le dan el trato de La Madrecita y La Cucha. Aquí se intimidó mucho a la gente y no puedo precisar o juzgar su comportamiento. La casa de ella es lugar de reuniones, no sabe uno con cuál fin.

En esa conversación también se mostró inconforme y disgustado con varios asesinatos que los paramilitares cometieron por la época en la zona, especialmente con la de los adolescentes cieguitos e inofensivos. Sobre estas muertes se dijo mucho después que algunos paramilitares o amigos de estos los asesinaron para cobrarle al Estado la indemnización respectiva. La aseveración, como casi todas las referidas al tema paramilitar, nunca se confirmó. La madre de las víctimas niega tajantemente estas versiones.

El amigo de Bernardo Augusto, luego de escuchar semejante confidencia, se vino del lugar sumamente triste y preocupado por lo que le pudiera suceder a un hombre valeroso y luchador que desaprobaba tanta injusticia y crueldad. Se afirma en Nutibara, sin comprobarse, que al momento de repartir los helados a los niños del lugar, todavía tenían el cadáver de uno

de los muertos dentro del furgón. En esa época la señora inspectora, La Cucha o La Madrecita, vivía en la calle El Machete, y al frente de su vivienda permaneció el furgón mientras gestionaban y organizaban la entrega de los helados.

El furgón fue transformado en una pequeña jaula que pusieron los paramilitares a su servicio y estuvo por muchos días en Asidó, la tierra de El Tuerto o Conrado Pérez. En este camión de estacas habrían de transportar días después al concejal Bernardo Augusto Agudelo al lugar donde lo asesinaron.

A principios de noviembre, el Concejo Municipal inició sus sesiones ordinarias. Dentro del temario que abordaría la Corporación estaban las autorizaciones al alcalde municipal para adquirir una casa contigua a una de las escuelas de Nutibara para una posible ampliación del centro educativo. Bernardo consideró que el precio del inmueble era demasiado alto. Su tozudez y honradez le generó animadversiones. De hecho, el edil era un hombre adusto, comportamiento que algunos confundían con “mala leche”.

Quince días antes de que lo mataran, Bernardo Augusto asistió obligadamente a una reunión que programaron los paramilitares en el quiosco del parque principal del Corregimiento, que para la época ya no tenía policía. Fue dirigida por Conrado Pérez, alias El Tuerto, y su hermano Cobra la honró con su presencia. En esa reunión, el concejal, frentero como siempre, les dijo a los organizadores del acto que “Nutibara no quería paramilitares o autodefensas, que estaban matando mucha gente”. Imposible saber si la crítica de Bernardo a la repartición de helados a los niños o su rechazo a la presencia paramilitar en el lugar expresada públicamente en la reunión del quiosco, o su oposición a la compra de la vivienda contigua a la escuela, tan onerosa para el Municipio, o las muertes que producían las autodefensas y que lo tenían indignado y protestando, o el rechazo decidido a toda la actividad para-

militar, o todos estos hechos juntos, motivaron a los paramilitares a ordenar su muerte. El tema fue comida en todos los círculos sociales del municipio, y con todas las evidencias dejadas, la sociedad esperaba que ahora sí la justicia iba a operar. Lamentablemente fue otra muerte atroz que quedó en la absoluta impunidad.

Algunos lugareños afirmaron que días antes de la muerte del concejal, la Administración Municipal había cancelado los seguros de vida de los señores concejales. ¿Coincidencia? ¿Conocimiento? Difícil dilucidarlo.

Fue asesinado cuando esperaba el nacimiento de su hija María Paula, a quien no alcanzó a conocer, y que fue procreada con su compañera permanente Ángela María Arango Agudelo. La noche anterior a su muerte, Bernardo Augusto había asistido a la celebración de los quince años de una amiga. En ese evento mostró en varios momentos la intranquilidad y el temor que sentía por lo que estaba pasando en Nutibara;

—Tengo mucho temor de lo que aquí está sucediendo. No confío en varias personas del lugar. Sinceramente estoy nervioso y preocupado. Te invito a que me acompañes esta noche —le dijo a Ángela María.

El treinta de noviembre de 1999, a las siete y cuarenta y cinco de la mañana, Bernardo salió a cumplir con su misión de concejal y a la inexorable cita con la muerte. A bordo de una motocicleta de su propiedad viajó a la cabecera municipal, no sin antes buscar infructuosamente a su compañero de cabildo Rodrigo Osorio (Tiki), quien había decidido adelantar su viaje a Frontino, no obstante la invitación que la noche anterior le hizo su compañero. En las inmediaciones de la finca El Llano, Bernardo Augusto sobrepasó el vehículo escalera que llevaba los pasajeros de Nutibara a Frontino y metros más adelante, aún con el camión escalera detrás, lo interceptó un grupo de hombres armados con el camión de estacas blanco, de los llamados tres y medio (al parecer, el que le habían robado a Hela-

dos Tonny), ya bautizado como “Caminito al Cielo”. Lo subieron con la motocicleta al camión jaula sin atender las protestas y gestos de repulsa del cabildante. Horas después su cadáver apareció en la vía que conduce de Musinga a Caráuta, a la altura de la hacienda Musinga Grande. Su moto nunca apareció.

Hay quienes afirman que para esa fecha Conrado Pérez, alias El Tuerto, había salido estratégicamente de la municipalidad para figurar lejano a la muerte del concejal. Sin embargo, otros dicen, sin pruebas, que antes de partir de Nutibara a su fatídico viaje, el concejal habló con El Tuerto. También se ha especulado diciendo que alguien muy reconocido en Nutibara llamó por teléfono no se sabe a quién, a contar que Bernardo ya había salido rumbo a Frontino. En la jerga de los delincuentes eso es “servir de campanero”.

Inicialmente se dio por desaparecido. Los paramilitares ayudaron a buscarlo, como si así despistaran a la opinión pública sobre la responsabilidad del crimen. Los medios de comunicación, seguramente aupados por autoridades temerosas o cómplices, difundieron la especie de que lo habían asesinado los guerrilleros de la Farc. La familia, presa de la indignación y la desesperación, lo llevó a darle cristiana sepultura en Medellín.

A Bernardo Augusto Agudelo Giraldo hay que reconocerle su valor y su heroísmo. Se apechó la responsabilidad de fustigar a los paramilitares que estaban asesinando injustamente a muchos inocentes. Es un héroe anónimo de la resistencia a la violencia paramilitar.

21. José Aarón Zapata Suaza

San Lázaro es una vereda situada a unos veinte minutos del área urbana de Frontino, habitada desde la Colonia por agricultores y mineros que explotan las minas de oro de El Cerro,

donde se estableció The Carmen Valley, que se transformó en la Frontino Gold Mines Company. Al agotarse el mineral, se trasladó a los municipios de Segovia, Remedios y Zaragoza.

Desde cuando terminó la educación primaria, José Aarón Zapata Suaza acompañaba a Enrique, su padre, a trabajar la minería. Salían juntos todas las mañanas hacia las minas de El Cerro, donde Enrique llegó a tener concesiones mineras.

José Aarón se frustró y desengañó de la minería y optó por quedarse en San Lázaro laborando en la finca paterna o en otras vecinas. Cumplidos los veinte años de edad, el joven encontró trabajo de ordeñador en una parcela vecina. Era hogareño, serio y callado, tal vez algo tímido y no siguió el camino político de su padre, que fue jefe liberal. Se unió con la joven Eliana Hernández Pérez, vecina de San Lázaro, y ya criaban su pequeño primogénito. En el año 2000 el Ejército nacional acantonó un pelotón en el sitio Morro Pelao, de San Lázaro, con fines de vigilancia y control territorial. El comandante del grupo llamó a Francisco Alirio “Pacho” Zapata Suaza, el hermano menor de Aarón de apenas quince años, le entregó un dinero y le dio precisas instrucciones para que bajara al pueblo y le comprara una porción de marihuana.

Pacho no cumplió el encargo, pues sintió un enorme temor de comprar el alucinógeno, y más temor de transportarlo hasta su vereda. Guardaba entre su bolsillo el dinero del militar hasta cuando empezó a gastarlo. El suboficial lo buscó varias veces para reclamarle el dinero, ya fuera en San Lázaro o en el pueblo, y le mandaba razones con terceros: presiones todas inútiles pues el muchacho no tenía ingresos y no se atrevía a contarle a su padre lo sucedido. El hecho se volvió notorio entre los habitantes de San Lázaro y el lenguaje del uniformado era cada día más intimidatorio y amenazante para el menor.

Nadie se explica quién ni cómo informó a los paramilitares de la historia, aunque los concedores del hecho lo tienen bien claro por la tenebrosa relación que en ocasiones existió entre

algunos miembros de la fuerza pública y los irregulares. Las autodefensas decidieron oficiar de cobradores de la deuda entre el menor y los militares, sin obtener resultados positivos.

El domingo 28 de mayo de 2000, un comando ilegal le montó un operativo a Francisco “Pacho” Zapata en la carretera que de San Lázaro conduce al área urbana municipal. Afortunadamente para el menor, éste no bajó al pueblo ese día y la labor de mercar para su hogar y para el de sus padres, lo hizo su hermano mayor Aarón.

José Aarón se vino a pie de su vereda utilizando un camino de herradura que acorta las distancias y al llegar al sitio conocido como el puente de El Cerro, fue abordado por el comando destinado a asesinar a su hermano Pacho. Sin mediar palabras, el grupo cumplió su cometido y al momento de caer asesinado el joven padre, uno de los delincuentes dijo:

—Hombre. Nos equivocamos. Éste no es el man que estamos buscando. Este es un hermano de él.

El error lo reconocieron los irregulares en varios escenarios y ocasiones. Efectivamente acababa de perder la vida un hombre ajeno a los hechos y víctima de la irracional violencia que sobre la gente buena de la municipalidad se había desatado. Los padres de Pacho recogieron el cadáver de su hijo y tomaron medidas radicales para preservarle la vida al adolescente. Como pudieron, sacaron al muchacho de la región y lo enviaron a otro lugar del departamento.

22. Desplazados de Caráuta

El corregimiento de Caráuta es uno de los más importantes de Frontino y el único que no tiene carretera. Entre casi todas las familias habían formado un pequeño capital para auto sostenerse en medio de la selva. Mucha parte de su territorio

está situado en el Parque Nacional Las Orquídeas, o Reserva Forestal de Caráuta, creado por el gobierno nacional mediante las resoluciones números 071 de 1973 y 398 de 1975. El caserío Platanares sirve de cabecera al corregimiento. Para trasladarse de Frontino a Caráuta se va en carro hasta el sitio El Guayabo, y desde allí a cualquiera de las veredas o a la cabecera, se sigue a pie o en bestia. El principal renglón de su economía es la ganadería que permite vivir dignamente a las gentes de la región. Son tierras feraces pero aprovechadas escasamente en cultivos de subsistencia. A pesar de su cercanía con la región de Murri, la población indígena es más bien escasa. Hacen parte de Caráuta las veredas El Salado, Quiparadó, San Miguel, El Guayabo, Carautica, Perdices, Cerrazón, La Clara, Quiparadó, Chontaduro, y San Mateo entre otras.

Aunque la violencia paramilitar se había iniciado hacia el año de 1996, los habitantes de Caráuta habían permanecido alejados de ella. Las Farc mantuvieron secuestrada, por algunos días, a doña Adela Correa de Gaviria y se hablaba de que allí se resguardaban los integrantes del Frente 34 de las Farc.

En 1999 comenzaron los pobladores de Caráuta a sufrir el rigor de la guerra. El primer acto hostil de los paramilitares fue el robo de sesenta reses que los herederos del dirigente liberal de Caráuta, Tulio Nel Vargas, sacaban de ese corregimiento para vender en la plaza de ferias de Medellín. En el corregimiento de Musinga, paraje Visoco (Por la Virgen del Perpetuo Socorro), en Puente Roto, las autodefensas montaron un retén ilegal para quitarle a la familia parte de la riqueza que había dejado el jefe del hogar.

Días después fue asesinado John Darío Ferraro Gallo, de veinte años, a quien bajaron del carro tipo escalera, en el cual se movilizaba rumbo a Caráuta, por el sector conocido como El Cerro, suburbios del área urbana municipal. El campesino

apareció luego sin vida en el vecino municipio de Cañasgordas con visibles signos de tortura.

Quince días después los irregulares asesinaron a Román de Jesús Guisao Posada, de cuarenta años. Lo bajaron del carro de servicio público en el cual venía con familiares y amigos, el día veintiuno de septiembre de 1998, en las inmediaciones de la finca La Nivel, sobre la carretera que de Frontino conduce a Musinga y Nutibara.

Dos semanas después los mismos paramilitares le quitaron la vida a Héctor Jiménez Quintero, campesino carauateño de treinta y cinco años, que venía a vender un ganado de su propiedad en Medellín, acosado por la violencia que se había desatado contra los habitantes de su corregimiento. También lo esperaron en las corralejas de La Nivel y se apoderaron de sesenta reses que el campesino transportaba. Con mucho terror, pero con una gran dignidad, Héctor trató de defenderse de las armas asesinas con su propia mano. Inútil y desigual la confrontación, las balas paramilitares dieron al traste con una vida honrada dedicada al trabajo y a su familia. No todo el ganado que ese día le robaron a Héctor era de su propiedad. Había traído algunas reses de vecinos que quisieron aprovechar el carro contratado por Jiménez.

Por esos días la guerrilla había salido de la zona selvática de Caráuta a robar un ganado de raza en Musinga, que difícilmente se desplazaba por caminos agrestes y pantanosos. Por eso los guerrilleros lo entraron a descansar a la finca Perdices, de propiedad del campesino Rafael Ángel Quintero Borja, llamado cariñosamente Solongo. Ese hecho arbitrario de la guerrilla, que jamás contó con el beneplácito del dueño del predio, fue la condena a muerte de Quintero Borja el tres de julio de 1999. Fue una muerte anunciada: mucha gente en Frontino sabía que lo asesinarían por ser el dueño del terreno donde los guerrilleros habían puesto a descansar el ganado robado en Musinga.

Rafael siempre viajaba a la izquierda del conductor. Todos los transportadores de la región sabían del gusto de Rafael por esa posición en el carro. Ese día, como presintiendo algo, decidió viajar en un puesto trasero del vehículo y en compañía de su hermano Ricardo. Iniciaron el viaje tranquilamente, tanto que a pesar de lo temprano del día, decidieron destapar una botella de brandy. Al llegar al sitio denominado La Isla, a unos doscientos metros de Visoco, Ricardo vio las motos de los pararas y le dijo a Rafael:

—Quedémonos aquí, allá en Puente Roto veo a esos tipos, a los paramilitares

Su hermano Rafael le respondió inmediatamente, sin pensarlo:

—Nada debemos, nada debemos temer.

Y acto seguido se interrogó como queriendo justificar su respuesta: -¿Qué nos van a hacer?

Los primos, hermano y amigos de Rafael nada dijeron cuando en Puente Roto, al único que bajaron del carro fue a Rafael. Era claro: iban por él y por nadie más. El silencio de la familia era comprensible, el terror que infundía el paramilitarismo, sus armas asesinas, no daban a lugar a una reacción diferente. Rafael se apeó del carro tranquilamente, seguramente el licor ya le había hecho algún efecto.

El automotor partió al tiempo que se escucharon varios disparos. Todos pudieron ver la escena. Fueron nueve tiros, tres de ellos en la cara, uno de los cuales le destrozó su dentadura postiza. Rafael llevaba en sus zapatos la suma de un millón seiscientos mil pesos, los mismos que no aparecieron.

Mientras tanto, la familia del occiso que viajaba en el vehículo escalera rumbo a su vereda, encabezados por Ricardo, no supieron qué hacer. Dudaron entre devolverse y continuar el viaje. Ya hemos reseñado que el carretable a Caráuta no conduce sino hasta un paraje denominado El Guayabo, varios

quilómetros más arriba del lugar de los acontecimientos. Llegaron hasta ese lugar, con el único objetivo de salvar la vida. La escena era tétrica, triste. Impotentes, unos recios campesinos habían visto morir a uno de los suyos.

Durante las honras fúnebres, una de las hijas de Rafael Ángel, llamada Sandra Milena, que a la sazón tenía veintiún años, le preguntó a su tío Ricardo Quintero:

—Tío, ¿por qué mataron a mi papá?

—Lo mataron por trabajador y por buena gente —respondió el interrogado.

Como la respuesta fue en público, Ricardo tuvo inmediatamente que esconderse porque también había firmado, con su respuesta, su pena de muerte. En el lugar donde velaban los restos mortales de su hermano asesinado había una fuerte presencia paramilitar ¡Y eso que el velorio fue en el área urbana de Frontino!

Al día siguiente, Ricardo tuvo que buscar a los jefes paramilitares y arreglar con ellos de la única manera posible: entregarles dinero a cambio de salvar su vida.

Entre los paramilitares que estuvieron en los actos litúrgicos con motivo del sepelio de Rafael, cuentan que estaba un hombre conocido como Coparrota. ¿Con qué fin? ¿Escuchar? ¿Fingir que lloraban? ¿Desvirtuar la posibilidad de que los involucraran? ¡Quién lo supiera!

María Cecilia Sepúlveda, la esposa de Rafael era educadora, trabajaba en Santafé de Antioquia y vivía entre este municipio y Frontino. Ocho días antes de ser asesinado Rafael, éste le dijo:

—Mija, voy a Caráuta: regreso en ocho días y me salgo del todo. Yo no voy a volver. Esta gente (los paramilitares) me tienen muy presionado creyendo que yo ayudo a la guerrilla.

Fue su último viaje. Jamás regresó y su viuda duró pocos años: como otros protagonistas de esta triste historia, murió agobiada por el dolor y la desesperanza.

Unos dos meses después de la muerte de Rafael Quintero, a la población de Caráuta ya amedrentada con muertes, robos y persecuciones despiadadas, los paramilitares ingresaron, probablemente buscando el ganado fino robado por los guerrilleros, y como no lo encontraron porque no lo habían hurtado los campesinos, incendiaron el local de la Inspección de Policía, saquearon el puesto de salud, el pequeño templo que se había construido, una especie de casa Cural que servía de vivienda al sacerdote cuando iba a officiar la Santa Misa, y también la escuela veredal. Robaron ciento setenta reses de los herederos de Román de Jesús Guisao y de otros campesinos, entre ellos, José Irlán Montoya, Miro Bonolis y Darío Urrego. A su regreso del Corregimiento, los paramilitares robaron todo el ganado que encontraron en el camino.

Ricardo Quintero venía del paraje Quiparadó en un macho, y en Carautica se encontró con su hijo Arturo, que traía un ganado para vender en Frontino. En el paraje Morrón le quitaron su macho y a su hijo Arturo el ganado, y los pusieron a arriar el producto de ese y otros ilícitos. Antes de llegar a El Guayabo les ordenaron devolverse, sin que supieran que más adelante tenían otros campesinos retenidos.

En El Guayabo los paramilitares pararon el automotor que transportaba a los campesinos de Frontino a su vereda y los obligaron a identificarse. Todo el que tuviera el apellido Quintero fue aislado. Allí quedaron los primos Leonel Antonio, Unaldo Quintero Ramírez y Javier Quintero Castañeda, que fueron conducidos por un camino; mientras pasaban un puente, Leonel Antonio Quintero Ramírez se tiró al río que estaba muy crecido, le hicieron muchos disparos y logró salvarse escondiéndose entre unos matorrales. Cuando desde su escondite presenció, ya al alba del día siguiente, cómo subían el ganado robado a unos carros, emprendió la parte final de su huida por entre la selva.

A los otros dos les quitaron la vida, ya muy entrada la tarde. Leonel Antonio, el que salvó la vida, y Unaldo Quintero Ramírez, el asesinado, eran hijos de Ricardo, el mismo que había sido despojado de su macho, y eran a su vez hermanos de Arturo, a quien le habían robado el ganado que traía a vender a Frontino.

Total ensañamiento contra una familia que había logrado hacer un pequeño capital en medio del abandono estatal y la desprotección de las autoridades.

Todos estos acontecimientos contra la población de Caráuta terminaron en un éxodo de campesinos, que empezó el veinte de junio del año 2000. El sábado anterior el jefe paramilitar Conrado Pérez reunió a unos cinco o seis dirigentes carauteños, entre ellos Misael Montoya Castañeda, quienes habían salido ese día al mercado y les notificó:

—Ustedes son auxiliadores de la guerrilla. Muchos de ustedes son guerrilleros, tienen plazo hasta el próximo jueves para abandonar a Caráuta y las veredas de Quiparadó, Perdices, San Miguel, Carautica, El Salado y los lugares vecinos. Ese jueves vamos a entrar a toda la región y si encontramos a alguno, lo pelamos. Muchos de ustedes son responsables de lo que nos acaba de suceder en Nutibara.

Se refería al hecho de que días antes, algunos paramilitares habían sido emboscados y asesinados cuando ingresaban al corregimiento de Nutibara.

Triste espectáculo el desplazamiento: dejaban sus escasos corotos y salían en grupos de tres o cuatro familias, unos a pie y otros a lomo de caballo o mula. Caminaban día y noche entre angustias y presiones insoportables.

A Laura Borja de Quintero, de noventa años, le habían preparado una silleta para llevarla, y se la midieron la noche anterior. Luego le pidieron que se acostara a descansar, que a las tres de la mañana saldrían para el pueblo a cumplir la orden

paramilitar. Esa noche murió. La tuvieron que enterrar a medias en el mismo lugar, junto con un hermano suyo que también murió al ser notificado de que debía abandonar el lugar.

Se calcula que entre adultos y menores, la población desplazada fue de casi setecientas personas. Se hospedaron en la cabecera municipal, en escuelas, colegios y en la plaza de mercado. Algunos se hospedaron en casas de familiares.

El poco ganado que pudieron sacar, arriado, se los robaron igual que el que dejaron en sus parcelas. Suponen los carauteños que fue igualmente robado por los mismos paramilitares. En la pobreza absoluta quedó esta población.

Simeón Castañeda, uno de los desplazados, tuvo que dejar sus siete cerdos. Un habitante de una vereda lejana de Caráuta vino a recoger sus pertenencias y por allí derecho arrió con sus siete animalitos. La ley del más fuerte, la ley de la selva.

El desplazamiento entre Caráuta y Frontino duró hasta tres días para los que venían a pie. Algunos tuvieron que dejar los caballos cansados a mitad de camino, pues no podían esperar a que se refrescaran por temor de que se venciera el plazo fatídico que el jefe paramilitar, Conrado Pérez, les había dado.

El último grupo llegó a Frontino en unas circunstancias inhumanas y dolorosas. Cerca de veinte personas llegaron de noche, la mayoría menores de edad y niños, con la ropa raída, empapados hasta los tuétanos, consumidos por el hambre y la fatiga. Nadie los quería recibir pues los albergues estaban hasta el tope. Una buena mujer, también desplazada pero con algún liderazgo en la comunidad, tuvo el arrojo de visitar el poco comercio que estaba abierto a esas horas y a algunas familias caritativas que entregaron cobijas para proteger a los últimos visitantes. Las víctimas de este atroz crimen cuentan que la única respuesta indiferente que encontraron cuando llegó el último grupo fue la del Personero Municipal. Triste realidad de funcionarios cómplices o atemorizados.

Lo poco que trajeron se lo quitaron. A los albergues bajo el cuidado humanitario de la Cruz Roja Internacional iban pocas personas. Mientras los desplazados permanecieron en el área urbana de Frontino, cinco de ellos fueron asesinados por los paramilitares, algunos señalados de guerrilleros y otros de estar hablando más de la cuenta.

Algunos de los desplazados visitaron al alcalde de la localidad y le manifestaron:

–Alcalde, ayúdenos. No nos explicamos qué hacemos aquí.

–Lo mismo me pregunto yo –contestó. ¿Qué hacen ustedes aquí?

La administración municipal ayudó con mercados y la Cooperativa Colanta con leche. En el parque de Frontino muchos desplazados vendían sus gallinitas. Otros tuvieron que pagar cocheras para tener sus marranos, o venderlos a menosprecio.

A Conrado Pérez lo vieron todos los desplazados pasearse por el pueblo como Pedro por su casa. Al cabo de quince días los jefes paramilitares citaron a los más reconocidos líderes del grupo de campesinos a una finca suburbana conocida como La Represa y allí les notificaron:

–Soy Fredy y estoy al mando de la organización a partir de hoy. Les tengo la buena nueva de que pueden regresar a sus parcelas. Eso sí, quien continúe apoyando a los guerrilleros o llevándoles comida ya saben a qué se atienen.

Algo pasó en la organización paramilitar, pero el nefasto Conrado Pérez fue relevado del mando y en su remplazo llegó alias Fredy.

Algunos regresaron a sus parcelas, otros buscaron oportunidades en veredas de Frontino y, finalmente, otros viajaron a Medellín o a otros municipios, especialmente de Urabá. Pero todos estaban llenos de hastío y de miedo.

Amando de Jesús Montoya Castañeda, un campesino cauateño de sesenta años, no soportó la tristeza y la angustia

de haber abandonado lo que tanto quería. Se aburrió de vivir. Murió cualquiera de esos fatídicos dieciocho días, cuando lo trasladaban a Medellín buscando el recurso médico adecuado. Se les olvidó que la tristeza y el dolor no tienen cura conocida, son el cáncer del alma. Su ganado, trece animales que quedaron en la finca también se lo robaron.

El regreso a Caráuta fue tan triste como el desplazamiento. No hubo transporte, la gente tuvo que buscar sus propios medios. Pero lo más doloroso fue llegar a unas parcelas donde no encontraron absolutamente nada, fuera de algunas aves de corral que habían logrado subsistir. Todas las familias, incluso las más pudientes, recomenzaron sus vidas a partir de nada, desde cero.

Hoy recuerdan con lágrimas los habitantes de Caráuta tantas horribles experiencias padecidas, entre ellas la imagen de los verdugos paramilitares que actuaban como los dueños del pueblo: Cuando moría alguno de sus compinches, bebían en las cantinas y heladerías en sepelios ruidosos, llorando canciones como una de Luis Miguel Fuentes titulada “No me llores”, entonadas a grito partido:

—“Para qué me lloras si voy a estar muerto allá en el cementerio / No me vayan a llorar, no me vayan a llorar. / Cuando yo muera no quiero que lloren, / no quiero ver que ninguno derrame ni una sola lágrima por mí”.

La región aún no se ha podido reponer del terrible castigo que sufrió durante los años fatídicos de los asesinatos y de la violencia paramilitar. Muchos no quisieron regresar y prefirieron engrosar cinturones de miseria en pueblos y ciudades. La tragedia marcó horriblemente a un pueblo trabajador y bueno.

23. Paramilitares masacrados

Luego de la cruenta toma guerrillera a Nutibara, el veintiocho de diciembre de 1998, por parte del Frente 34 de las Farc, el Estado abandonó por completo la región. Retiró la policía y ocasionalmente llegaban tropas del Batallón Girardot que no permanecían más de cuatro horas en ese territorio. Se volvió costumbre que los días lunes, casi en forma alternada, llegaban al lugar grupos de paramilitares a asesinar campesinos y a vacunar a los pocos comerciantes que quedaban; y guerrilleros que saqueaban el comercio y también exigían dinero a algunos de los habitantes del Corregimiento.

Era la época de los diálogos en el Caguán, zona que el Estado había entregado al grupo guerrillero de las Farc como área de distensión. También Nutibara fue en la práctica un escenario libre para que guerrilla y paramilitares ejercieran un poder que debió hacer respetar el gobierno de turno. No fue así. Una sed de venganza se apoderó de los jóvenes víctimas de la violencia, que vieron caer a sus mayores a manos de subversivos o de paras. Las dos fuerzas irregulares se fueron nutriendo de muchachos cuyo único objetivo era vengar con creces la muerte de los suyos.

El lunes doce de junio del año 2000, a las ocho de la noche, un comando guerrillero, aparentemente pequeño, ingresó al caserío y como ya era su costumbre, se dedicaron a saquear el comercio con su proverbial perversidad: lo que no se pudieron llevar, lo destruyeron. En algunos casos revolvieron alimentos como el frijol, el maíz, el arroz y la harina para envenenarlos de modo que nadie pudiera consumirlos. Cerca al corregimiento había un comando paramilitar integrado por unas quince personas que reaccionaron disparando contra los invasores para tratar de amedrentarlos y pidieron refuerzos a sus comandantes en Frontino. Esta comunicación fue interceptada por los guerrilleros quienes fingieron una retirada.

Enterados los jefes paramilitares de la presencia guerrillera en Nutibara, reunieron su tropa y buscaron transporte. Ante la negativa de varios conductores, obligaron a dos de ellos a llevarlos al lugar de la confrontación. Al llegar al sitio conocido como Nobogacita, a eso de las once de la noche, se encontraron con una quebrada desbordada, que hacía días se había llevado el puente que permitía el paso. No les quedó más camino que atravesar el río a pie, salvando múltiples dificultades. Pocos metros más allá de la quebrada que acababan de pasar encontraron un pequeño camión en el patio de una casa campesina. Al propietario del vehículo, a pesar de lágrimas y protestas de sus familiares, también lo obligaron a arrimar la tropa de ilegales hasta Nutibara.

A menos de un quilómetro del lugar de la escaramuza del día anterior, antes del amanecer del trece de junio, Luis Carlos Jiménez Salgado (a. Médico), comandante de los paramilitares, ordenó al conductor:

—Apague las luces. Merme la velocidad y pare allá cerca de ese árbol.

—¡Todos a tierra! Ordenó a la tropa; luego mandó al conductor: Devuélvase para su casa con las luces apagadas hasta donde pueda. Nosotros seguimos a pie.

No había recorrido el vehículo cuatrocientos metros de regreso a su casa, cuando se escuchó una terrible balacera. El conductor aceleró y se alejó del lugar donde los paramilitares habían sido emboscados.

Quedaron trece personas masacradas que no tuvieron la ocasión de defenderse, cuyas armas y pertenencias pasaron a poder de la subversión. Sus cuerpos quedaron destrozados e irreconocibles, entre la vía y los cultivos de caña de azúcar que había a ambos lados de la misma. Algunos, muy pocos, lograron huir heridos y salvar sus vidas.

Las catorce víctimas de este episodio fueron José Otoniel López Vega, Eustacio Alfonso Escobar Barrera, Nelson Enrique Guzmán Aldana (a. Celsa), Uriel Antonio Roldán Caro (a. Káiser), Javier Escudero López, Anuar Enrique Gamarra Tolosa (a. Piterson o el Guajiro), Rafael Uribe Gómez, Luis Eduardo Gómez Guerra (a. Cucaracho), Rafael Ángel Marín Arboleda, Luis Carlos Jiménez Salgado (a. Médico), Eidert Jaramillo Martínez, Benicio de Jesús Arenas Vásquez, Edwin Antonio Calle (a. Gambeta) y John Jairo Medina Valderrama.

Los cuerpos sin vida fueron recogidos cuando las Farc se retiraron y antes de llevarlos a la morgue del hospital les quitaron los uniformes en una finca en las inmediaciones de la cabecera municipal, de la cual se habían apoderado los paramilitares. Seguramente lo hicieron para hacer aparecer la masacre como perpetrada contra inocentes campesinos, no de otra manera se justifica recuperar unas prendas militares que habían quedado destrozadas por las balas.

Al Hospital habían llegado a primeras horas de ese trágico día cuatro o cinco heridos. Los paramilitares se tomaron el centro médico y ordenaron su cierre. La fuerza pública y las autoridades judiciales, incluyendo el CTI, se tuvieron que quedar en los alrededores. Los ilegales actuaban desafiantemente y dominaban el lugar. Realizadas las curaciones y las atenciones médicas de urgencia, el jefe de las autodefensas en el lugar, Conrado Pérez (a. El Tuerto) tomó la decisión de llevarse a los heridos, supuestamente a la misma finca donde más tarde retiraron los uniformes a los muertos. Después de atendidos los heridos que salieron del Hospital, llegaron con los catorce cuerpos de los paramilitares caídos ese día. Más tarde llegaron con la víctima número quince de la jornada, el joven Joaquín Arango.

La llegada del cortejo a la morgue del Hospital de Frontino, ya en las horas de la tarde, se hizo en medio de una gran ten-

sión dentro de la población y en el centro hospitalario. Para la necropsia se presentaron muchas dificultades por la carencia de capacidad locativa y médica especializada. En dos mesas existentes, en el suelo y aun en la grama de las afueras de la morgue pusieron los cadáveres para ir realizando la diligencia. El centro hospitalario había colapsado desde ese día por la mañana, cuando empezaron a llegar los heridos de la emboscada.

El reconocimiento de cadáveres por familiares y amigos fue una penosa diligencia que tardó varias horas. Entre los muertos había algunos padres de familia y jóvenes que recientemente habían ingresado al paramilitarismo, seguramente atraídos por la sed de venganza, por la necesidad económica o por mero esnobismo, la mayoría inexpertos en el manejo de armas y situaciones de guerra. Fue este el más duro golpe que las Farc le propinaron a los paramilitares en Frontino.

El joven Nelson Enrique Guzmán Aldana, alias Celsa, logró huir herido del lugar de la emboscada por entre unos cultivos de caña de azúcar. Los guerrilleros le dispararon muchas ráfagas, pero la obscuridad que todavía existía le ayudó a Nelson Enrique a huir hasta un trapiche cercano donde a esas horas seguían produciendo panela. Se refugió en una bagacera y con bagazo seco se tapó para no ser visto. Los subversivos lo siguieron y preguntaron por él con amenazas de incendiar el trapiche. El paramilitar no resistió el dolor de sus heridas y lanzó un fuerte quejido que lo delató, pero además lo invadió una terrible sed por deshidratación y pérdida de sangre.

Muy mal herido, el paramilitar fue llevado por sus captores al lugar conocido en los trapiches como el “gaveteadero”, donde están las pailas hirvientes con guarapo, que por ebullición se va convirtiendo en miel para luego moldear la panela. La víctima del momento pedía clemencia a gritos y respeto por

su vida sin poder soportar el inmenso dolor que sus heridas le producían y la ardiente sed. Los guerrilleros sacaron miel hirviendo de las pailas y la vertían en la boca del joven, para que calmara su sed. ¡El colmo de la crueldad!

Y con más miel humeante le quemaban todo el cuerpo. Su horrible agonía duró unos diez minutos, reclamando agua y siempre obteniendo como respuesta más miel hirviendo arrojada por sus asesinos, acompañada de insultos. A los estupefactos campesinos que presenciaban tan brutal proceder los intimidaron por largo rato tratándolos de alcahuetas y auxiliares de los paramilitares. Terminada tan espeluznante escena, los integrantes del Frente 34 de las Farc dejaron el cuerpo sin vida de Nelson y se fueron a buscar a sus compañeros. La violencia es así: no hubo piedad con el vencido, como él y sus compinches no la tuvieron con sus víctimas inocentes. La brutalidad de la guerra llega a veces a excesos insospechados para seres humanos que se suponen dotados de inteligencia y sensibilidad moral.

La terrible balacera en cercanías de Nutibara esa madrugada del trece de junio, obligó a los habitantes del lugar a quedarse en casa o a esconderse en bosques o sembrados cercanos. Después de los rápidos hechos, un denso y prolongado silencio cubrió el caserío, lo que aprovecharon dos jóvenes curiosos para salir a indagar por el origen de tantos disparos. Joaquín Arango López, llamado cariñosamente Quijada, y su cuñado José de Los Santos Góez Marín, llegaron a una de las esquinas del parque caminando con sigilo y miedo. Desde allí vieron dos subversivos fuertemente armados que caminaban hacia ellos y los jóvenes se asustaron todavía más de lo que estaban, por lo que salieron en veloz carrera. Los dos guerrilleros los siguieron al tiempo que les disparaban. La mala suerte la corrió el joven Joaquín Arango quien, herido, siguió corriendo hasta

entrar por el solar al centro de salud del lugar y buscar refugio en el sótano. Hasta el sitio llegaron los insurgentes quienes rápidamente comprendieron que eran dos civiles que nada tenían que ver en el conflicto.

Después de ordenarle a los dos parroquianos que abandonaran el escondite notaron que Joaquín Arango estaba muy herido, agonizando en el piso. Entonces a sangre fría lo remataron a bala.

Las versiones populares indican que más de ciento cincuenta subversivos del Frente 34 de las Farc participaron en estos acontecimientos, dirigidos por el comandante del Frente Luis Carlos Úsuga Restrepo, alias Isaías Trujillo, quien tenía en su staff a alias Gonzalo, dado de baja por el ejército nacional en mayo de 2009, y a José Ignacio Sánchez Ramírez, alias Melkin.

Así registraron algunos medios de comunicación la información de los hechos y la transcribo únicamente para que el lector perciba cómo desinforman algunos de los más serios y reputados medios:

La Cadena Radial Colombiana – Caracol dijo:

—“Las Farc cometieron una nueva masacre en Nutibara, corregimiento de Frontino, en el occidente de Antioquia, donde asesinaron a once personas, entre hombres y mujeres, y dejaron mal heridas a otras quince, ocho de las cuales fueron internadas en el hospital de la cabecera municipal. La administración de Frontino informó que guerrilleros del Frente 34 de las Farc ingresaron a la medianoche a ese corregimiento, atacaron a tiros de fusil a los campesinos, y además procedieron al saqueo de las fincas y trapiches paneleros de esa zona, en la que no existe desde hace varios meses, ningún tipo de vigilancia o control policial ni militar. El alcalde Félix Alfázar González explicó que, hasta el momento, no se ha precisado un balance definitivo de lo acontecido, y según algunas ver-

siones de los campesinos, las víctimas fatales podrían ser más de las once confirmadas por sus parientes y por los heridos”³⁴.

Por su parte el periódico *El Tiempo*, afirmó:

—“A las 8:15 de la noche del lunes (doce de junio), las Farc entraron disparando al corregimiento de Nutibara, de Frontino. Hacía dos días, un comando de autodefensas había advertido a los habitantes que tenían que abandonar sus casas. Después que esa amenaza recorrió viviendas, calles y veredas, guerrilleros de los frentes 34, 5 y 58 aparecieron en el caso urbano del poblado, localizado a treinta minutos de la cabecera de Frontino, pero su orden era que nadie podía salir. De inmediato comenzaron a disparar. Los tiros de fusil atemorizaron a los habitantes que se refugiaron en el interior de sus viviendas y entonces los subversivos se dedicaron a saquear los establecimientos que surten de víveres a la población. Los subversivos cargaron las provisiones en varias mulas y dos tractores. Posteriormente, los guerrilleros, cuyo número no fue establecido por los habitantes, que no se quisieron asomar, iniciaron un recorrido por las fincas aledañas, ante la total ausencia de autoridad y sacaron de sus casas a varias personas. Unos catorce cadáveres fueron arrojados por los guerrilleros en el camino [...] Los habitantes del poblado aseguran que algunos de los muertos estaban uniformados con prendas de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (Accu), pero estas versiones no fueron confirmadas por las autoridades”³⁵.

³⁴ Cadena Radial Colombiana –Caracol– Catorce muertos en Frontino, Antioquia. 13 de junio de 2000. . <http://www.caracol.com.co/noticias/judiciales/catorce-muertos-en-frontino-antioquia/20000613/nota/74796.aspx>

³⁵ Periódico *El Tiempo*. Bogotá. Cierre de la vía al mar se convirtió en paro cívico. 23 de junio de 2000. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1246693>

Como epílogo de este episodio, los paramilitares organizaron un paro cívico con personas de Nutibara y veredas aledañas para exigir la presencia de la fuerza pública en el corregimiento. El periódico *El Tiempo* del día veintitrés de junio de 2000 registró así la información:

—“Lo que se inició como una pequeña protesta para exigir mayor seguridad en la región de Frontino, se convirtió de la noche a la mañana en un paro cívico, con la llegada de más de dos mil quinientos campesinos de varios corregimientos del occidente antioqueño. Los manifestantes señalaron que no desbloquearán la carretera a Urabá hasta tanto el Ejército y la Policía hagan presencia en varias zonas del departamento. Tras el ataque de las Farc al corregimiento de Nutibara, de Frontino, el pasado 12 de junio, cuando fueron asesinadas quince personas y saqueados los establecimientos comerciales, sus habitantes se desplazaron hacia el casco urbano y desde la tarde del miércoles se tomaron la vía que une a Medellín con la zona de Urabá”³⁶.

24. Conrado Pérez Rivera (A. El Tuerto)

Otra historia de golpes de la guerrilla a los paramilitares, incluyendo la muerte de uno de sus comandantes más sanguinarios, fue la ocurrida el dieciocho de noviembre de 2000 en Asidó, vereda del corregimiento de Chontaduro, la cuna de Conrado e Hilario Pérez Rivera (alias El Tuerto y alias Cobra, respectivamente), el primero de ellos un sanguinario comandante de la tropa paramilitar por un buen tiempo. Fue una ocupación que se atribuye a los frentes 5º y 34 de las Farc. Lo

³⁶ Periódico *El Tiempo*. Bogotá. Ídem. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1246693>

cierto es que la movilización de tropas irregulares fue muy grande y muy notoria en todas las zonas vecinas.

Ya se ha dicho que Conrado Pérez fue militante, con otros tres hermanos, del Ejército Popular de Liberación; que fue, en esas filas, un importante comandante, y que el grupo del que hacía parte secuestró a doña Adela Correa de Gaviria, la esposa de Guillermo Gaviria Echeverri y madre de Guillermo y Aníbal Gaviria Correa, quienes años después fueron gobernadores de Antioquia, este último también alcalde de Medellín. Después de la desmovilización del EPL, Conrado estuvo también al servicio de los paramilitares desde que se instalaron en Frontino, primero como guía de la tropa, luego como instructor de la población civil en el manejo de armas y, finalmente, a la muerte de Edwin Álvarez Cano, alias Pelusa, fue designado como su reemplazo por el comandante supremo del Bloque en esta región, Mateo Rey. Fueron pues cinco años de permanente presencia en la zona de este personaje, con su siniestra herencia de sangre y desolación.

Conrado había tenido dos compañeras permanentes con quienes procreó cuatro hijos, dos con cada una. Frisaba los treinta y ocho años de edad y desde meses antes se había enamorado locamente de una joven mujer que luego sería asesinada por la misma organización criminal a la que sirvió su amante. Su nueva compañera se volvió dominante y caprichosa y sus órdenes eran rigurosamente cumplidas no solo por Conrado sino por la tropa que tenía a cargo. La parte administrativa de los paramilitares fue paulatinamente pasando a manos de la joven mujer y eso fue mortificando a los ejércitos de la muerte. Con el tiempo llegó el que sería posterior relevo de Conrado, Javier Ocaris Correa Alzate, alias Fredy, quien paulatinamente se fue enterando del manejo de la tropa y conociendo el terreno. El error táctico que condujo a los catorce muertos en la emboscada de las Farc en Nutibara, y el éxodo

campesino de Caráuta, unido a su tormentosa relación amorosa, llevaron a que cualquier día Conrado Pérez, alias El Tuerto, fuera citado a la finca El Limo (paraje de Nore), donde Mateo Rey le notificó con claridad:

—Conrado, a partir de la fecha usted deja el mando de las autodefensas y pasa a retiro definitivo. Le dejamos el carrito Turbo y el campero Samurai que usted maneja. Le ordenamos mantenerse alejado de la tropa ya que el mando de ésta queda, desde este instante, en manos de Fredy (Javier Ocaris Correa Alzate).

Alias El Tuerto escuchó en silencio las órdenes de su comandante superior, quien estaba rodeado de los más importantes cuadros de la organización criminal.

—Puede retirarse— notificó Mateo Rey, con su frialdad característica, a Pérez, quien en el acto abandonó el lugar de la escena.

El Tuerto regresó a la finca que en Chontaduro les había entregado el gobierno a los reinsertados del EPL, con el fin de ponerse al frente de sus negocios lícitos, lleno de un gran temor por su vida. Entendió que quedaba expuesto a tres fuerzas que querían tomar venganza: sus ex compañeros de las autodefensas, la guerrilla de las Farc, y las familias del cúmulo de víctimas que había dejado en sus cinco años de paramilitarismo y en sus muchos años de subversión.

Pasados ocho días de su nueva vida, El Tuerto salió al pueblo con el fin de adelantar su nuevo negocio de panela. En el lugar donde se hospedó, y en las horas de la mañana, para no despertar sospecha, lo abordó un antiguo compañero quien llegó bordeando muchos escondites y caminos impensables. En la breve visita le comentó:

—Te van a matar. Mateo Rey le ordenó a alias Memín que te sacaran del medio. El día convenido es hoy en la noche.

El visitante le indicó a Conrado Pérez los nombres de los paramilitares escogidos para cumplir la misión y se retiró tan subrepticamente como había llegado.

Consiguió prestados seiscientos mil pesos con una amiga, y como pudo, utilizando caminos de herradura, salió del pueblo, hasta llegar a la carretera que de Turbo conduce a Medellín. Allí abordó un bus de transporte público y aprovechó una de las paradas rutinarias para alejarse y llamar a su compañero de fechorías, Alcides de Jesús Durango, alias René, comandante de las autodefensas en el suroeste antioqueño, a quien le contó su dramática situación. René le dijo que se escondiera en Santafé de Antioquia y se comprometió a enviar por él en un vehículo de su propiedad.

Efectivamente, alias René le cumplió y lo recibió amistosamente en algún lugar del corregimiento de Bolombolo. Concretamente le notificó:

—Conrado, no te puedo vincular a ninguna de las estructuras que tengo en esta región. Sería mi perdición con los jefes. No quiero problemas con ese man de Mateo, que es muy poderoso en la organización, ni tampoco con Memín. Pero quédate aquí mientras pensamos qué hacer.

Pocos días después, alias René le propuso a Conrado:

—Estoy montando en La Sierra, Magdalena Medio, un grupo nuevo. Dirígelo y organízalo, que a lo mejor eso te vuelva a parar con los jefes.

Pérez viajó a La Sierra en compañía de su nuevo y juvenil amor, y se hizo cargo del nuevo grupo. Allí duró dos meses aburridores y decidieron regresar a Frontino, corriendo todos los riesgos. Llamó a un conductor de servicio público, para que lo transportara del Magdalena Medio a Frontino. Durante el recorrido el vehículo es parado en un retén del ejército y sometido a una rigurosa requisa, en la que encontraron varias armas de propiedad de Conrado. En una transacción entre las

autoridades, El Tuerto, el inocente conductor, y seguramente alias René, el dueño del vehículo y conductor del mismo, se hizo responsable de las armas, de tal manera que El Tuerto y su compañera pudieron regresar a su pueblo y el transportador fue a la cárcel por más de cinco meses.

Cuando Conrado regresó a Frontino ya su hermano Hilario Pérez, alias Cobra, era el segundo al mando de las autodefensas y eso lo tranquilizó. Seguramente este mismo argumento pesó mucho al momento de decidir el regreso a Asidó.

Frente a su nueva realidad, y pensando en que ya era una persona con treinta y ocho años cumplidos y con cuatro hijos para sostener, resolvió definitivamente dedicarse a su hacienda en Asidó (Chontaduro).

El dieciséis de noviembre del año 2000 comenzó una gran movilización de guerrilleros por los cuatro costados de las veredas vecinas de Asidó. Eran los frentes 5º y 34 de las Farc, que rigurosamente uniformados y bien armados empezaron a cercar a Conrado Pérez en su hacienda panelera. El día diecisiete la movilización se intensificó y todos las vías de escape quedaron cubiertas. Calculan los habitantes de la vereda que eran más de mil subversivos los que ejecutaron la acción, al mando de Isaías Trujillo (Luis Carlos Úsuga Restrepo), el propio comandante del Frente 34 de las Farc.

Al amanecer del 18 de noviembre las Farc ejecutaron el asalto final. Llegaron a Asidó cerca de doscientos hombres que rodearon todas las viviendas del lugar y el trapiche panelero perteneciente a la finca de Pérez. Su labor fue sincronizada y meticulosamente planificada. Los grupos de asalto tenían comunicación por radio con el comandante de la operación. Primero aseguraron el área y luego, cuando eran las cuatro de la mañana, ordenaron a los habitantes de todas las viviendas:

—Somos el Frente 34 de las Farc y todos tienen que salir inmediatamente de las casas con las manos en alto. Están totalmente rodeados.

En algunas viviendas la voz de mando estuvo acompañada de insultos y señalamientos de paramilitares a los campesinos. Cuando la gente salió, algunos de los subversivos procedieron a requisar las viviendas. Terminada la labor de requisar y de identificación de las personas se impartió otra orden:

-¡Perros paracos! Nos tienen que informar para quiénes trabajan. Esto aquí es una base del paramilitarismo y nos la van a pagar todos los alchuetes que encontremos. Las mujeres tienen cinco minutos para abandonar la vereda y perderse de aquí bien lejos. No las queremos volver a ver por esta región nunca más. La que vuelva ya sabe lo que le pasa con nosotros. Los hombres nos acompañan a la cancha y ninguno se haga el bobo porque es hombre muerto.

Sobrecogedora fue la escena de las mujeres tratando de sacar algunos bienes y prendas de sus casas para poder abandonar el lugar antes de los cinco minutos que les habían dado. Entre sollozos y gritos lastimeros todas emprendieron el desarraigo, que aún hoy persiste para muchas familias.

En todas las viviendas, menos en una, las mujeres tuvieron la libertad de abandonar el lugar. En la casa de Dora Alicia Pérez Rivera, quien contaba con veintiocho años de edad, hermana de Conrado y también ex guerrillera del EPL, la historia fue distinta. Los asaltantes le amarraron las manos mientras se resistía con la ayuda de sus dos hijitos, Daniela de ocho años y Álvaro de diez. El forcejeo fue impresionante, los niños lloraban y gritaban aferrados a la ropa de su madre y Alicia insultaba a los guerrilleros con valor y osadía. Los guerrilleros optaron por golpear a la mujer, llegando inclusive a romperle los labios para poder someterla. Finalmente, se impuso la fuerza bruta y Alicia se despidió de sus hijitos y le rogó a una vecina que se los llevara con ella.

Las comisiones de asalto a las siete viviendas de la vereda Asidó se dividieron: Un grupo condujo a los hombres de cada

vivienda hasta la cancha de basquetbol; otro grupo pequeño le prendió fuego a casi todas las casas, y el tercero mató a tiros los cerdos, para cargar luego con las bestias y recoger los animales domésticos. Regresaron todos con setenta y cinco reses, sesenta y siete equinos, y un número grande de cerdos y gallinas.

La vecina de Dora Alicia Pérez se había ido con Daniela y Álvaro a buscar ropa para la marcha pero no pudo sacarla porque la vivienda ya ardía; y al regresar a la suya con el mismo objeto, tampoco pudo porque también era presa de las llamas.

Conrado Pérez, alias El Tuerto, también vivía su propio calvario. Advertido de los movimientos de las Farc, no creyó o tuvo un exceso de confianza. Había logrado alertar a su hermano Hilario, alias Cobra, quien con pocos hombres se situó a una media hora del lugar donde vivía. En las primeras horas del asalto, Conrado mismo pudo percibir la enorme movilización que se realizaba. Durante toda la madrugada de ese dieciocho de noviembre Conrado pensó en muchas salidas, intentó múltiples movimientos utilizando los techos, pero cada vez se cerraba el cerco sobre su vivienda. Cuando fue conminado a salir de la misma, el paramilitar se resistió; los subversivos empezaron a tumbar la puerta. Ante la inminente toma de su casa, Pérez trató de huir por la parte trasera removiendo algunas tejas del techo. Al saltar sobre un escarpado donde se encontraba su vehículo Turbo, hizo un disparo con su arma corta, pretendiendo cubrir su salto. Los subversivos lo recibieron con una ráfaga que le destrozó el pecho: al caer a tierra, ya Conrado era hombre muerto.

Con los primeros rayos de luz, los guerrilleros confirmaron que era Conrado Pérez, alias El Tuerto. Todos los radios replicaron la noticia del éxito del operativo.

Cerca de la cancha de basquetbol y del trapiche de propiedad de los reinsertados del EPL que comandaba Conrado, había una pila de madera seca para ser utilizada en las mo-

liendas paneleras para prender los hornos: sobre ella pusieron el cadáver del paramilitar y utilizando bagazo del trapiche le prendieron fuego. Quedó apenas una parte del tronco de la víctima para darle sepultura.

Mientras tenía lugar la venganza sobre el cadáver de El Tuerto, el grupo de las Farc ubicado en la cancha era controlado por Isaías Trujillo, acompañado de un encapuchado que exhibía una mano dañada. Por instrucciones de Trujillo, este extraño personaje fue el encargado de dar el veredicto posterior a la identificación de todos los hombres reunidos en el lugar:

—En la cancha solamente se quedan los hermanos Óscar Darío y John Jairo Amaya, José Heriberto y Dora Alicia Pérez Rivera, más Albeiro Antonio Rincón Moreno. Los demás se pierden de aquí inmediatamente y les queda prohibido volver a pisar estas tierras. Ya vieron de lo que somos capaces de hacer —gritó el orador entre oprobiosos insultos.

Los liberados huyeron despavoridos buscando salvar sus vidas. Sabían del trapiche y sus viviendas quemadas, y sus pocos animales robados.

Sin fórmula de juicio, los cinco excluidos del grupo fueron fusilados a las siete y media de la mañana. Sus cadáveres permanecieron todo el día en el lugar de los hechos. Nadie hizo el levantamiento de los mismos. Terminando la tarde, un alma caritativa venida de Frontino recogió los cuerpos y los llevó a la morgue municipal.

El peregrinaje que iniciaron mujeres y hombres de Asidó fue inhumano. Con poca ropa, algunos sin zapatos y todos con el corazón arrugado por lo que acababan de presenciar, llegaron caminando hasta la vecina Chontaduro. Allí pudieron abordar algunos vehículos, y en un número cercano a noventa personas, pertenecientes a diecinueve familias partieron rumbo a Frontino, adonde llegaron a las once y treinta minutos

de la mañana. La administración municipal los albergó en un edificio de su propiedad. Allí vivieron cerca de tres meses, ayudados por la caridad pública y la ayuda de la municipalidad.

Daniela y Álvaro, los hijos de Alicia Pérez, son hoy adultos; la primera es mujer realizada y ejemplarmente superada. Álvaro llevará por toda su vida las secuelas terribles de un amanecer violento y sanguinario.

Este relato nos deja frente a la terrible comprobación de que la violencia lo único que genera es más violencia.

25. Un “curita” NN

Hacia poco había llegado a la comarca un extraño hombre que no pasaba de treinta años, tez morena, contextura menuda y estatura mediana. Nunca se supo su nombre, aunque rápidamente todos los lugareños le dieron el bautismo propio de su indumentaria: El Curita. Vestía una raída y mugrosa sotana blanca que resaltaba su figura desordenada. Permanentemente cargaba un libro con apariencia de biblia. Con frecuencia entraba al templo parroquial, hoy Basílica Menor, y con piedad y recogimiento se abstraía del mundo por un rato.

Algunos lo tomaron por un “pobre loquito que llegó de cualquier parte a buscar su *modus vivendi* aquí”; para otros era “un personaje extraño que vino a hacer inteligencia frente a tantos asesinatos que están sucediendo en este pueblo y la mejor manera de pasar desapercibido fue ponerse esa sotana y fingir que era un sacerdote”.

Dicen en Frontino que en la última etapa de su viaje, El Curita llegó a pie desde Dabeiba, pasando por Nutibara para establecerse finalmente en Frontino.

El abogado Germán Ceballos acababa de ser nombrado Fiscal Seccional para cumplir unas vacaciones del titular. Germán, antes había sido Juez Penal Municipal.

El doce de enero de 2001, a las siete de la mañana, el fiscal Ceballos compartía un café con algunos contertulios de la rama judicial. Desde el lugar que ocupaba pudo ver un curita de sotana blanca que salía de la Basílica y caminaba por el centro del parque principal rumbo al lugar que el jurista ocupaba; un joven se le arrimó y trató de cogerlo del antebrazo, pero el falso sacerdote le hizo repulsa para salir corriendo. Desde antes de entrar al templo lo venían siguiendo dos grupos de hombres armados, en una operación comando bien sincronizada: uno se situó en una esquina del parque principal, frente a la Alcaldía Municipal y a diez metros del Comando de la Policía, y el otro, en el mismo parque, esquina diagonal a la Alcaldía. El lugar donde tomaba café el Fiscal hacía el triángulo con la ubicación de los grupos irregulares. El Curita corrió por la calle principal del poblado, pasando cerca del doctor Ceballos. Los dos grupos también lo hicieron, detrás del personaje. Otros esperaban montados en el carro “Caminito al Cielo”, en el que lo subieron después de alcanzarlo dos cuadras abajo del parque. Dos horas después la historia tuvo su final: apareció muerto El Curita en el puente de La Nación o La Mica, a unos quinientos metros del área urbana. Mientras los paramilitares perseguían al falso sacerdote, el fiscal Ceballos corrió a buscar al Comandante de la Policía para exigirle que actuara. Se limitó a contestarle: “Voy al Comando a ver qué pasa y ya vengo”.

Al cumplir el levantamiento del cadáver constataron las autoridades que El Curita no tenía siquiera ropa interior. Era un pobre demente que usaba la sotana acaso para satisfacer una aspiración frustrada y para esconder su absoluta pobreza. La biblia no apareció, bien porque sus asesinos la arrojaron al río o porque se la llevaron. Cuentan las autoridades judiciales que un jefe paramilitar confesó este crimen, diez años después.

Varias reflexiones. Muchos de los habitantes del poblado sabían que el falso curita sería asesinado ese día y nadie hizo

nada por impedirlo. Un comerciante del marco de la plaza, desde el atrio de la Basílica, sentenció cuando el falso sacerdote ingresaba al templo: “Éste se muere hoy”.

Segundo. En el pueblo de Mateo todo forastero que llegaba se tenía que reportar ante los jefes paramilitares. Si algún viviente del pueblo iba a recibir visita de algún familiar, con tiempo debía reportar los nombres de quienes llegaban. A estas alturas del dominio paramilitar, los irregulares osaban despachar en los cafetines del centro de la ciudad. Seguramente El Curita nunca se reportó y nunca dijo quién era. No se le encontraron documentos de identificación, sigue siendo un N.N.

Y tercero, quedó demostrado que muchas veces la fuerza pública cohonestó con la acción de estos sanguinarios. Sobre el tema de la ayuda oficial a los ilegales, uno de los sobrevivientes que se reinsertó, se educó y rehízo su vida, me afirmó con seguridad creíble:

—Durante los primeros años de paramilitarismo en Frontino, uno de los alcaldes, tal vez en el período de más muertes, siempre nos ayudó con el combustible para nuestros carros. No puedo precisar si lo hizo a gusto o atemorizado.

26. Juan Guillermo Escudero Cano (A. Cola)

Era un personaje típico en la comarca: sus frases ingenuas, sus candorosos esquemas mentales, eran fuente de diversión y burla. Dicen que el motivo de su asesinato fue su tendencia sexual. De hecho, en distintos despachos judiciales de Frontino existen por lo menos tres expedientes por corrupción de menores. Sus asesinos, luego de utilizarlo por años y de reírse de sus ocurrencias, cualquier día decidieron que debía morir. Otra razón que esgrimieron fue la de que “viajaba mucho a Urabá y seguramente le llevaba razones a la guerrilla”. Pere-

grino argumento, ya que por esas fechas, Urabá estaba bajo el dominio paramilitar.

Durante la violencia, Cola se había especializado en servir a la fuerza pública y a la fiscalía para hacer los levantamientos de cadáveres o para rescatarlos de los ríos, en especial cuando tenían varios días de fallecidos. Cuentan incluso que le sirvió a las mismas autodefensas y, concretamente, a Conrado Pérez, en un trabajo que nadie conoció, pero que todo el pueblo sospechó se trataba de la exhumación de unos cadáveres que llevaban varios meses enterrados en el corregimiento de Chontaduro. Contaba Conrado Pérez que durante el viaje con a. Cola éste le dijo varias veces:

—Don Tuerto, si me mata, no me tire al río que yo no sé nadar.

—Don Tuerto: el día que me mate bóteme cerca de la casa de mi hermana que esa es una boba y no me sabe buscar”.

Frases dramáticamente premonitorias de una realidad macondiana.

Alias Cola tenía el día de su muerte treinta y cinco años. Murió a finales del mes de mayo de 2001 y su cadáver fue hallado el cuatro de junio de ese mismo año. El día de su muerte, muy temprano, un jefe paramilitar le notificó que lo necesitaban en el paraje denominado puente de Los Micos, sitio particularmente tenebroso para los habitantes de la región; allí asesinaron a muchos liberales en el época de la violencia partidista de los años cincuenta del siglo pasado, y allí habían asesinado o arrojado cadáveres en la reciente violencia paramilitar. El jefe que lo requirió le dijo que lo iban a matar porque le había llegado la hora.

Lo que siguió fue una peculiar actuación de un hombre de escaso discernimiento, personaje típico, folclórico y con muy bajo coeficiente intelectual. Juan Guillermo Escudero Cano,

alias Cola, se presentó en varios negocios de comercio y les decía a sus administradores, trabajadores o presentes:

—Me vengo a despedir, los paramilitares me citaron en el puente de Los Micos para matarme.

Algunos le creyeron y lo miraron con asombro y lástima. Otros pensaron que era una más de sus ocurrencias y sonrieron. Luego fue a la casa donde vivía con su hermana y le notificó más o menos lo mismo:

—Tengo que presentarme a Los Micos porque los paramilitares me van a matar. Vengo a despedirme, no me dejen botado en el río o en ese puente. Adiós hermanita que no nos vamos a volver a ver.

El recorrido por la calle principal del pueblo fue particularmente tétrico: Cola gritaba sin desespero y sin amargura, para que todos los vecinos lo escucharan:

—Adiós, voy para Los Micos que me van a matar. Adiós.

Muchos salieron de sus casas a ver qué pasaba y lo vieron caminando solo hacia el fatídico lugar. Nadie lo llevaba, nadie lo apremiaba. Durante un recorrido por el sector urbano de más de diez cuadras siempre gritó lo mismo y aunque todo el pueblo lo escuchó, nadie, como siempre, hizo nada. Al fin y al cabo, Cola era lo que llaman en los pueblos “un loquito”.

Al llegar al sitio Las Cruces, caserío a unos cuatro kilómetros del pueblo, entró al negocio de Román Guisao, de quien se despidió en los mismos términos. Román que había visto pasar hacía un rato a los paramilitares por el lugar, creyó que se trataba de una verdadera cita con la muerte. Le ofreció a la víctima de turno una malta y un pan que éste aceptó gustoso. Trató de convencerlo de que no siguiera, que no tenía necesidad de facilitarles el accionar a quienes lo querían matar:

—Cola, cogé este camino que te lleva a La Herradura y te volás, conservá tu vida.

—No, voy a ir y si me matan, hoy era mi día —contestó.

Muchos vecinos de Guisao le rogaron lo mismo. Alias Cola se obstinó en seguir su marcha fúnebre.

Al llegar al lugar lo esperaban los victimarios, quienes lo asesinaron sin contemplación alguna y luego lo arrojaron al río. Cola murió de forma tranquila, no habló a sus verdugos, no protestó. Rápidamente el hecho se conoció en el pueblo; los paramilitares no escondían sus fechorías, no le temían a nada, eran dueños de todo, especialmente de la vida de los habitantes del lugar.

Pasaron dos, tres días después del asesinato, y se requirió que una señora valiente, doña Marina Nanclares de Moreno, pidiera clemencia para que su cadáver no quedara perdido. Muchos voluntarios salieron en su búsqueda que no fue difícil ni dispendiosa. Pocos metros abajo del famoso puente lo encontraron a orillas del río. Juan Guillermo Escudero, alias Cola, el que rescataba los muertos de esta violencia, tuvo quienes se apiadaran y sacaran su cadáver del río. Los asesinos no le concedieron siquiera el minúsculo pedido póstumo de que “no me tiren al río porque yo no sé nadar”.

Muchas muertes violentas se dieron en toda Colombia, muchas muy crueles, pero jamás una tan horrendamente dramática como la de Juan Guillermo Escudero. Le notificaron una cita con la muerte y la cumplió, logró despedirse de su familia, de sus amigos y de casi todo el pueblo. Muchas personas se escandalizaron, pero rápidamente la impactante noticia acabó por morir en los comentarios casuales entre contertulios, con el único resultado de acrecentar su miedo y reafirmar la dominación de los dueños del poblado.

TERCERA PARTE

Queda la esperanza de que se haga justicia, la que no podrá ser cumplida sin que se establezca la verdad plena.

Se cuenta estas historias aterradoras en busca de la verdad para que no persista la impunidad. Son las que pudieron documentarse y comprobarse en un modesto intento de dar voces a las víctimas y a la sociedad para que ella misma escuche su dolorosa veracidad. Falta la otra parte de la verdad que deberían aportar los victimarios.

Miles de víctimas no son reconocidas por el Estado, mucho menos por sus victimarios. Si no son confesadas será imposible su reparación, así sea simbólica.

La reparación vía administrativa se ha tramitado por y se ha reconocido a gestores y grupos de apoderados supuestamente interesados en ayudar a las víctimas a cobrar el dinero que da el Estado como reparación. Muchas veces son postulados al programa verdaderas víctimas que dedican parte del dinero reconocido para pagar a los acuciosos “gestores”, otras veces estos apoderados se quedan con la totalidad del dinero de las víctimas reales. También son reconocidas falsas víctimas y el dinero de este ilícito también se va completo para los representantes de los fantasmas y su cadena de corrupción. Quedan por fuera muchas víctimas verdaderas que no reclaman porque no quieren o no necesitan someterse a un proceso

humillante, los que no saben que tienen ese derecho, y los que, sabiéndolo, no han podido llenar los requisitos para hacerlo.

Este panorama anuncia el colapso de un programa bien intencionado, pero tan mal administrado que ningún dinero alcanzará para satisfacer, siquiera, parte de los reclamantes.

27. Viaje de la muerte en el Caminito al Cielo

Muchas historias se quedaron en los borradores de la investigación. Muchas más no se pudieron verificar por el temor de familiares y testigos a contarlas, pero una en especial me duele no haber podido documentar: La noche de muerte y desolación que representó el día siete de noviembre de 1996, cuando llegó a Nutibara el grupo paramilitar en su conocido carro “Caminito al cielo”, con su carga de terror.

Al terminar el día, el vehículo de los paramilitares emprendió su viaje de muerte por la carretera que de Nutibara conduce a La Blanquita, Murri, hacia la vereda El Pozo. Una vez allí identificaron la vivienda de la familia Bedoya Borja, procedieron a asesinar a los hermanos Jesús, Mario y Leonel, y a secuestrar y desaparecer a la señora Rosa Borja de Bedoya, madre de los anteriores.

Terminada la masacre, el mismo comando volvió a Nutibara, pasó raudamente por sus calles y se dirigió a la vereda Curadientes, por donde está el santuario de la Santa Madre Laura. Visitaron la vivienda de la familia Osorio Castañeda y asesinaron a los hermanos Antonio David, José de los Santos y N.N. Osorio Castañeda. Ese mismo día, en el mismo Curadientes, y con autorización del mismo comando, fueron asesinados los hermanos Jesús Emilio y Juan Bautista Sepúlveda Castañeda. El pavoroso recorrido dejó nueve muertos.

El portal Verdad Abierta describe así la noticia:

“En la madrugada del 7 de noviembre de 1996 paramilitares de las autodefensas campesinas de Córdoba y Urabá, ACCU, asesinaron a nueve habitantes de las veredas El Pozo y Curadientes en el corregimiento de Nutibara, municipio de Frontino, Antioquia. Los paras sacaron a las víctimas de sus viviendas, y frente a sus familiares y vecinos las asesinaron.

Las víctimas, entre las cuales había un niño de trece años de edad, eran miembros de las familias Bedoya Borja, Osorio Castañeda y Sepúlveda Borja. Los cadáveres fueron llevados por vecinos de los caseríos al Hospital María Antonio Toro de Frontino”³⁷.

28. Desmovilización de las autodefensas

Se ha dicho que la violencia genera más violencia. La sangüinaria presencia paramilitar en Frontino confirma este dicho popular. Las autodefensas perdieron a muchos militantes durante el triste tiempo de estos vergonzosos hechos, unas veces a manos de la subversión, otras de la fuerza pública, y en no pocas ocasiones por las purgas que sus superiores ordenaban. Hoy la inmensa mayoría de los combatientes irregulares está en un cementerio, en la cárcel o simplemente empobrecida, deambulando por los pueblos. Quienes participaron de ella, muy poco sacaron de esta acción diabólica e insensata, y casi ninguno promovió su situación económica o social a niveles superiores a los que tenía antes de esa época de terror. Es una lección que le debe quedar a quienes pretendan, en el futuro, emular procedimientos tan detestables.

³⁷ Rutas del conflicto. Verdad abierta. <http://rutadelconflicto.com/interna.php//masacre=219>

Finalmente, la tropa paramilitar que operó en Frontino se desmovilizó en Sopetrán, el día once del mes de septiembre del año 2005. El grueso del Bloque Elmer Cárdenas terminó de desmovilizarse entre marzo y junio de 2006. En el acto de Sopetrán dejaron las armas muchos que no eran militantes, y faltaron otros tantos que sí lo fueron. Fue una desmovilización a medias y engañosa para el Estado y la sociedad. Seguramente las falencias de esa reinserción fue la que propició que parte de las bandas criminales, Bacrim, sean hoy una continuación de los paramilitares engañosamente reinsertados. Algún día se escribirá la historia de esta gran estafa.

Sobre la desmovilización a medias del paramilitarismo en Frontino, podemos aplicar la misma lógica de lo que sucedió en todo el territorio patrio, como lo afirma María Teresa Ronderos: “Entre 2004 y 2006 se desmovilizaron, tras una negociación con el gobierno de Álvaro Uribe, y el ciclo prontamente reinició: unos jefes se mataron entre sí, otros fueron extraditados a Estados Unidos, otros encarcelados en Colombia, y los que quedaron en pie han sido la semilla de la que han germinado nuevas bandas criminales con variado alcance territorial y no pocas veleidades políticas. Estas han seguido reclutando jóvenes y hoy, según reporte de la Policía, alcanzan tres mil novecientos integrantes que se mueven en 167 de los 1.096 municipios colombianos”³⁸.

Las muertes violentas imputables al paramilitarismo disminuyeron ostensiblemente en Frontino a partir de la reinserción paramilitar que se realizó en el año 2005, excepto en los años 2009 y 2011 cuando se presentaron unos incrementos incomprensibles.

³⁸ María Teresa Ronderos. Ob. citada. Medellín: Editorial Aguilar, 2014

Hoy hacen presencia pequeños grupos de bandas criminales organizadas que obedecen a estructuras con presencia nacional y dedicadas a proteger el micro tráfico de estupefacientes, los laboratorios de drogas ilícitas y seguramente a resguardar, ocasionalmente, a jefes acosados por la fuerza pública en otras latitudes del Departamento.

La muerte, la extorsión, el chantaje y otras modalidades criminales que florecieron antaño, hoy parecen cosa pasada. Algunos intentos por copar el comercio y ejercerlo como un monopolio de esas bandas han chocado con la actitud firme de las autoridades civiles, militares y de policía.

29. La guerrilla campante y prosperando

La guerrilla sigue presente en los límites de Frontino con los municipios de Urrao y Vigía del Fuerte, y en la zona selvática de Murrí. El paramilitarismo no logró derrotarla. Tanta muerte no produjo finalmente los resultados que erróneamente pretendieron los inspiradores de vincular las autodefensas a la región. El Frente 34 continúa en la zona, asumiendo un bajo perfil y dedicado a proteger cultivos ilícitos, rutas de narco-tráfico y minería ilegal. El grupo es comandado actualmente por Ancízar García Ospina, alias Pedro Baracutado, y ejerce dominio en los departamentos de Antioquia y Chocó.

Este frente de las Farc fue el causante del secuestro y posterior asesinato del gobernador Guillermo Gaviria Correa y su asesor de paz, el ex ministro Gilberto Echeverri Mejía, y ocho integrantes de la fuerza pública, en hechos acaecidos cerca a la jurisdicción del municipio de Frontino. Guillermo Gaviria Correa, en ejercicio de su mandato como primera autoridad del Departamento, fue secuestrado el día veintiuno de abril de 2002, mientras adelantaba una Marcha de la No Violencia. Esta

acción violenta generó una movilización nacional e internacional para lograr la liberación de los secuestrados.

El 5 de mayo de 2003, Guillermo Gaviria, Gilberto Echeverri y ocho soldados compañeros de cautiverio fueron asesinados por los guerrilleros durante un intento de rescate por parte del Ejército Nacional.

Solo espero que los hechos aquí narrados nunca más se repitan en Colombia. La memoria tiene un límite para albergar tanta ignominia.

CONTENIDO

<i>Antecedentes de violencia en Frontino</i>	11
<i>Modus Operandi paramilitar</i>	12
<i>Forastero incómodo</i>	14
<i>“Caminito al cielo”</i>	14
<i>Duelo en Chaquenodá</i>	15
<i>La justicia desplazada</i>	16
<i>Abigeato, narcotráfico, lavado de activos</i>	17
<i>Comercio aéreo ilegal</i>	18
<i>Estadísticas de sangre</i>	18
<i>Observaciones sobre estos datos</i>	19
<i>Violencia entre los mismos violentos</i>	22
<i>Compadrazgo entre autoridades y paramilitares</i>	24
<i>¿Por qué contar estas desgracias?</i>	26
PRIMERA PARTE	27
SEGUNDA PARTE	61
TERCERA PARTE	177

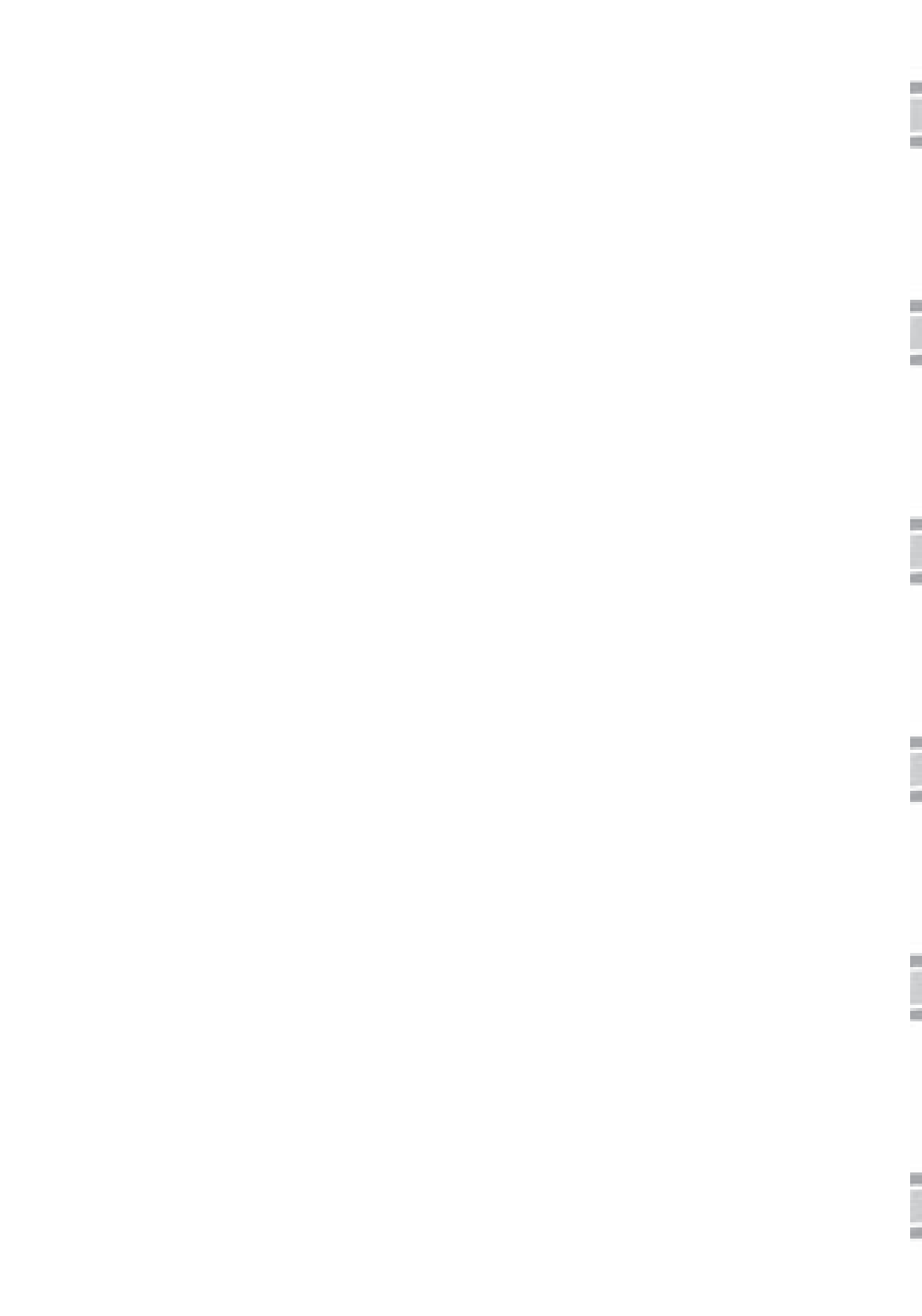


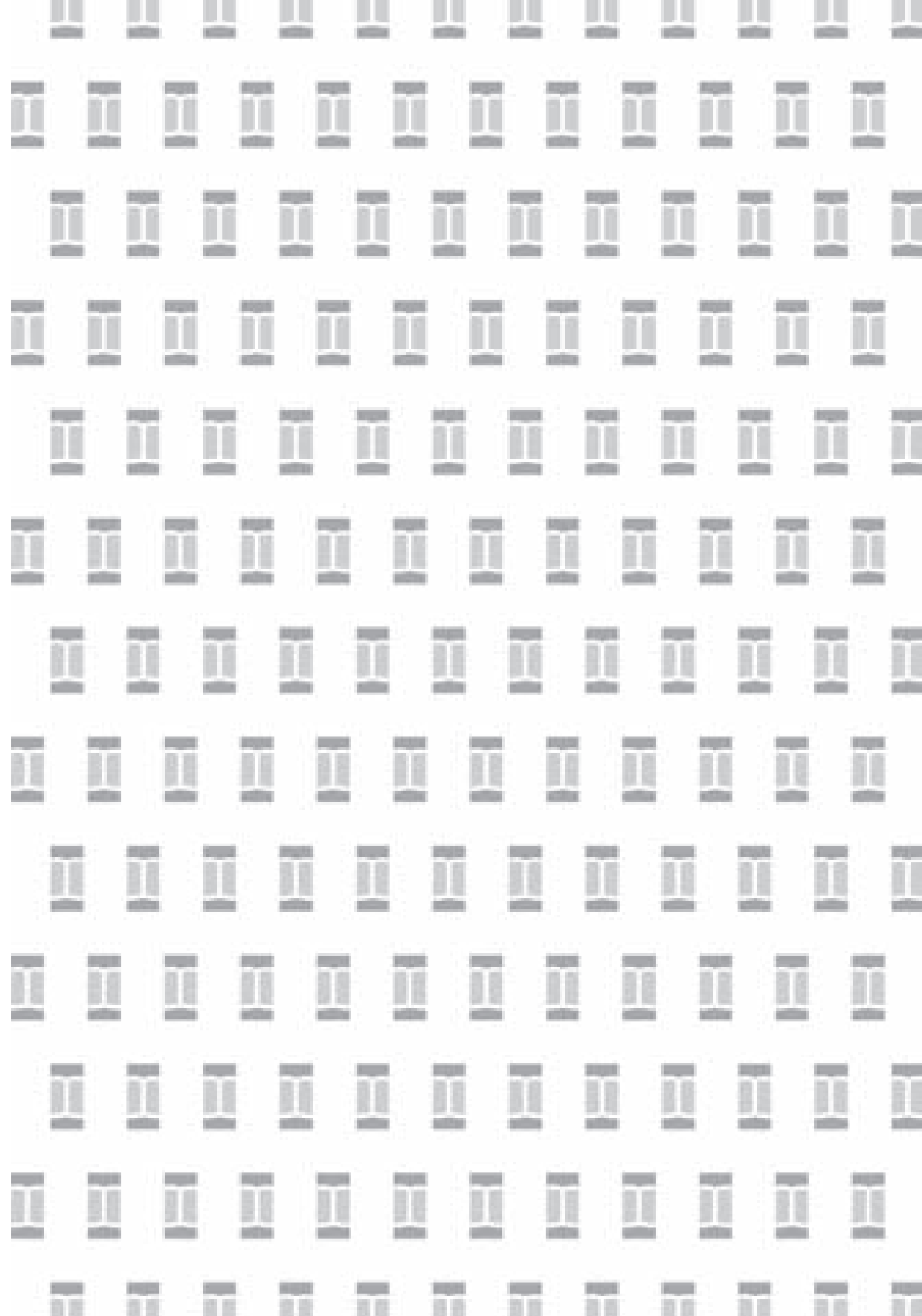
DON MATEO REY

CRÓNICAS DE BARBARIE EN EL OCCIDENTE ANTIOQUEÑO

se terminó de reimprimir en febrero de 2017
en Editorial Artes y Letras S.A.S., para Ediciones UNAULA.

Para su elaboración se utilizó papel Beige de 70 g, en páginas interiores,
y propalcote 250 g en carátula. Fuente tipográfica: Palatino Linotype 11 puntos





En las que se narran hechos reales sufridos por la gente de Frontino, un municipio situado al occidente de Antioquia, a ciento treinta y cinco kilómetros de Medellín sobre la vía que lleva a Urabá en los 6°, 46' 11" de latitud norte y a los 2°, 04', 11" longitud oeste del meridiano de Bogotá.

Es la mismísima terrible realidad que ha venido padeciendo Colombia en la mayoría de su territorio. Historias repetidas en las que basta cambiar los nombres de las víctimas o de los victimarios, establecer las responsabilidades y asignarles su correspondiente grado de impunidad. Todos los nombres son reales, con excepción de dos, entre ellos el del protagonista de la obra, reconocido por su alias de Mateo Rey en la organización paramilitar.

Injusto seguir escondiendo hechos aterradores, así se consolidaría la impunidad, caldo de cultivo a la posibilidad de que en el futuro tales hechos pudieran repetirse, o también ocultarse el dolor de las víctimas y denegar la justicia y la reparación. Sin verdad, sin reparación y sin justicia es imposible olvidar y cicatrizar las heridas padecidas por una sociedad abandonada, humillada y sacrificada con sevicia...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA[®]
LATINOAMERICANA - UNALA

